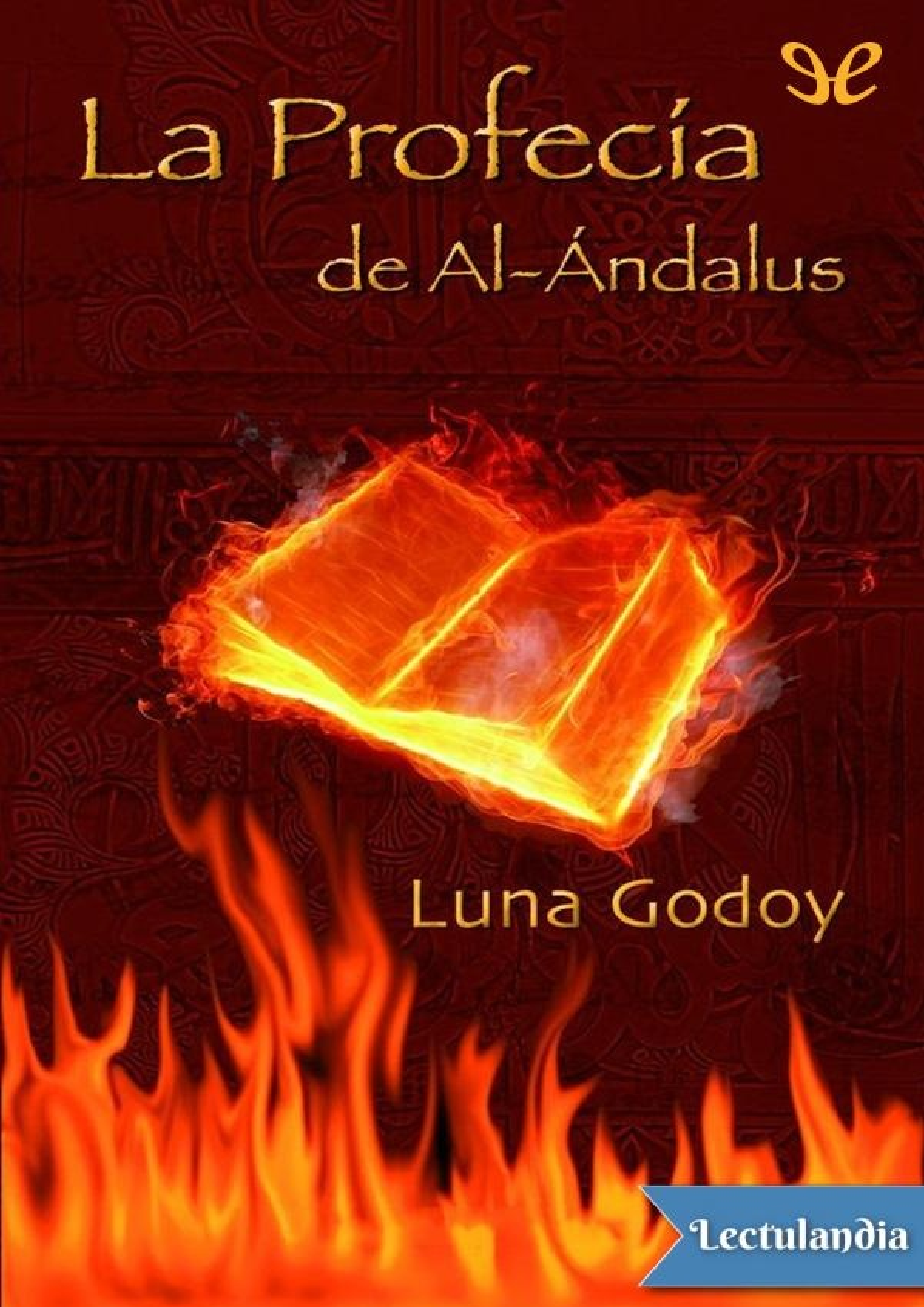

La Profecía
de Al-Ándalus
Luna Godoy
Lectulandia

La profecía de Al-Ándalus se ha mantenido oculta durante siglos. Ya se acerca el tiempo para que ésta se cumpla. El Santón del Sacromonte predijo lo que estaba por suceder en el futuro, y se lo desveló a Al-Hamar, primer sultán nazarí de Al-Ándalus. Además de la profecía, el Santón reveló al sultán el paradero de otros grandes secretos; los tesoros y la sabiduría que el hombre ha perseguido desde el principio de los tiempos. Alfonso X el Sabio, y siglos después, la Reina Isabel la Católica y Boabdil, el último regente andalusí, fueron los herederos de esta sabiduría y entrelazaron sus destinos en esta historia. La codicia, la venganza, la obsesión y la pasión de estos personajes trazan la crónica de unos tiempos inciertos y sangrientos, persiguiendo el poder desde los campos de batalla, hasta las majestuosas estancias del más hermoso de los palacios, la Alhambra.

Lectulandia

Luna Godoy

La profecía de Al-Ándalus

ePub r1.0
FLeCos 02.10.16

Título original: *La profecía de Al-Ándalus*
Luna Godoy, 2010

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

*

La llave abrirá lo que la inocencia de la mano permita
(Al-Hamar)

**

¡Iré donde Alá me guíe
con su esbeltez en mi pensamiento,
mas nunca quise tan de veras
su fragancia y sus almenas
hasta desposeerme de mi aliento!
Tierra con olor a vida
agua con olor a verde,
jazmines afincados
en las laderas de su río
asoman para verme.
¡Iré donde Alá me guíe
sin olvidar su joven llanto
al poseerla sin dulzura
quien presumió quererla tanto!
Lloró mi amada Alhambra
sintiendo en una fría noche
como me acechaba la muerte.
¡Iré donde Alá me guíe
con su esbeltez en mi pensamiento,
mas nunca quise tan de veras
su fragancia y sus almenas
hasta desposeerme de mi aliento!
¡Iré donde Alá me guíe
sin olvidar su joven llanto
al poseerla sin dulzura
quien presumió quererla tanto!

BOABDIL

***

Huellas de judíos, moros y cristianos quedan selladas sobre las tierras de Granada. Aire cortante, de gritos arraigados, se desprende de unos cuerpos mutilados. En el silencio del atardecer, cantos y bailes embrujan los rincones, que enamorados dejaron impregnados de pasión y deseo, despreocupados de pasado y futuro.

Siglos después Granada se viste cada tarde de largo anaranjado, ilusionada por endulzar los sentidos de quienes la disfrutan y disfrutaron. Sus calles huelen a incienso, mirra, jazmín y canela fresca. Y las miradas puestas en los jardines del más grande de los Palacios, apenas parpadean, queriéndola contemplar de cerca.

Al atardecer, con el contoneo de las hojas, se embriagan de perfume las estancias de la Alhambra. Al mismo tiempo suenan las cadenas, en los cuerpos de las ánimas moras, judías y cristianas, de los que un día fueron cautivos en la Fortaleza Nazarí, que tanto amaron Reyes y Sultanes. Ya en la madrugada, cuando el rocío riega los jardines del Palacio, las ánimas regresan a sus tumbas hasta que un nuevo atardecer las invite a disfrutar de lo arrebatado en otro tiempo…

1

Narila, la hija de Boabdil, pisaba por segunda vez el Palacio de la Alhambra. Habían pasado veinte años. Las confortables alfombras impregnadas de incienso, traídas desde Fez y que acomodaron años atrás a quienes gozaron de ellas, ya no lucían en las estancias moriscas. El Palacio había quedado desnudo, sin los hilos que un día entrecruzaron decenas de jóvenes mujeres en la ciudad de Fez. Sobre las hermosas alfombras habían descansado Sultanes y Sultanas, invitados y sirvientes, amigos y enemigos… En ellas habían quedado guardados los secretos más íntimos de los últimos Reyes Moros de Granada.

Presentada como la futura esposa de un caballero cristiano, la joven Narila se inclinó ante los Soberanos de Castilla. Nadie sospechaba que veinte años atrás el primer llanto de la joven rompía el silencio de la madrugada en el Palacio de la Alhambra.

Hacía veinte años que Boabdil, el último rey Nazarí de Granada y su esposa Morayma disfrutaban del nacimiento de Narila, una niña de inigualable belleza que abría por primera vez sus ojos en el Cuarto Dorado del Palacio. Acompañaba a su primer llanto el sonido del agua pura y cristalina llegada del corazón del río Dauro, recorriendo con notas musicales los canalillos de las hermosas fuentes del Palacio. El aroma de los jardines hacía un lento recorrido por cada estancia, envolviendo de olores cada rincón de la adorada Alhambra. Se había ataviado de sedas y alfombras cada estancia con el fin de gozarlas. Aquella hermosa madrugada miles de flores de numerosos colores, abanicaron sus pétalos con la danza del recelo de la madrugada para perfumar cada uno de los jardines.

Pocos fueron los testigos, además de las piedras del Palacio, de ver tanta belleza en un recién nacido, del que emanaba dulzura de su alma. ¡Lástima de que Granada no pudiera ver a la princesa, que debería de haber disfrutado del Palacio de la Alhambra!

La media docena de mujeres moras que asistieron a los dos partos anteriores de Morayma, estaban allí presentes. Tres de ellas iban y venían con vasijas de agua hirviendo, otras dos mujeres rompían sábanas de un blanco inmaculado y Camilha, la matrona que había ayudado en el nacimiento del Sultán Boabdil, ponía sus manos y su experiencia en más de quinientos partos a sus espaldas, en la llegada al mundo de Narila. Después de toda una noche de espera, un fuerte grito de dolor parecía desgarrar las entrañas de Morayma para dejar salir de su vientre a la niña que cambiaría el futuro de Al-Ándalus. Camilha cogió a la pequeña con esmero, después de cortar el cordón, para recostarla en el regazo de Morayma. Había resbalado un río de lágrimas por el rostro de la Sultana Morayma, antes de que pudiese acurrucar a Narila en su regazo. Después la besó y cerró los ojos. Camilha extendió los brazos, esperando a que Morayma pusiera a la niña sobre ellos.

—¡Llévatela, Camilha, llévatela! —repitió varias veces la Sultana Morayma sin dejar de llorar, mientras ponía la mirada en otro sitio que no fuese en el rostro de su hija.

Tras coger a la pequeña, Camilha salió a toda prisa por uno de los pasadizos del Palacio de la Alhambra con la recién nacida entre sus brazos. Además del regazo de la corpulenta matrona y una gruesa manta blanca, finas sedas ocres y amarillas bordadas con hilos de oro, cubrían el frágil cuerpo de la Princesa Narila. A la salida del pasadizo el Sultán Boabdil esperaba impacientemente a su hija, montando un blanco corcel. Lo acompañaban los dos hombres de mayor confianza, Aben Comixa montado en su corcel negro azabache y Mohamed Calhid en un inquieto corcel marrón.

—¡Qué Alá bendiga a vuestra hija, por siempre! —dijo Camilha, mientras ponía a Narila en brazos de Boabdil. Luego salió tan deprisa como pudo hasta el Palacio.

Boabdil recorrió un secreto pasadizo con su hija en brazos. Incluso el blanco corcel que montaba cabalgó minuciosamente, guiando de la misma forma a los otros dos corceles que lo seguían. Tras un eco de herraduras atravesando el pasadizo llegaron al patio interior de la casa, La Horra. Allí esperaban cuatro moros del ejército de la Alhambra, dos niñeras de mediana edad y Aixa, abuela de la Princesa Narila. El silencio reinaba en el colorido patio. Las palabras no eran precisas en aquellos momentos de incertidumbre que vivía el último Reinado Nazarí en España. Sin bajarse de su blanco corcel, el Sultán Boabdil besó a su hija en la frente con la esperanza de tenerla en el Palacio lo antes posible. Con el corazón destrozado la dejó en los brazos de Aixa. Luego se alejó con una enorme incertidumbre por el destino de su hija. Años después una de las niñeras allí presentes, relató que fue uno de los peores momentos en su vida, tras ver el dolor que irradiaban los ojos entristecidos del Sultán Boabdil al separarse de Narila.

Durante varios años la Princesa estuvo oculta en la casa, La Horra, por miedo a que los Reyes Católicos la retuvieran como aval. Al igual que a sus dos hermanos, Ahmed y Yusuf. Pues en aquellos momentos de tensión entre musulmanes y cristianos, los Soberanos mantenían retenidos a los dos hijos de Boabdil hasta que este les hiciese entrega de la llave de la ciudad de Granada. El dolor y desasosiego invadían el alma del Sultán Nazarí, que sólo intentaba proteger a sus hijos y a su Reino.

2

Nada más nacer Boabdil, último Sultán de Granada, el Santón más anciano de la ciudad anduvo con su enigmático bastón, desde una de las cuevas del Sacro–Monte, hasta la Plaza Mayor. A su paso por calles y cuestas, todos los paisanos que encontraba en el camino lo seguían con preguntas. Pues el venerado Santón sólo bajaba a la ciudad cuando tenía que dar alguna premonición importante. El resto del año era visitado por numerosos paisanos que querían saber sobre sus tierras, ganado o el futuro de sus hijas en edad casadera. Una vez en la Plaza Mayor, el Santón se posicionó en mitad y cerró los ojos mientras levantaba la cabeza y los brazos al infinito. En apenas unos minutos estaba rodeado por multitud de ciudadanos. El silencio se hizo eco del silencio. Los ojos de moros y moras descansaban en la figura del anciano, a la espera de la importante premonición que le había llevado hasta la Plaza Mayor. Hasta aquel momento todos los augurios del Santón se habían cumplido.

—La alegría que ha reinado hoy, con el nacimiento del Príncipe Boabdil, invadirá vuestros corazones con lágrimas de dolor. Su reinado regará de sangre Plaza tras Plaza, hasta desvanecerse por completo el Reino Nazarí de Granada.

—Pasarán siete siglos desde su destierro para que Alá devuelva a los musulmanes de nuevo el Reino de Granada, —dijo el Santón con una frialdad que erizó el bello de todos los allí presentes.

Con aquellas palabras se produjo poco a poco un rechazo del pueblo de Granada contra la figura de Boabdil, incluido su padre Muley Aben Hacen y a quien informó de inmediato uno de los soldados del Palacio de la Alhambra presentes en la Plaza Mayor. Mas no fueron las premoniciones del Santón la causa de la insistente persecución de los Reyes Católicos hacia los musulmanes o judíos de Granada, sino el codiciado «Lucel». Hasta su llegada a Granada, el «Lucel» había sido utilizado por hombres de distintas épocas y culturas con el fin de realizar grandiosas construcciones con la producción de oro y curar propagadas epidemias. El «Lucel» había estado en diversos lugares de la tierra, entre ellos Jerusalén, Etiopía, Egipto… Hasta que desapareció en algún lugar de la tierra sin dejar rastro hasta pasados algunos siglos. Desde entonces habían sido innumerables las expediciones que los hombres habían hecho por hallarlo. Casualmente fueron los musulmanes quienes encontraron unos códices en la ciudad de Fez. En ellos se mencionaba el «Lucel» y una serie de coordenadas, que tras su estudio los condujo hasta tierras españolas. Hasta encontrar el «Lucel» proliferaron ríos bañados de sangre, batallas interminables, luchas sin causa y burlas sin piedad que iban sembrando campos de cadáveres, en los que aún hoy siguen malditas sus cosechas y enloquecidas las gentes que habitan esas tierras.

3

Fue el Sultán Muhammad ibn Nasr, también llamado Al–Hamar, quien halló el codiciado «Lucel» que multitud de hombres habían ansiado a lo largo de la historia. Al–Hamar, primer Sultán Nazarí de Granada, nació en una Alquería de la Vega Granadina llamada hasta la conquista de los Reyes Católicos, Al Qaryat Marasäna. Una vez en manos de los Soberanos, se ordenaron desenterrar de dicha Alquería todos los restos musulmanes que descansaban junto a la primera mezquita construida en ella. En su lugar se ordenó construir una iglesia cristiana con su correspondiente cementerio. Al término de la iglesia fue bendecida con agua bendita por el Obispo de confianza de la Reina Isabel. Y la iglesia comenzó a celebrar sus defunciones cristianas con sus correspondientes entierros. A pesar de haber sido bendecida por los cristianos y adornada con un crucifijo, los ruegos que un día se hicieron en la Mezquita quedaron impregnados en cada rincón de aquella iglesia cristiana, en cada rayo de luz penetrante de sus vidrieras circulares. Cuenta una leyenda que tras el derrumbe de la Mezquita, aparecían en la noche hermosas figuras femeninas, al parecer musulmanas, bailando desenfrenadamente con sus caderas alrededor de una hoguera.

Después de varios siglos se puede percibir en el silencio de la noche, un susurro de corceles cristianos avanzando sobre las tierras que un día llamaron Al Qaryat Marasäna, y de cómo los soldados que los montan desenvainan sus afiladas cimitarras para acabar con el contrario, de camino hacia la conquista de Granada. Secretos, voces en la noche y muertes humanas han dejado huella bajo las acalladas tierras regadas con sangre mora y cristiana de Al Qaryat Marasäna.

4

Antes de convertirse en Sultán de Granada, Al–Hamar, ya era venerado como el mejor guerrero moro de toda España. Había participado en numerosas batallas y de todas ellas salió victorioso. En aquel entonces el pueblo de Granada necesitaba ser defendido por un guerrero como él. Por ello, alcaides de numerosas Plazas de la ciudad se reunieron en la Alcazaba de la Plaza Mayor para estudiar quién podría defender mejor el Reino Nazarí de la ciudad. Sin duda ante todos los posibles guerreros que estaban dispuestos a entregar su vida por la ciudad, Al–Hamar fue proclamado Sultán de Granada.

Semanas después de tan importante decisión, los musulmanes esperaban ansiosos en la Puerta principal de Granada la llegada del Sultán Al–Hamar. Era un soleado día tres de mayo. El pueblo hizo eco de la alegre noticia por toda la Vega Granadina. Las calles, plazas y campos habían quedado desiertos. Una multitud esperaba desde tempranas horas de la madrugada para recibir al hombre que los defendería.

Horas antes de su llegada a Granada, Al–Hamar había salido de la Alquería de Al Qaryat Marasäna, precedido por un gran cortejo de soldados. La responsabilidad por defender la ciudad de Granada le produjo un cierto escalofrío, que apenas duró unos segundos. Pero todo cambió nada más cruzar la Puerta principal de la Ciudad. En ese importante instante presintió que algo importante le esperaba. Los gritos de la gente, pronunciando su nombre, hizo que se sonrojase desde su arrogante corcel negro, que se contoneaba con gracia y elegancia agradeciendo los halagos que hacían a su amo.

Una vez en la Plaza Mayor, Al–Hamar bajó de su corcel para saludar a cuantas personas se le acercaban. Cada uno de los allí presentes había cocinado un rico manjar para la ocasión. Pero la generosidad del Sultán no fue menos. Mandó a varios de los soldados que lo habían acompañado desde Al Qaryat Marasäna, para que repartieran entre la gente el vino que habían traído en las alforjas de algunos burros desde su Alquería. Y así se hizo. El mejor vino de sus viñas fue saboreado por los paladares de cuantos granadinos se reunieron allí hasta casi entrada la noche, fue entonces cuando la gente fue retirándose a sus casas.

Al–Hamar y su familia ocuparon la Alcazaba de la Plaza Mayor. Acostumbrados a lo austero a pesar de su holgada economía, la familia del Sultán se adaptó de inmediato a las lujosas estancias vestidas por cómodas alfombras. Las semanas pasaban, y la estabilidad que necesitaba Granada se podía apreciar día a día. Los enfrentamientos entre poderosas familias cesaba. El Sultán creó, junto a un miembro de la familia de los Abencerrajes, un sistema de economía para igualar la riqueza de cada familia. Los granadinos respiraban por primera vez, desde hacía tiempo, una estabilidad económica y de seguridad que irradiaba un esplendor especial.

Al–Alhamar aprovechaba las madrugadas, antes de comenzar con sus tareas, caminando hasta las ruinas de la Sabika. Allí su espíritu encontraba una paz infinita,

decía él. Mientras tanto su hijo mayor, Muhammed II (Al–Faqih), se adentraba a curiosear los sótanos de la Alcazaba. En ellos encontró unos misteriosos pergaminos escritos en una lengua desconocida para él. Pero su curiosidad por saber qué había en ellos, hizo que los pusiera a disposición de los cuatro sabios instructores que su padre le había asignado para una próspera formación.

5

Una noche de luna llena, en la que las estrellas se reúnen para disponer los destinos del cosmos, Al–Faqih se escabullía en un profundo sueño que se mantuvo repetitivo durante toda la noche. En el sueño aparecía una hermosa joven tan pura como el alma de un recién nacido y vestida de blanco inmaculado. Los pies de la joven no tocaban el suelo mientras se aproximaba a un pequeño altar. A la vez, sus ojos permanecían abiertos y fijos en la cerradura de una misteriosa alacena. Al mismo tiempo una llave dorada suspendida en el aire y mas o menos a metro y medio del suelo no dejaba de hacer un extraño y lento movimiento. La joven cogió la llave y la introdujo en la cerradura que se encontraba iluminada por un destello de luz misteriosa. Una vez la llave entró en la cerradura, se escuchó una voz masculina:

—¡Has llegado al «Lucel»!

Seguidamente comenzaron a aparecer de forma mágica palabras en latín sobre las paredes del altar:

«Aptus e idoneus». «Virtus». «Intactus-a-um». «Scientia»…

Al–Faqih despertó sobresaltado de su enigmático sueño, antes de que la joven abriese la alacena.

6

Al amanecer, Al–Faqih se reunió con los cuatro instructores encargados de su formación. Tras exponerles el sueño que había tenido, esperó impacientemente sentado en una de las alfombras de la misma estancia donde se había reunido con ellos. El Sultán Al–Hamar, padre de Al–Faqih, era un hombre curioso por todas las ciencias. Había puesto el máximo cuidado en la educación de su hijo. Por ello había mandado traer hasta la Alcazaba a los mejores instructores nazaríes de toda España: Mohamed, filósofo y escritor. Aben, traductor de numerosas lenguas. Humeya, astrólogo y matemático muy requerido por las altas esferas. Y Malhiba, una joven e inteligente historiadora y teóloga muy reconocida entre los más sabios, a pesar de su temprana edad. Los cuatro instructores escuchaban con gran interés el sueño de Al–Faqih. Aben se interesó por las palabras escritas en latín sobre las paredes del altar, mientras las repetía en voz baja una y otra vez. Mohamed buscaba respuesta en la filosofía. Humeya hacía hincapié en la relación del sueño con la luna llena de la pasada noche. Y la sabia Malhiba, cauta y reflexiva, permaneció durante un buen rato callada. El silencio de la sala hacía eco en sus majestuosas paredes vestidas con sedas en diferentes tonalidades verdes. Bonitos y prácticos asientos ocupaban parte del salón de reuniones que utilizaba el Sultán Al–Hamar para recibir a consejeros, distinguidos guerreros e importantes familias de Granada.

Los pasos de la servidumbre que llegaban con los desayunos, rompieron aquel silencio y la concentración de los instructores. Los sirvientes iban dejando, sobre una larga mesa de la estancia, diversas clases de té y dulces espolvoreados con canela. El aroma del té se impregnó rápidamente en el olfato de todos los allí reunidos. Las frutas recién cortadas que también habían dejado los sirvientes, alegraban la opaca y maciza mesa hecha en Fez, y a la que habían adornado con pequeños mosaicos blancos y verdes. Nada más salir los sirvientes de la sala, el silencio invitó de nuevo a una profunda concentración por parte de los instructores. Mientras tanto, Al–Faqih paseaba nervioso de un lado a otro de la sala.

—Se trata del «Lucel» —dijo Malhiba con una tremenda seguridad en sus palabras.

Los demás instructores comenzaron a cuchichear entre ellos. Después de un corto debate, cargado de alteración por parte de Aben, reconocieron que la joven posiblemente tuviese razón. Se había derramado mucha sangre. Numerosas criaturas habían consumado hasta el último día de vida, envueltas en la locura por hallar el «Lucel». No era nada fácil afirmar si pudiera tratarse o no de tan codiciado objeto. Los acuerdos y desacuerdos de los instructores, que iban levantando la voz cada vez más, hicieron que el Sultán Al–Hamar entrase en la sala.

—¿Qué os ha llevado a este barullo? —preguntó el Sultán.

La respuesta por parte de los sabios les mantuvieron reunidos en la sala más de

cuatro horas seguidas. Al–Hamar había escuchado desde pequeño, que el «Lucel» fue el motivo por el que sus antepasados invadieron tierras españolas. Así que tras varias hipótesis, su intuición y el sueño de su hijo, el Sultán ordenó que se buscara palmo a palmo en la Sabika y alrededores. Siempre había creído que el sexto sentido gobernaba sobre el ojo humano, y que su atracción por la tierra que pisaba cada mañana no era una casualidad.

7

Después de cinco meses de búsqueda en la Sabika y alrededores, sin sorpresa alguna, el Sultán Al–Hamar tuvo un sueño. Un antepasado le entregaba una llave, mientras repetía una y otra vez:

—«¡Abre con justicia, porque sólo Dios es el vencedor!».

.

La mañana siguiente a dicho sueño, el Sultán reunió a los más sabios de toda Granada, incluidos los instructores de su hijo Al–Faqih. Después de un día entero y parte de la madrugada del día siguiente, aún no habían encontrado respuesta al sueño. De manera que el Sultán decidió tomar otro camino. Fue a visitar a un anciano Santón de Granada, el cual vivía de las limosnas en una cueva cercana a las ruinas de la Sabika. Acompañado por su hijo Al–Faqih y dos moros de confianza, Al–Hamar llegó hasta la cueva tras pasar a caballo un estrecho y dificultoso camino. Metros antes de llegar pudieron observar la silueta de un anciano algo encorvado, apoyado sobre un largo bastón. Llegados los corceles a la entrada de la cueva, el Santón habló antes de que les diese tiempo a bajar de los corceles.

—¡Os estaba esperando! —dijo el Santón.

El Sultán se quedó sorprendido con aquellas palabras, que puede que buscasen solo limosna. Pero poco a poco la desconfianza fue decreciendo con las sabias palabras del anciano. Vestido con una túnica roída, escondía su rostro bajo una larga melena y barba blanca. El Santón alzó el bastón hasta apoyarlo en el hombro derecho del Sultán.

—Sé lo que está buscando. Alá así lo ha dispuesto. ¡Sígame!, también puede entrar su hijo, nadie más —dijo el Santón, mientras golpeaba suavemente el hombro derecho del Sultán, quien sin dudarlo siguió al anciano hasta interior de la cueva. Las huellas que iba haciendo el Sultán en el suelo eran seguidas por los pasos de su hijo Al–Faqih. Recorrieron un largo pasillo lleno de antorchas a uno y otro lado, a la vez que el eco de sus pasos les erizaba la piel. A punto estuvo el Sultán de dar la vuelta y olvidar el sueño que lo condujo hasta allí, mas la curiosidad humana sobrepasa temores, vergüenza y a veces la dignidad. A pesar de todo merecieron la pena los cuarenta metros de pasillo recorridos nada más ver el pequeño altar, hecho en piedra blanca e iluminado por una luz celestial venida de ninguna fuente visible al ojo humano. Los rostros de Al–Faqih y el Sultán resplandecían por la paz que se podía sentir entre aquellas paredes.

—Esto es lo que buscáis, y lo que mis antepasados llevan custodiando desde hace siglos —dijo el Santón, como si hubiera acabado su misión en la vida.

—Es lo mismo que vi en mi sueño —dijo eufórico Al–Faqih—. Y ahí, vi a una joven vestida de blanco —señalando uno de los lados del altar.

El Santón se acercó hasta el centro del altar, se arrodilló, abrió sus brazos y

levantando la cabeza pronunció una corta plegaria. Luego comenzó a aparecer lentamente la silueta de una llave flotando frente a la alacena del centro del altar. Poco a poco la llave fue tomando un color dorado más y más intenso. Se trataba de la misma llave que Al–Faqih había visto en su sueño.

—¡Esto es lo que visteis en vuestro sueño! Es la llave de la justicia. La que abrirá el camino a la sabiduría y al «Lucel» —dijo el Santón, mientras se levantaba del suelo, apoyándose en su bastón.

—¿Qué abre la llave? —preguntó Al–Hamar.

—Abrirá el «Lucel» —respondió el Santón.

—¿El «Lucel»? —dijo el Sultán con asombro.

—¡Ahora está en vuestras manos, debéis utilizarlo bien! De lo contrario, todo el mal que se utilice hacia ajenos, se devolverá multiplicado contra vuestro Reino.

Al–Faqih cogió la llave y se acercó hasta la alacena del altar. Metió la llave e hizo varios giros esperando que la misteriosa alacena desvelara una vez por todas el misterioso secreto. Pero la voz del Santón rompió la incertidumbre.

—Solo podrá abrirla una mujer en el séptimo mes de gestación de su primer hijo —dijo el Santón—. Hasta que llegue el momento, la llave os acompañará. Mis días en este mundo se agotan, por lo que no volveréis a verme a vuestro regreso. ¡Que Alá os acompañe! —Así se despidió el misterioso Santón del Sultán Al–Hamar y Al–Faqih. Tras recorrer los mismos cuarenta metros de pasillo pero a la inversa, el Sultán y su hijo regresaron a la Alcazaba acompañados por los dos moros que esperaban en la entrada de la cueva.

8

Nada más llegar a la Alcazaba de la Plaza Mayor, el Sultán pidió a su hijo Al–Faqih que lo acompañase hasta la biblioteca de la Alcazaba. Una vez sentados sobre la cómoda alfombra roja y dorada que adornaba un rincón de la biblioteca, padre e hijo comenzaron a compartir uno de los mayores secretos de la historia.

—Desde el principio de los tiempos, todos los hombres han luchado por ser poseedores del «Lucel». Se ha derramado mucha sangre por conseguirlo. En él, se guarda un enorme secreto, el de hacer posible la Alquimia y algo más que desconozco. Nuestros antepasados llegaron a tierras Españolas, por unos códices encontraron en los subterráneos del Palacio Kairovyine de la ciudad de Fez. Tiempo atrás esos mismos códices habían estado expuestos en la biblioteca de Alejandría, la más grande de todos los tiempos. Para desgracia de la humanidad, el emperador Diocleciano ordenó destruir todos los libros relacionados con la Alquimia y la filosofía que se hallasen en la biblioteca. Lamentablemente fueron quemados un gran número de códices, pergaminos… importantísimos que hacían acercarse hasta la biblioteca de Alejandría a los más eruditos pensadores y sabios de todo el mundo. Los códices encontrados en el Palacio Kairovyine de Fez, fueron salvados por un sacerdote que tuvo la desgracia de ver como se consumían entre llamas las raíces de la historia escrita. El pobre Sacerdote salvó de entre las llamas cuantos códices pudo y escapó con ellos hasta la ciudad de Fez. Antes de morir el valiente sacerdote, entregó todos los códices a uno de nuestros antepasados. Pasando más tarde de generación en generación hasta llegar aquí, a la Alcazaba. Entre ellos se hallan dos volúmenes de los tres que escribió Beroso, un sacerdote babilónico. En ellos habla de la historia del mundo, su creación y de como el Dios Todopoderoso hizo entrega del «Lucel» al primer hombre que pisó la tierra.

—¿En los códices se habla del «Lucel»? —preguntó Al–Faqih.

—Así es. Tus antepasados llegaron a España, buscando la Alquimia y con ella el poder de la «Sabiduría» —afirmó el Sultán.

—¿Podría ver esos códices? —preguntó Al–Faqih.

El Sultán se detuvo durante unos segundos con la mirada fija en el rostro de su hijo, mientras un centenar de recuerdos volaban por su cabeza referidos a la infancia de su hijo. Hacía poco tiempo que Al–Faqih jugueteaba entre su regazo y ya era un hombre preparado para afrontar las desdichas que la vida puede traer una mañana cualquiera. También recordó el día en que su padre le hizo entrega de aquellos códices que ahora entregaría él a su hijo.

—Creo que ya estás preparado —contestó Al–Hamar haciendo un ademán para que su hijo lo acompañara hasta el sótano de la biblioteca. Los dos pasaron por varios largos pasillos con sus correspondientes salas hasta llegar al sótano. Sumergidos entre cientos de libros desprendiendo olor a tintas de distintos países, el Sultán apartó una

de las alfombras roja y dorada que cubría una de las paredes de la estancia dejándose ver una pequeña puerta enmarcada con sus correspondientes bisagras a un marco de madera muy desgastada. Tras la puerta había unas escaleras de peldaños uniformes hechos en piedra, perdiéndose su final a simple vista. El Sultán comenzó a descender por la escalera, seguido por su hijo. Al término de la misma el misterio se vio acrecentado en los ojos de Al–Faqih al encontrarse con otra puerta, más robusta que la de la pared oculta con la alfombra de la biblioteca. Tras golpear la puerta varias veces con la palma de la mano, alguien abría misteriosamente. Se trataba de Humeya, uno de los instructores de Al–Faqih. Luego pasaron a una sala, donde los otros tres instructores se encontraban trabajando en la traducción de códices. En el centro del habitáculo, con forma de hongo gigante, había una enorme mesa repleta de pergaminos y volúmenes de libros que nunca había visto Al–Faqih.

Al–Hamar se acercó hasta la mesa para enseñarle los volúmenes del Babilonio Beroso.

—Estos son dos volúmenes del Babilonio Beroso —dijo el Sultán mientras los mostraba con orgullo a su hijo—. En ellos encontrarás la historia del mundo y hallarás un sentido a la vida.

—Los leeré, padre —dijo Al–Faqih con entusiasmo. Seguidamente la atención del joven hizo que se acercarse hasta unos pergaminos que estaba traduciendo uno de los sabios de la Alcazaba—. ¿Se trata del Corán, verdad?

—Sí —dijo el sabio, mientras llevaba su mirada hasta el Sultán—. Yo lo traduzco, mas no lo interpreto.

—¿Me dejaréis leerlo una vez traducido? —preguntó Al–Faqih.

—Por supuesto hijo —contestó Al–Hamar—, puedes leer cuanto quieras, pues ya estás preparado para comprender el contenido de todos estos pergaminos. Pero recuerda siempre, que solo Dios es el vencedor.

9

La llave que abrirá el «Lucel» permaneció guardada en la Alcazaba de la Plaza Mayor, mientras Al–Hamar buscaba esposa para su hijo entre todas las jóvenes del Reino de Granada. Aunque inútilmente, pues Al–Faqih había puesto los ojos en Malhiba, su instructora. Y no era para menos, ya que la joven estaba dotada de una belleza desmesurada. Sus ojos verdes de mirada profunda y la dulzura de su voz, despertaba la atención de cualquiera. Tras una breve e inesperada ausencia del Sultán en Granada, Al–Faqih se llenó de valor para invitar a la bella Malhiba a pasear. Tras aceptar la invitación, la joven lució aquella misma tarde un traje verde esmeralda a juego con sus ojos. Los dos jóvenes salieron caminando desde la Alcazaba hasta llegar al nacimiento del río Dauro. Allí, sentados sobre unas piedras, se embriagaron de paz con el sonido del agua y el olor a primavera. Al–Faqih dejó fluir los sentimientos retenidos hacia la joven desde que la conoció. Las alabanzas que Malhiba iba escuchando la estremecieron de tal manera que en algún momento creyó estar flotando. Solo bastó un beso sobre la mejilla de Al–Faqih para dar respuesta a lo que ella también sentía por él. Desde ese día se dice que en cada primavera las entrañas del río Dauro deja salir su agua con la delicadeza de dos enamorados acariciándose.

Nada más llegar Al–Hamar de su viaje a Toledo, en donde visitó a su buen amigo Fernando III, recibió la noticia de los enamorados con alegría e incluso llegó a bromear sobre su deseo de ser abuelo pronto.

Pasados unos meses, la Alcazaba se vistió de largo para celebrar el enlace de Al–Faqih y Malhiba. Lo necesario para que los padres de la joven se desplazaran a Granada desde su residencia en Toledo y los mejores modistos de Granada confeccionasen a Malhiba un precioso vestido. La boda tuvo lugar en la Mezquita de la Alquería de Al Qaryat Marasäna, la cual, se mantuvo abierta para todo el mundo que quiso asistir. Las palabras sabias y cariñosas del Sultán unieron en matrimonio a los dos jóvenes en un ir y venir de cómplices miradas. Cientos de invitados guardaron silencio durante casi dos horas, a la vez que sus olfatos iban impregnándose de los exquisitos perfumes que hermosas mujeres utilizaban en acontecimientos importantes.

Tras la ceremonia todos los asistentes al enlace compartieron un generoso banquete en la misma Alquería de Al Qaryt Marasäna. El banquete había sido preparado por las cincuenta mejores cocineras de la ciudad. Las panzas de los allí presentes se llenaban poco a poco con el mejor vino que las famosas viñas de la Alquería habían dado aquel año. Más de cien corderos, sacrificados días antes, salían crujientes y jugosos de unos enormes hornos de leña. Más de una decena de moros fueron encargados de trocearlos. El siguiente paso era servirlos en lujosas bandejas adornadas por frescas hortalizas de la Vega. Para ello se habían traído a otra decena

de mujeres desde la Plaza de Alhama. Dichas mujeres eran artistas en transformar las verduras y frutas en obras de arte. Tal fue el disfrute para la vista de los comensales con aquel arte impregnado en las frutas y verduras que lucían sobre las lujosas bandejas, que hicieron desviar por momentos las conversaciones que mantenían unos con otros. Tras la copiosa y sabrosa comida, los paladares de los comensales se estremecieron de placer cuando probaron los numerosos y distintos dulces que acompañaron al té. Los asistentes dispusieron las horas siguientes para charlar, reír y bailar hasta altas horas de la madrugada. Cansados y ansiosos por consumar el matrimonio, los recién casados se retiraron a la habitación que la Sultana, esposa de Al–Hamar y madre de Al–Faqih había preparado para ellos en la Alcazaba de la Plaza Mayor.

Meses después del enlace matrimonial entre Al–Faqih y Malhiba, el Sultán recibió la alegre noticia de que iba a ser abuelo. La espera al séptimo mes de embarazo de Malhiba, para poder abrir el «Lucel» iba dejando un desasosiego diario en el Sultán por si se ponía en peligro la vida de su nieto. Pero como hombre noble que era, tenía claro que no arriesgaría por nada del mundo la vida de su familia.

10

Malhiba ya estaba en su séptimo mes de embarazo. Era la madrugada de un tres de Mayo y quinto aniversario del reinado de Al–Hamar como Sultán de Granada. Malhiba, Al–Faqih y el Sultán se encontraban reunidos, tomando un aromático té, en uno de los salones de la Alcazaba de la Plaza Mayor. Los tres habían estado esperando aquel día para ir a la cueva donde el anciano Santón les había hecho entrega de la llave que abriría la esperanza de poseer el «Lucel».

—Debíamos preguntarle a Humeya, el astrólogo, sobre el dominio de las estrellas el día tres de Mayo en vuestra vida —dijo Malhiba al Sultán.

—¿Por qué lo dices, Malhiba? —preguntó el Sultán.

—Es curioso que hoy sea día tres de Mayo, quinto aniversario de vuestra entrada a Granada como Sultán y el día elegido para entregaros el «Lucel» —respondió Malhiba.

—¡Tienes razón jovencita y esperemos que mi nieto tenga la inteligencia de su madre! —dijo el Sultán cariñosamente y observando cómo las mejillas de Malhiba se iban enrojeciendo cada vez más, con dicho halago.

En la puerta principal de la Alcazaba, esperaban los dos hombres de confianza que acompañaron al Sultán Al–Hamar y a su hijo Al–Faqih en su primera visita a la cueva del Santón. Habían colocado unas enormes alforjas sobre los mejores corceles del Reino, esperando que regresaran repletas de tesoros. El Sultán salió de la Alcazaba de la Plaza Mayor con su hijo y su nuera, aquella temprana mañana, hacia el encuentro del «Lucel». El inestable camino de arena y piedras puntiagudas hasta llegar a la cueva hizo que Malhiba comenzase a sentirse mal, por lo que tuvieron que detenerse en varias ocasiones antes de llegar a la cueva. Una vez allí y ocultando su malestar Malhiba bajó del corcel disimulando sus molestias. Pero uno de los dos acompañantes moros, alertó de inmediato al Sultán, de la sangre que había en la silla del corcel donde había ido subida la joven.

—Malhiba, el caballo en el que has venido está manchado de sangre. No debes callar tu dolor. Para mí sois más importante tú y mi futuro nieto, que todo lo que podamos encontrar ahí dentro —dijo el Sultán señalando la cueva—. Si lo deseas, regresaremos de inmediato para la Alcazaba.

—Tengo leves dolores en el vientre y en la espalda. Pero puedo seguir. ¡Entremos dentro! —contestó la joven.

Respetando los deseos de Malhiba, los tres fueron adentrándose en la cueva con la llave que les había entregado el Santón hacía algo más de un año. Mientras tanto, los dos moros de confianza esperaban fuera. Al–Faqih llevó a su esposa en brazos todo el recorrido del pasillo que conducía hasta el altar. Al llegar allí, los tres guardaron silencio unos instantes. Se podían escuchar voces masculinas pronunciando una y otra vez la palabra: «Lucel». Miraron a todos lados sin poder ver

a nadie, mas sí que podían sentir en sus cuerpos la presencia de quienes repetían «Lucel» ininterrumpidamente. De pronto, una fuerte luz comenzó a alumbrar el altar y en especial la alacena. El Sultán sacó de una talega que llevaba en forma de bandolera, la llave que había guardado todo ese tiempo.

—Aquí está la llave —dijo el Sultán mientras se la entregaba a Malhiba.

La joven cogió la llave con alegría, incertidumbre y un enorme nerviosismo. Seguidamente introdujo la llave en la alacena y tras dar varios giros de muñeca, la alacena se abrió. La sabia joven inclinó su cabeza hacia el interior de la alacena para poder ver su contenido. El Sultán y Al–Faqih se acercaron también para ver el misterio que los había llevado hasta allí. El interior de la alacena que permanecía oscuro parecía estar vacío. Malhiba introdujo una mano con la esperanza de encontrar algo. Tras rastrear con la mano el oscuro y misterioso interior, sacó una hermosa piedra transparente del tamaño de la palma de su mano. Los tres aproximaron sus cabezas para verla de cerca. En ese momento comenzaron a ver en la piedra, importantes fragmentos del transcurso de la historia, siglos atrás. Las imágenes iban pasando tan deprisa como cinco corceles galopando al mismo tiempo. Durante unos segundos la piedra se oscureció del todo. Luego apareció en ella el rostro de un anciano, el cual llevaba una larga barba grisácea recogida en una trenza.

—¡Dejad la piedra en el suelo con cuidado y apartaos! —dijo el anciano, desde el interior de la piedra.

Atendiendo a las palabras del anciano, Malhiba dejó caer despacio la misteriosa piedra al suelo. Luego corrió hasta su esposo. Inmediatamente apareció un gran destello de luz que obligó a que los tres cerrasen los ojos un instante. Cuando pudieron abrir los ojos, el anciano se hallaba presente delante de ellos, en carne y hueso. Vestía una larga túnica de color granate con varios bolsillos, sujetada al cuerpo por un grueso cordón dorado. Los pies, si es que tenía, quedaban ocultos bajo la túnica.

—¡No tengáis miedo! —dijo el anciano, mientras metía una mano en el bolsillo derecho de la túnica. Y sacando un puñado de arena blanca del bolsillo les pidió que se apartaran a un lado. Espolvoreó la arena en el suelo al mismo tiempo que fue pronunciando una corta plegaria en latín. Nada más acabar la plegaria, el suelo de la cueva se fue abriendo poco a poco hasta dejarse ver una larga escalera dorada. El anciano comenzó a descender por ella mientras pedía al Sultán, Al–Faqih y Malhiba que lo siguieran. Al llegar al último peldaño de la escalera, el anciano metió de nuevo la misma mano en otro de los bolsillos de su túnica y sacó un puñado de arena roja. Y repitiendo la misma plegaria, dejó caer la arena roja al suelo. Nada más llegar la arena al suelo, una fuerte y misteriosa luz alumbró una nueva cueva de grandes dimensiones, completamente dorada y en forma de estrella. El Sultán, Al–Faqih y Malhiba se acercaron hasta el centro, en donde una luz más intensa que la del resto de la cueva alumbraba la «Mesa de Salomón».

11

Cuando el Sultán, Al–Faqih y Malhiba llegaron hasta la «Mesa de Salomón» el anciano se acercó hasta ellos. Puso sobre la mesa una pequeña piedra verde y pronunció la misma plegaria en latín que las dos veces anteriores. Entonces, en apenas unos segundos, apareció y desapareció una nube de humo, dejando ver sobre la «Mesa de Salomón»: el «Lucel», unas tablas de madera talladas y un largo bastón hecho de madera de castaño. El Sultán cogió el bastón con sumo cuidado, mientras leía en él las iniciales de los hombres que habían dejado allí grabados sus nombres. Había sido un bastón con el que muchos hombres de bien se apoyaron mientras buscaban el camino de la verdad.

—Moisés, Salomón, Buda, Jesucristo, Mahoma. ¿Es el bastón que guió a…? —preguntó el Sultán.

—Es el bastón que el hombre ha olvidado. Quedará guardado aquí, sobre la mesa de Salomón, la misma en que celebró la última cena el mismo Jesucristo —respondió el anciano.

Mientras tanto, Malhiba se inclinaba hacia las tablas de madera talladas. Hechas con el mismo tipo de madera que habían utilizado para el bastón. Sobre las tablas había un texto tallado, que Malhiba no sabía traducir.

—¿Son los mandamientos…? —preguntó la joven al anciano, con asombro.

—¡Son los verdaderos mandamientos! Quedarán aquí hasta que llegue su momento —respondió el anciano.

—¿Cuando llegará el momento? —preguntó el Sultán.

—Antes de que el bastón vuelva a guiar al hombre, habrán pasado siglos. Tu cometido no es guiar al pueblo, sino levantar una fortaleza que sirva de protección para tu pueblo, y dar a cada uno lo que necesite —dijo el anciano.

—¿Cómo voy a conseguir cubrir todas las necesidades de mi pueblo? —preguntó el Sultán, preocupado.

El anciano cogió de la mesa de Salomón, el «Lucel» y poniéndolo delante de los ojos del Sultán, preguntó. —¿Acaso no crees en el «Lucel»?

—Sí creo, querido anciano, pero ¿mis manos son dignas para realizar Alquimia? —respondió el Sultán.

—¡Podrás! La humildad resplandece en tu rostro, se siente en tu corazón y se escucha en tu voz. La mesa y el bastón se quedarán aquí, junto a los verdaderos mandamientos. Correrá el tiempo con guerras y desasosiego para el hombre. Entonces será la decimocuarta generación de los descendientes de Boabdil, gran Sultán que tendrá Granada, los que indiquen el camino correcto al hombre. Mientras tanto, cada grano de arena que pongas en el «Lucel» se convertirá en un grano de oro. Cada gota de agua que derrames en su interior, curará cualquier herida. Con él, servirás a las necesidades de los hombres. Y recuerda construir una gran fortaleza

sobre las ruinas de la Sabika. Allí encontrarás una gran piedra que dejarás como base de la gran fortaleza. Pues su poder cósmico es infinito, siempre y cuando el agua fluya a su alrededor. Dicha fortaleza se convertirá en un lugar de oración y meditación, para los corazones más puros que caminen sobre ella. Tampoco debe faltar incienso en la oración, para que asciendan las plegarias y se eleven los espíritus. Recuerda que el incienso es tan valioso o más que el oro. Lo utilizarás también en Alquimia. Nunca se agotará el incienso en Granada. Un buen pastor te lo ofrecerá, a tu paso por una plaza llamada Alhama. La resina que contienen los árboles del lugar será tan especial como la que un día regaló la Reina de Saba al sabio Salomón. La magia de aquel incienso hizo que él quedara hipnotizado por la belleza de la Reina y ella por la sabiduría de él. A Salomón se le entregó lo mismo que ven tus ojos. Con el «Lucel» mandó construir el Templo de Jerusalén. Y la valiosísima mesa, hecha en proceso para celebrar su boda con la Reina de Saba. De ese fruto nació un niño, que se convirtió a temprana edad en Rey de Etiopía. Todos estos tesoros han quedado ocultos bajo el Templo de Jerusalén, durante siglos. Hasta que los elegidos han sido llamados tras los siglos. La mesa, el Bastón que guía al hombre, los verdaderos mandamientos y el «Lucel», han sido utilizados y guardados en numerosos lugares. Siendo Tarik el elegido para traer hasta Granada cuanto ven tus ojos. ¡Ahora está en tus manos. Haz que se te recuerde por la humildad y la honradez. Todo llega cuando ha de llegar, pues solo los hombres dividen el mundo con sus religiones! —dijo el anciano mientras ponía el «Lucel» en manos del Sultán.

El Sultán agradeció al anciano la confianza que había depositado en él. Luego, subió las escaleras con su hijo Al–Faqih y Malhiba hasta llegar al altar de la primera cueva.

Desde allí recorrieron el pasillo por el que momentos antes habían entrado, hasta que llegaron a la salida. Los dos hombres de confianza del Sultán miraron con sorpresa las manos de los tres, esperando llenar las alforjas de los corceles con abundantes tesoros. Mas no vieron nada, ya que el Sultán había guardado el «Lucel» en la talega que llevaba colgada en forma de bandolera sin desvelar nada, el Sultán mandó que montaran en sus corceles, pues regresaban a la Alcazaba.

Antes de subir cada uno en su corcel, la abertura de la cueva se trasformó en una fuerte y sólida roca, quedando la montaña sellada hasta que, como dijo el anciano, la decimocuarta generación de Boabdil fuese guiada hasta los verdaderos mandamientos, el bastón y la mesa de Salomón.

12

El «Lucel» era un pequeño cofre plateado, con forma cilíndrica. En su exterior habían sido grabados una llave y una mano en color granate, ¡quién sabe cuántos siglos antes! Con la ayuda del «Lucel» el Sultán comenzó a poner sobre la Sabika el corazón de la Alhambra, que no era más ni menos que la piedra que le había dicho el anciano. Dicha piedra aún seguía intacta en las ruinas de la Sabika, con un peso superior a dos toneladas. Según algunos manuscritos encontrados en la biblioteca de la Alcazaba del Sultán, la piedra estaba compuesta por el mismo material que las pirámides de Egipto y otros templos importantes de lugares de poder. Pues la utilización de estos misteriosos materiales ahuyentaban las malas vibraciones en dichos lugares. (La piedra de dos toneladas se encuentra justo debajo de la fuente de los leones. Los cuales han quedado impregnados de poder. Dicho poder se irradia a quien los toque. De hecho hay una leyenda sobre un médico Egipcio que visitó la Alhambra. La leyenda cuenta que este médico Egipcio pasó su mano por la fuente de los leones y días después comenzó a irradiar de su cuerpo una misteriosa energía, que le sirvió para poder curar cualquier enfermedad. Utilizando su poder sanador, el médico Egipcio dejó todos sus proyectos en Egipto y se trasladó a la India hasta el fin de sus días. Antes de morir dejó escrita una misteriosa revelación, a la que pocos han tenido acceso. Una vez muerto, su cadáver fue llevado al Ganges para realizar un funeral por el rito hindú por propio deseo. Contaban los allí presentes que no hizo falta prender ninguna cerilla, porque su cuerpo comenzó a arder solo, una vez en el agua, formándose llamas de mil colores que se entrecruzaban y ascendían hasta perderse en el infinito.)

Las obras en la Alhambra seguían su curso. Al mismo tiempo el entusiasmo del Sultán por su labor en el Reino de Granada y la ayuda que facilitaba a cuantos lo necesitaban mediante la secreta utilización del «Lucel», se acrecentó aún más con el nacimiento de su nieto Muhammad III. Un hermoso niño de piel dorada y aterciopelada. Un pequeño príncipe que al nacer dejó a su madre destrozada con sus cinco Kilos de peso. Desgraciadamente días después del nacimiento del pequeño Muhammad III, Malhiba enfermó de una grave enfermedad que iba acrecentándose por días. Mas ella no podía utilizar el «Lucel» para su curación, ya que había sido entregado para curar y abastecer al prójimo. El miedo a que su hijo se pudiera contagiar, hizo que se ausentara de la Alcazaba, hasta su recuperación. Por lo que viajó a Toledo, donde residían sus padres y hermanos. Así pues, Malhiba y Al–Faqih se fueron a Toledo y el niño se quedó en la Alcazaba de la Plaza Mayor, junto a sus abuelos paternos hasta que se recuperase Malhiba.

13

Durante los meses que Al–Faqih y Malhiba permanecieron en Toledo, recibieron una invitación de Alfonso X «El Sabio», el cual se había enterado de la llegada del príncipe Al–Faqih a Toledo. La amistad que existía entre ellos era compartida desde pequeños, pues los padres de ambos guardaban una vieja y sincera admiración mutua. Alfonso X, interesado desde muy temprana edad por el estudio de distintas culturas, había convocado hasta Toledo a grandes pensadores. Malhiba convenció a su esposo para que aceptase la invitación, pues la preocupación por el estado de ella y la separación del pequeño Muhammed III, reflejaba por días una gran tristeza en el rostro de su esposo. Tras una larga insistencia Al–Faqih aceptó la invitación de Alfonso X, gran pensador y creador de su tiempo. Además de estudioso de otras religiones y otras culturas. Abrió su mente al conocimiento por encima de todo, dejando a un lado las fronteras ideológicas que al fin y al cabo limitan la capacidad del pensamiento.

Llegaron hasta Toledo (ciudad misteriosa y silenciosa de secretos esotéricos, de los que aún hoy, grandes órdenes religiosas y secretas investigan hechos que esconden los subterráneos de la ciudad) musulmanes, judíos y cristianos. En total cuarenta y siete invitados de todos los Reinos de España, incluido Al–Faqih. Se habían preparado lujosas estancias para alojar a todos bajo el mismo techo. El gran anfitrión y sus invitados abrieron su espíritu a lo venidero, dejando la religión en un segundo plano para que las energías cósmicas traspasaran sus mentes de la forma más sencilla. Tras varios días de charlas, debates y grandes banquetes al gusto de todos, la amistad de Alfonso X y Al–Faqih aumentó por la infinidad de opiniones que compartían. Así es que antes de abandonar Al–Faqih la ciudad de Toledo con su esposa Malhiba, muy mejorada, invitó a Alfonso X para que los visitara cuando quisiera en Granada.

Meses más tarde de aquella sincera invitación, llegaba hasta Granada, acompañado por cuatro de sus soldados, Alfonso X.

14

Alfonso X llegaba hasta el Reino de Granada como invitado de Al–Faqih y la familia de este. El apuesto cristiano obsequió al Sultán Al–Hamar, en nombre de su padre Fernando III, con un vino Toledano.

La mejor habitación de la Alcazaba se preparó para tan ilustre invitado. Vistieron la cama con sábanas de hilo, las cuales cubrieron después con unas mantas de seda azul añil con bordados plateados. No faltando sobre las mesas de dicha estancia, bandejas repletas de jugosas frutas con olor a huerta. A la mañana siguiente de su llegada, Alfonso X visitó con Al–Faqih la Vega Granadina y las ruinas de la Sabika, donde el comienzo de las obras del Palacio de la Alhambra estaba en marcha.

Tras varios días de estancia en Granada, y dispuesto para despedirse de toda la familia y de su gran amigo Al–Faqih, Alfonso X fue sorprendido con un suculento banquete la noche anterior de su regreso a Toledo. El Sultán mandó preparar una inolvidable despedida. Hubo música, bailarinas y numerosas viandas con color y olor a Granada. Deliciosos y jugosos corderos, acompañados con hortalizas de la Vega. Exquisitos vinos de las viñas de la Vega Granadina fueron regando las gargantas de los comensales. También se sirvió el vino que Fernando III el Santo, padre de Alfonso X, había enviado como regalo al Sultán. Para finalizar la comida, se degustaron gran variedad de dulces y frutas. Todo era lujo y alegría entre los embriagadores aromas a lavanda mezclada con incienso que perfumaron una noche de hechizo granadino. Las paredes del gran salón de la Alcazaba de la Plaza Mayor se habían vestido con sedas y el suelo se había cubierto con acogedoras alfombras granates y doradas, que parecían pedir a los invitados que se tumbaran sobre ellas. Pero quien destacó con diferencia fue la preciosa Malhiba, vestida con un traje de seda rosa y adornando su larga melena negra con una diadema hecha con flores naturales.

A la cena asistieron distinguidas amistades granadinas del Sultán y los instructores de Al–Faqih, con el fin de ofrecer algo más que lujosas estancias y exquisitos manjares. Todo se envolvió de armonía y agrado para todos los asistentes hasta altas horas de la madrugada, ocupadas todas ellas por interesantes conversaciones y algún baile. Entre los invitados había un anciano, familia de los Abencerrajes, al que se le subió el vino a la cabeza y comenzó a bailar sin parar hasta caer rendido al suelo.

Una vez se fueron los invitados, Malhiba se retiró a su alcoba. Al–Faqih y Alfonso X continuaron en el salón adentrados en su interesante conversación hasta que vieron los reflejos del sol asomar por los ventanales de la estancia. La embriaguez de Al–Faqih hizo que revelase a Alfonso X el mayor secreto de la Historia.

—He soñado con el «Lucel» —dijo Al–Faqih.

—¿Has soñado… con el poder? —preguntó Alfonso X con asombro e intriga.

—¡Y lo he visto! —afirmó Al–Faqih, sin pensar en lo que aquello desencadenaría siglos después.

Sin saberlo, con aquellas palabras Al–Faqih entregó de algún modo la llave de la ciudad de Granada a los cristianos, siglos más tarde.

En un abrir y cerrar de ojos, los dos amigos estaban en la biblioteca de la Alcazaba de la Plaza Mayor, rodeados por sabios libros y el codiciado «Lucel». La emoción descontrolada de Alfonso X, hizo que comenzaran a deslizar lágrimas sobre su rostro, mientras tocaba los valiosísimos libros y el «Lucel». Al–Faqih, se acercó hasta una pequeña montaña de arena que había en uno de los rincones de la biblioteca de la Alcazaba. Cogió un puñado de arena que luego introdujo en el «Lucel». A continuación lo cerró. Pasados unos segundos lo abrió. Los granos de arena se habían transformado en un macizo lingote de oro. Al–Faqih regaló aquel lingote de oro a Alfonso X:

—Pongo este lingote sobre tus manos a la vez que comparto tan divino secreto, en símbolo de nuestra amistad —dijo Al–Faqih—, si alguna vez necesitas del «Lucel», las puertas de la Alcazaba se te abrirán de par en par.

Al día siguiente Alfonso X abandonaba la Alcazaba de la Plaza Mayor, guardando para sí el mayor secreto de la historia. Continuando su vida en Toledo con otra percepción de las cosas, de la vida, de la existencia…, cada vez que mirase el lingote de oro que Al–Faqih le había regalado.

15

Cuando Alfonso X, el Sabio, llegó a Toledo después de su visita a Granada, se aisló en su aposento durante varios días. Su excelente don para la escritura y otras ciencias, avivaron su destreza desde la breve visita a la maravillosa ciudad de Granada. Necesitaba escribir cuanto había visto, cuanto había leído, cuanto había oído…, y sobre todo del «Lucel». Tras anular las reuniones menos importantes y ordenar que no se le molestara, comenzó a extasiarse entre las letras que iba escribiendo para dejar salir cuanto había visto, leído y sentido en la ciudad de la luz. Después de una semana en su alcoba y haber escrito cuanto no quería olvidar, lo guardó todo junto al lingote de oro que Al–Faqih le había regalado. Dentro de un modesto cofre y lo guardó en una pequeña cueva, situada justo debajo del castillo Toledano. Desde aquel mismo día y antes de su definitivo retiro a Sevilla, muchas fueron las ocasiones en que bajó hasta la cueva para releer frases rescatadas de los sabios libros que un día pudo ver y tocar en la biblioteca de la Alcazaba de Plaza Mayor en la Nazarí Granada.

Alfonso X vivió durante el resto de su vida con el secreto de haber visto y tocado el «Lucel». Sabía que si lo desvelaba correrían ríos de sangre de gente inocente. Cuando se trasladó definitivamente a Sevilla, entre las pertenencias que lo acompañaron estaba el cofre. Su sueño era curarse en Sevilla con el cambio de aires. Tras una corta mejoría pudo disfrutar del sol y lentos paseos entre la arboleda de su residencia. Desgraciadamente, y a pesar de su perseverancia en mejorar, sufrió un empeoramiento que llevó a pasar sus últimas semanas de vida en la cama.

Sintiendo la muerte avanzar hacia él, Alfonso X decidió revelar a su confesor la existencia del cofre, antes de que alguien lo encontrara y así evitar una innecesaria batalla. Dos días más tarde de revelar el secreto a su confesor, las campanas de Sevilla tocaban desconsoladas la pérdida de tan ilustre persona. Alfonso X, hombre sabio y de palabra fue llorado por conocidos y desconocidos, que recitaban una y otra vez sus poemas por toda Sevilla.

Al cabo de unos días del entierro de Alfonso X, su confesor abría el cofre en la única celda que quedaba del antiguo monasterio donde Alfonso X había mandado levantar la Iglesia de Santa Ana. Para levantar dicha iglesia había hecho una importante donación.

En una de las primeras páginas que había escrito Alfonso X, describía con detalle cuanto había visto en la Alcazaba de la Plaza Mayor de la Nazarí Granada.

«Vieron mis ojos
manantial de Sabiduría
mientras lágrimas de alegría
recorrían mi rostro

y alma herida.
Mis manos pudieron rozar
la Sabiduría escrita.
Mi ser pudo sentir
el sentido de la vida…»

Dichas palabras conmocionaron al confesor, que después de ojear el contenido del cofre y leer todos los manuscritos, hizo lo que Alfonso X le había pedido en el secreto de confesión.

Guardar el cofre con los manuscritos y el lingote de oro en algún lugar donde nadie pudiera encontrarlo.

Obedeciendo a dicha petición, el confesor se dirigió desde la última celda del monasterio hasta el Altar de la futura iglesia que mandó construir Alfonso X con una generosa dotación. Y a la que llamarían después por expresa petición «Iglesia de Santa Ana». Sabiendo que jamás volvería a ver el cofre, el confesor lo dejó en un descuido de los obreros, bajo el suelo de lo que sería el Altar. Luego esperó sin prisa a que los obreros pusieran la última loseta, quedando así bien guardado el cofre.

16

Dos siglos después…

Las grandes inundaciones que sufrió Sevilla provocaron considerables humedades en la iglesia de Santa Ana, llegando incluso a levantarse algunas losetas del Altar. Don Pedro, el sacerdote de dicha iglesia, mandó levantar todas las losetas en mal estado para reemplazarlas por unas nuevas lo antes posible. La iglesia debía de estar preparada en dos semanas, antes de la boda de una de las cinco hijas del señor Lozano. Dicho señor era un gran adinerado de Sevilla, del que se cuchicheaba que un oscuro pasado le había proporcionado el extenso patrimonio del que disfrutaba. Puestos los obreros a su quehacer, fueron levantando loseta por loseta hasta que por sorpresa hallaron el cofre que dos siglos atrás escondiese el confesor de Alfonso X. Juan José, el obrero que halló el cofre avisó de inmediato a Don Pedro, el cual se hallaba en el confesionario de la iglesia. Allí escuchaba los repetitivos pecados de Doña Mercedes, la cual era gran devota de Santa Ana. Tras darle la bendición y mandarle que rezase cinco Ave Marías, Don Pedro se acercó hasta el Altar sin saber lo que hallaría. Cogió el cofre mientras los obreros esperaban intrigados a que lo abriera, pero no fue así. Les mandó que siguieran con su trabajo mientras él se retiraba hasta la sacristía. Cuando se disponía a abrir el misterioso cofre entró Doña Mercedes, que desmemoriada buscaba a Don Pedro para confesarse de nuevo. La paciencia de Don Pedro hizo que la invitara a sentarse mientras él abría el cofre. Una vez abierto y habiendo sacado Don Pedro el lingote de oro, Doña Mercedes comenzó a bailar de alegría mientras repetía una y otra vez. ¡En la iglesia hay oro, hay oro…! Con los nervios encogidos, Don Pedro no dejaba de rogarle una y otra vez a Doña Mercedes que dejase de gritar y guardase el secreto hasta que el Cardenal de Sevilla no diera su consentimiento de hacerlo público. Haciendo caso omiso la anciana salió corriendo de la iglesia, pregonando por toda Sevilla que había oro en la iglesia. Los sevillanos no hicieron caso a la desmemoriada, como la llamaban y siguieron con sus faenas. Mientras tanto, Don Pedro tuvo que sentarse unos minutos en uno de los sillones granates de la sacristía para recuperar el aliento. Tomó aire varias veces y comenzó a leer parte del manuscrito que Don Alfonso X, el Sabio, escribió dos siglos atrás. Las palabras del texto que iba leyendo lo transportaban a lo más místico que había sentido y oído en sus treinta y dos años como sacerdote. Cuando terminó de leer todos los textos, guardó el cofre en el mismo armario donde guardaba las reliquias. Entre tales reliquias se encontraba en una pequeña urna de cristal, el hígado de un Beato de Sevilla. Tras cerrar el armario con llave, Don Pedro salió corriendo de la iglesia, sin detenerse por el camino. Con las piernas entumecidas llegó hasta la residencia del Cardenal de Sevilla. Allí esperó hasta que dicho Cardenal terminase su exquisito almuerzo. Pues era sabido por todos los que lo servían, que si se molestaba

mientras comía podrían ser ahorcados, o al menos eso era lo que el Cardenal decía una y otra vez antes de comenzar a comer como un cerdo el banquete que mandaba preparar a los tres cocineros que tenía a su servicio. De ahí, su enorme panza y sus tremendas defecaciones. Después de dos horas de espera el Cardenal recibió a Don Pedro en una pequeña sala donde solía reposar la comida dos horas más. Tras poner en conocimiento al Cardenal del hallazgo del Cofre y su contenido, Don Pedro fue invitado a salir de la sala con urgencia para que volviese a la iglesia de Santa Ana a custodiar dicho hallazgo. Antes de marcharse y por orden del Cardenal, Don Pedro cogió papel y pluma de un pequeño escritorio que había en la pequeña sala para escribir los nombres de cuantos habían visto el Cofre. A continuación salió tan aprisa como pudo hasta la iglesia de Santa Ana. Lo primero que hizo nada más entrar en la iglesia, fue dirigirse hasta el armario de la sacristía. Una vez comprobado que el cofre seguía en su sitio se dirigió hasta el banco más cercano al altar. Se sentó y comenzó a rezar en voz baja hasta que los obreros que colocaban las losetas del Altar, entre ellos Juan José, daban fin a su jornada de trabajo. Don Pedro no se movió del banco ni para cerrar la iglesia. Rezaba y rezaba sin saber por qué. De pronto unas horrorosas imágenes comenzaron a pasar por su cabeza, hasta quedar vencido por el sueño.

A la mañana siguiente, Sevilla se levantaba con una triple tragedia. Doña Mercedes (la desmemoriada), Juan José (el obrero que había encontrado el cofre bajo las losetas del Altar) habían sido encontrados ahorcados en sus respectivos domicilios. La triple tragedia se cerraba en la sacristía de la iglesia de Santa Ana. El cuerpo de Don Pedro colgaba rígido del techo con una soga al cuello. En los tres casos se había utilizado el mismo tipo de soga y se habían hecho los mismos nudos. Los ojos de Don Pedro habían quedado abiertos, señalando el armario donde había guardado el Cofre. La puerta del armario estaba abierta con todas sus reliquias, menos el Cofre, el cual había desaparecido.

17

Una semana más tarde de la trágica muerte de Don Pedro, Doña Mercedes y Juan José, el Cardenal de Sevilla fue recibido en Barcelona por los Reyes Católicos. Los Soberanos, nada acostumbrados a tan ordinarios modales, quedaron algo impresionados con la entrada que hizo el Cardenal en el Salón que tenían asignado exclusivamente para asuntos del Reino. Sin saludar ni hacer ademán de reverencia, el Cardenal comenzó a hablar como si le hubiesen dado cuerda.

—He encontrado el «Lucel», majestades. Se donde está… —dijo el Cardenal.

Luego cogió aire mientras se limpiaba con un pañuelo el sudor de la frente y prosiguió hablando.

Los Reyes, sorprendidos ante la noticia, escucharon al Cardenal atentamente hasta que acabó.

—¡Creo que deberíamos de dejar el «Lucel» donde está! De lo contrario, mucha sangre manchará campos y Plazas inútilmente —dijo el Rey Fernando.

—Mas yo creo querido esposo y respetando tu parecer que el «Lucel» nos pertenece, al igual que el resto de España —dijo la Reina Isabel. Luego dirigiéndose hacia el Cardenal, ordenó—. ¡Prepare cuanto necesite para partir hacia Granada!

—Si eso es lo que deseas se hará. Más nuestra obligación en este momento, es defender España de Portugal. Deberíamos de esperar hasta entonces —dijo el Rey Fernando.

—Si sus majestades me lo permiten iré preparando, hasta ese momento, un plan de ataque contra los moros —propuso el Cardenal de Sevilla.

—Prepare todo lo necesario, pero será mejor ir a Sevilla. Allí estudiaremos sus planes y los nuestros antes de atacar Granada. Iremos en cuanto la batalla contra Portugal haya finalizado —dijo la Reina Isabel.

Con un velo de codicia sobre su rostro y unas manos manchadas de sangre, por el triple crimen de Sevilla, el Cardenal marchó de la residencia de los Soberanos tan rápido como su enorme tripa lo dejaba caminar. Nada más abandonar el Palacio Mayor de los Reyes, el Cardenal se dirigió al convento más cercano, donde aprovechándose de su hábito comió cuanto le pusieron las serviciales Clarisas. Con la tripa llena bendijo a las religiosas y partió para Sevilla acompañado por los dos sacerdotes que guiaban el carruaje en el que habían ido hasta Barcelona. Dicho carruaje pertenecía a una de las familias más adineradas de Sevilla, y de la que el Cardenal se aprovechaba cuanto podía, a cambio de prometidos rezos que nunca cumplía.

En apenas unas semanas, la residencia del Cardenal y seminario de toda Andalucía, alojó a numerosos caballeros cristianos dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre por defender la Santa Cruz Cristiana. El objetivo era trazar la estrategia más acertada para Conquistar Granada y hacerla tan cristiana como lo era

ya Sevilla.

18

El Cardenal de Sevilla trazaba una estrategia en el seminario junto a los caballeros cristianos, los cuales estaban dispuestos a dar su vida, si fuese preciso, para que los Soberanos Conquistaran Granada y encontrasen el «Lucel». Al mismo tiempo el Sultán Muley Aben Hacen gobernaba el Reino de Granada, siempre rodeado de los mejores guerreros moros y dispuesto a seguir instruyendo a su hijo Boabdil para defender la Nazarí Granada. A pesar de las fatídicas premoniciones del Santón de la cueva del Sacro–Monte, el joven Príncipe Boabdil estaba preparado para la guerra, pues el Sultán había puesto a los mejores guerreros de la Alhambra como instructores en cuanto Boabdil pudo sujetar una cimitarra. Una cálida mañana, entre susurros de pájaros y el vaivén del agua del patio de Arrayanes, el Príncipe Boabdil recordaba parte de su infancia mientras sus ojos quedaron fijos en el agua. Por unos instantes pasaron por su cabeza imágenes de su niñez en el mismo patio, pero acompañado de su inolvidable instructor Abul. Los recuerdos se hicieron tan reales en su cabeza que en algún momento pudo escuchar su voz de pequeño, como si estuviera allí presente.

—Coge más fuerte la cimitarra —voceaba Abul.

—¿Crees que seré un gran Sultán? —preguntaba Boabdil.

—¡Claro que sí. Serás el mejor Sultán que haya tenido Granada! —contestó Abul.

—Serás el mejor Sultán del mundo —dijo una voz femenina.

En ese momento las dos cimitarras dejaron de rozarse. Abul y Boabdil se giraron hacia la voz femenina. Era la Sultana Aixa y madre de Boabdil. Siempre al lado de su hijo, en lo bueno y en lo malo. Como toda madre que haya sentido la maternidad celestial, mística y milagrosa de la vida, y unido todo ello dentro de su vientre.

—Hola madre —dijo Boabdil—, practicaré sin descanso para convertirme en el mejor Sultán y usted se sienta orgullosa.

—Debes procurar que sea Granada la que se sienta orgullosa de su Rey, porque el orgullo de una madre perdura siempre, pase lo que pase. No lo olvides nunca —contestó la Sultana Aixa.

Todos aquellos agradables recuerdos se desvanecieron cuando Boabdil escuchó el eco de los pasos con los que hacían su entrada al Patio de Arrayanes media docena de guerreros moros.

19

Mientras Boabdil era instruido en otras materias de interés, el Sultán era requerido por sus paisanos moros en algunos enfrentamientos contra los cristianos. Entre batalla y batalla el Sultán Muley Aben Hacen disfrutaba de los baños del Palacio de la Alhambra, sumergiéndose en agua cálida con fragancias de lavanda. En una de tantas ocasiones estaba acompañado de la más joven de sus siete esposas, llamada Adhula. La joven tenía una larga y negra melena rizada que llegaba a sus prominentes caderas. Los exuberantes pechos de la joven rozaban intencionadamente, una y otra vez la espalda del Sultán hasta hacerlo escapar del mundo real. Mientras se perdía de placer entre la suave y delicada piel de su más joven esposa, un importante aviso interrumpía aquel momento con una urgente carta. Dicha carta fue entregada por un joven emir moro que entró hasta los baños sin previo aviso. Tras leer el contenido de la carta, en la que se pedía la ayuda del Sultán en la Plaza de Málaga lo antes posible, Muley Aben Hacen ordenó que se le cortara la cabeza al desvergonzado emir, el cual había fijado su mirada en el exuberante cuerpo de la joven Adhula.

20

Al día siguiente, el Sultán Muley Aben Hacen partía del Palacio de la Alhambra con más de quinientos moros hasta la Plaza de Málaga, en donde había sido requerida su ayuda. Justo antes de partir, Boabdil insistió en acompañarle una y otra vez.

—¡Padre dejad que os acompañe! ¡Mas nunca podré comprobar si mi cimitarra sirve para la lucha, como cualquier otra! —suplicó Boabdil varias veces.

—No hijo, aún no. Me acompañará tu tío Muhammad XI. Tu deber, mientras tanto, es proteger Granada —contestó el Sultán.

Con esas palabras el Sultán partía junto a los quinientos guerreros moros y su hermano Muhammad XI, hasta la Plaza de Málaga.

Tras una breve batalla, de apenas una semana, los cristianos eran derrotados por los moros. En agradecimiento a la labor del Sultán, los Malagueños quisieron entregarle la Plaza de Málaga para que los protegiesen de posibles ataques venideros.

—Os agradezco a todos la confianza que depositáis en mi ejército, más la Plaza de Granada me espera. A cambio os pido, que aceptéis a mi hermano, El Zagal, como Sultán. Pues su cimitarra protegerá la Plaza de Málaga en lo sucesivo como hoy lo ha hecho contra los cristianos —pronunció el Sultán a todos los Malagueños reunidos a su alrededor.

En unos segundos una minoría de los Malagueños allí presentes, comenzaron a gritar una y otra vez el nombre de su nuevo Sultán. Instantes después el nombre de El Zagal era aclamado por todos los allí presentes. Dos días después, diez de los cien cautivos cristianos que habían sido repartidos entre los Alcaides y Sultanes que habían colaborado en dicha batalla, partían para Granada.

Los quinientos moros que habían acompañado al Sultán Muley Aben Hacen hasta la Plaza de Málaga, cabalgaban tras los diez cautivos cristianos. Dichos cautivos eran dos sacerdotes y ocho hermosas mujeres. Una de las hermosas mujeres era la cristiana, Isabel de Solís. Después de caminar durante varios días bajo el fuerte sol de Julio, llegaron victoriosos a Granada. Nada más entrar en la ciudad, el Sultán y los quinientos guerreros, fueron aclamados y aplaudidos por todos los granadinos para alabar la victoriosa batalla de Málaga. Se sentían orgullosos y protegidos de su Sultán.

Una vez dentro del Palacio de la Alhambra, los diez cautivos fueron llevados hasta uno de los calabozos. Con la desgracia de que al día siguiente encontraron a uno de los sacerdotes gravemente herido al intentar suicidarse. Tras ser curado por uno de los médicos del Palacio en otra celda contigua, fue trasladado de nuevo con los otros nueve cautivos a la espera de alguna futura negociación con el Reino Cristiano.

21

Ante la vergonzosa derrota de la Plaza de Málaga, los Reyes Católicos mandaron llamar de inmediato al Cardenal de Sevilla con el mejor emir que tenían en el Palacio.

A los pocos días, el Cardenal llegaba a Barcelona con unos estudiados pergaminos bajo el brazo. Tras ser recibido por los Soberanos, en el Salón de Tinell del Palacio Real Mayor, el Cardenal extendió los estudiados pergaminos sobre una de las cuatro mesas de la Sala de Tinell. Sobre dicha mesa reposaba un macizo crucifijo de oro igual a los otros veinte que reposaban por diferentes estancias del Palacio. Todos ellos regalo de un Conde Inglés, admirador de la Reina Isabel.

—Permítanme el atrevimiento, pero el primer paso que deben de dar sus Majestades sería pedir el tributo que el Sultán de Granada tiene con la corona cristiana. Tengo entendido que el Sultán Nazarí destaca por su orgullo y arrogancia. De lo que es de suponer que rechazará pagar dichos tributos y así sus Majestades dispondrán de motivo suficiente como para dar comienzo a la Conquista de Granada, y el «Lucel». Una Plaza más en la que la cristiandad debe de imperar, con cruces por todos lados —propuso el Cardenal a los Soberanos. Luego cogió el macizo crucifijo que había encima de la mesa, junto a los pergaminos, y alzando la cruz ante de los Reyes Católicos continuó—. Bendigo la batalla, la Conquista y el triunfo de los Soberanos sobre la Plaza de Granada y demás Plazas gobernadas por los moros. ¡Que Dios bendiga vuestra entrega al Reino de España, y que la fe de la iglesia os acompañe en todas vuestras batallas! ¡Pues el «Lucel» os pertenece, Majestades! —Finalizó el Cardenal mientras se tocaba su enorme barriga, y de la cual salía un tremendo ruido. Ansioso por ser invitado a un suculento banquete comentó tres veces seguidas que olía a gloria bendita.

Haciendo caso omiso al comentario gastronómico del Cardenal bribón, los Soberanos siguieron conversando sobre el tema principal que les interesaba. Pues cansados de tanta batalla a sus espaldas, tenían miedo a perder todo lo conquistado hasta aquel momento. Así que los Soberanos se quedaron con los códices que el Cardenal había llevado hasta Barcelona, para estudiarlos detenidamente. Y el Cardenal volvió a Sevilla.

A las dos semanas de haber revisado la estrategia del Cardenal y haber pedido consejo a distinguidos caballeros expertos en batallas, los Reyes Católicos mandaron hasta Granada a Don Juan de Vera. Uno de los hombres más fieles que un Rey pudiese tener. Pues sería el caballero Don Juan de Vera quien cobraría los tributos atrasados que tenía pendientes el Sultán Muley Aben Hacen con los Soberanos.

22

Don Juan de Vera, valiente y defensor del cristianismo hasta la muerte, se dirigió hasta Granada con un grupo de quince distinguidos y preparados caballeros, que montaban en sus corceles con una elegancia especial. Pasados algunos calurosos días, los distinguidos caballeros que seguían a Don Juan de Vera hacían su entrada en la Nazarí Granada. Nada más traspasar la Puerta de la ciudad y erguidos sobre sus nobles corceles sintieron en su piel el rechazo de algunos moros. Incluso alguno llegó a escupir al paso de tan elegantes caballeros. Fue entonces el cristiano Don Arturo Mejías, quien bajó de su corcel y desenvainando su cimitarra pidió al moro que se disculpase. Pero aquella tensión se fue agravando hasta el punto, que minutos después un centenar de moros rodearon a Don Juan de Vera y a los demás caballeros cristianos que lo acompañaban, incluido Don Arturo Mejías. El abundante sudor sobre las frentes de los cristianos parecía presagiar una muerte anunciada, hasta que Aben, hombre de confianza del Sultán Muley Aben Hacen ordenaba a los moros que dejaran tranquilos a los caballeros cristianos. Aben había bajado de la Alhambra tras ser avisado de la presencia de cristianos en el Reino Nazarí.

—¡Apartaos! —pidió Aben a los moros que rodeaban a los cristianos. Luego se dirigió hasta Don Juan de Vera—. ¿A qué se debe vuestra presencia?

—Venimos en nombre de sus Majestades los Reyes Católicos, para hablar con el Sultán de Granada —dijo Don Juan de Vera, adelantándose hasta Aben.

—¡Seguidme. Os acompañaré hasta el Sultán! —dijo Aben.

Los cristianos montaron en sus corceles y siguieron a Aben hasta el Palacio de la Alhambra. Al mismo tiempo que dejaban atrás los rostros enfurecidos de los moros ante la presencia de cristianos en el Reino de Granada.

Una vez en el Palacio de la Alhambra y rodeados de guerreros moros haciendo guardia a la entrada, los cristianos esperaron a que el Sultán los recibiera. Aben pasó varias estancias del Palacio hasta llegar a uno de los jardines donde el Sultán, recostado sobre unos cómodos cojines mantenía fija su mirada en Isabel de Solís, la joven cristiana que había traído como cautiva tras la batalla de Málaga. A la joven se le había cambiado su cristiano nombre por el de Zoraya en cuanto se la sacó del calabozo para servir como doncella de la Sultana Aixa, madre de Boabdil. Mientras los ojos del Sultán seguían el caminar de Zoraya por el jardín, Aben llegaba con la noticia de la llegada de cristianos al Palacio.

—El embajador de los Reyes Católicos acaba de llegar, con quince caballeros cristianos —dijo Aben.

—¡Dile que será bien recibido! ¡Haz pasar al embajador, los demás que esperen fuera! —ordenó Muley Aben Hacen.

—Sí señor —respondió Aben.

Aben volvió a salir hasta la entrada del Palacio en busca de Don Juan de Vera.

Hasta llegar al jardín donde el Sultán esperaba, Don Juan de Vera se iba desvaneciendo con las miradas de los moros que iba encontrando por las distintas estancias, antes de presentarse ante el Sultán. El valor con el que había viajado hasta Granada, se desvanecía con aquellas miradas frías hacia los cristianos, o al menos era lo que él pensaba.

Una vez llegaron los dos al jardín, Aben se situó detrás del Sultán. Mientras tanto, Don Juan de Vera comenzó a hablar al mismo tiempo que sus ojos vigilaban a su alrededor.

—Señor, me mandan sus Majestades los Reyes Católicos, con el fin de cobrar los tributos atrasados que tiene el Reino de Granada con los Soberanos —dijo Don Juan de Vera con la respiración algo más sosegada.

—¡Dile a tus Soberanos, que se vayan haciendo a la idea de que no verán una moneda mía sobre sus arcas. Al igual que yo tampoco les pediré nada. También diles que los mejores artesanos de cimitarras se encuentran en Granada. Así es que puedes marchar por donde has venido, no sin antes comer cuanto queráis con los hombres que os han acompañado! Aben se ocupará de dar agua y comida a los caballos —sugirió el Sultán.

—¡Gracias Señor!, pero quien burla las peticiones de mis Soberanos, no es merecedora su presencia cerca de mí, ni tampoco sus viandas —contestó Don Juan de Vera.

—¡Eres un fiel hombre para tus Soberanos, espero que sepan pagártelo de la misma manera. Qué Alá te acompañe! —respondió el Sultán.

—No necesito la bendición de Alá. La Virgen María me acompaña —contestó Don Juan de Vera, con rabia contenida en sus palabras.

Y sin más palabras, Don Juan de Vera fue acompañado hasta la salida por Aben. Allí lo esperaban resguardados bajo la sombra de unos árboles, los quince caballeros cristianos con los que había venido a Granada. Por unos momentos los cristianos mantuvieron el cuerpo tenso y alerta al ver a tanto moro sujetando la empuñadura de sus cimitarras a la puerta del Palacio. Don Juan de Vera ordenó a los caballeros que subieran a los corceles de inmediato. Mientras los moros mantuvieron fijas sus miradas hasta que los cristianos se alejaron del Palacio.

23

Pasada una semana desde la presencia de Don Juan de Vera y los quince caballeros cristianos a Granada, los Soberanos recibieron en el salón de Tinell del Palacio Real de Barcelona a Don Juan de Vera. En unos minutos, el caballero cristiano contó a los Soberanos el recibimiento que los granadinos habían tenido con él y sus acompañantes.

—… Y también a añadido el Sultán de Granada, que allí se fabrican las mejores cimitarras de España —acabó diciendo Don Juan de Vera.

Tras aquellas palabras un gran silencio irrumpió el salón. Luego la Reina Isabel se levantó del asiento donde estaba sentada y retorciendo una y otra vez el pañuelo que llevaba en la mano, caminaba de un lado a otro del salón. Se detuvo delante de la mesa en la que el Cardenal de Sevilla había extendido meses antes sus estudiados pergaminos, con el plan a seguir hacia la Conquista de Granada. La Reina cogió el crucifijo macizo de oro que había sobre la mesa, el mismo que levantó tiempo atrás el Cardenal de Sevilla:

—En nombre de Dios y todos los Santos de la Iglesia, Conquistaré Granada. Llevaré la cruz donde tiene que estar —luego se dirigió hasta Don Juan de Vera—. ¡Traed al Cardenal de Sevilla, lo antes posible! ¡Que os acompañe vuestros hombres!

El Rey Fernando acató las ordenes de su esposa con un silencio absoluto, y Don Juan de Vera partió al día siguiente hacia Sevilla, junto a los quince caballeros cristianos que lo habían acompañado hasta Granada.

24

Mientras los Reyes Católicos comenzaron a ejecutar las estudiadas estrategias del Cardenal de Sevilla, el Sultán Muley Aben Hacen disfrutaba en el Palacio de la Alhambra con la compañía de varias sultanas. Aunque su favorita esposa era Aixa, con la que había tenido a Boabdil y otros hijos.

Pocos eran los que renunciaban a una de las fiesta que ofrecía el Sultán y en las que destacaba el despilfarro. Comida y bebida en abundancia llenaban hasta altas horas de la madrugada el Palacio de la Alhambra. A dichos eventos solían asistir alcaides de Plazas cercanas y familias añejas y retorcidas del Albaicín. Al finalizar una de tantas fiestas el Sultán, acompañado por su favorita Aixa, ordenó a todas las demás Sultanas del Palacio que bailasen para él. Mientras las Sultanas bailaban, Zoraya, la cristiana que llegó al Palacio de la Alhambra después de la batalla de Málaga, se acercó hasta la Sultana Aixa para decirle que el baño estaba listo. Pues aquella noche Aixa había acordado con el Sultán pasarla en los baños del Palacio, los dos solos.

Los ojos del Sultán comenzaron a seguir las caderas de la joven Zoraya antes de que se retirase. Sin poder contener el impulso erótico que le sugería las caderas de la joven, le ordenó:

—Baila para mí, junto a mis Sultanas —ordenó el Sultán, ya borracho.

La avariciosa joven, que siempre había querido casarse con un hombre adinerado, aprovechó el momento y comenzó a bailar junto a las otras Sultanas. Movía insinuosamente las caderas como si estuviera poseída. Los ojos del Sultán al igual que los de cuantos alcaides estaban allí presentes seguían con la boca abierta las exuberantes caderas de Zoraya. Por un momento parecían no existir más mujeres bailando que la joven cristiana Isabel de Solís, convertida en Zoraya. Aixa comenzó a sentirse incómoda y triste, pues presintió que comenzaba a ser otra Sultana más. Sin embargo aquella noche el Sultán la pasó con su amada esposa Aixa.

Tras una noche mágica de posesión carnal, en la que sobró el aromático baño que había preparado Zoraya, el Sultán y su amada Aixa amanecían desnudos. La luz del alba fue iluminando sus siluetas abrazadas sobre sedas granates y oro en la mas lujosa de las alcobas del Palacio. El Sultán amaba a Aixa con locura, como para dejar que una fantasía con la joven Zoraya rompiese lo que los unía.

25

A partir de aquella noche, Aixa miraba a la joven cristiana con otros ojos. Parecía estar presintiendo lo que estaba por venir. Mientras tanto la avaricia de la cristiana Zoraya corrompió su alma de tal manera, que recurrió a la brujería con el fin de que el Sultán solo tuviese ojos para ella. Aconsejada por una doncella del Palacio, de la cual se había hecho muy amiga, Zoraya se dirigió una temprana mañana hasta el Sacro Monte. Había escuchado en boca de dicha doncella, que en una de las cuevas vivía una anciana que hacía brujería.

Por el camino, Zoraya no dejaba de pensar una y otra vez lo que le había dicho la doncella. —… Verás una cabeza de gato colgada en la puerta de la anciana…—Una vez en el Sacro Monte y tal como le había dicho la doncella del Palacio, Zoraya pudo ver la cabeza de un gato negro colgada en la puerta de la tercera cueva. Al acercarse pudo ver tres agujas clavadas en cada uno de los ojos del gato, por lo que se hacía más estremecedor mirarlo. Por el olor a sangre fresca y las gotas que había en el suelo, parecía que acababan de colgar la cabeza instantes antes. Tras el sobresalto que le produjo ver aquello Zoraya cambió de opinión. Cuando estaba decidida a marcharse de allí, la puerta de la cueva se abrió.

Salió una distinguida señora acompañada por una joven. Seguramente sería su hija, pues las unía un asombroso parecido. La joven lloraba sin descanso mientras repetía una y otra vez:

—Yo quería tener ese niño, yo quería tener ese niño…

Al mismo tiempo que la joven lloraba, la estirada señora, quien por cierto lucía en su rostro una sonrisa de oreja a oreja, mantenía unos andares de orgullo y alivio.

Zoraya, con el rostro tapado y dispuesta a marcharse, fue llamada por la anciana que salió de la cueva nada más irse la señora con la joven.

—¡Niña pasa, te estaba esperando! —dijo la anciana con una voz hechicera.

Sin poder darle un no por respuesta, Zoraya siguió a la anciana hasta el interior de la cueva.

—¡Siéntate, hermosa joven! —dijo la anciana.

Zoraya, asustada y temblorosa se sentó donde le indicó la anciana, muy cerca de una chimenea. Una perola de agua hirviendo que colgaba sobre las llamas anaranjadas de la chimenea, desprendía un olor nauseabundo. Alrededor de la anciana había al menos una decena de gatos negros, los cuales parecían estar bastante aturdidos. Posiblemente por la ingesta de alguno de los numerosos brebajes extraños que había en una alacena de la cocina. La anciana cogió uno de los gatos, lo puso en su regazo y comenzó a acariciarlo sin descanso, mientras conversaba con la asustada Zoraya.

—Dime, niña. ¿Qué buscas de mí? —preguntó la anciana, sin dejar de acariciar al gato.

—¡Quiero que un hombre se fije en mí! —respondió Zoraya.

—¡Lo que tú quieres es un amarre! —afirmó la anciana con una fuerte carcajada —. Verás, antes de cocinar el carnero que ese hombre a de comer, lo aprietas bien fuerte entre tus muslos durante un rato. Luego hay que cocinarlo enseguida, para que se dé el amarre. Verás niña como ese varón nunca se despegará de ti, hasta su muerte. Tus pensamientos y voluntades harán eco en las palabras que salgan de su boca. Hablará por ti sin saberlo. Te servirá como un noble y fiel cordero. Piénsalo antes de hacerlo, pues los hombres que viven bajo un amarre dejan de ser dueños hasta de su alma. ¿Estás segura de querer hacerlo? —preguntó la anciana.

Zoraya asintió varias veces con la cabeza. Inmediatamente la anciana dejó de acariciar el gato que tenía en su regazo y lo metió en la perola con agua hirviendo que colgaba sobre la chimenea.

El desgarrador y agonizante maullar del gato, metido en el agua hirviendo de la perola asustó a Zoraya de tal manera que se levantó de la silla.

—Mi parte ha finalizado. Ahora debes hacer todo lo que te he dicho antes de que pasen tres días. De lo contrario todo habrá sido en vano. ¿Con qué me pagarás? —preguntó la anciana, deseosa por recibir algo.

—No dispongo de joyas ni monedas, ¡dígame usted! —respondió Zoraya.

—¡Me gusta el pañuelo que cubre tu rostro, debe ser bueno! ¡Dámelo y estamos en paz! —contestó la anciana, mientras tocaba el pañuelo.

Zoraya se quitó el pañuelo intentando enseñar lo menos posible el rostro. Luego se lo dio a la anciana, la cual se quedó mirando fijamente el rostro de Zoraya.

—¡Qué bella eres! ¡Lástima que tengan que morir tantas criaturas, por esa causa! —dijo la anciana.

Tras las palabras de la anciana, Zoraya salió corriendo de la cueva. Dejando allí el pañuelo que cubría su rostro.

26

Con la ambición de convertirse en la Sultana favorita de Muley Aben Hacen, Zoraya llegó al Palacio de la Alhambra pensando en todo lo que le había dicho la anciana. Se dirigió hasta la cocina principal del Palacio, donde aún no habían llegado las cocineras. Allí preparó una bandeja con suculentas frutas y aromático té, traído de Fez. Con la bandeja en mano se fue hasta la habitación de la Sultana Aixa, la cual aún permanecía dormida. Tras dejar la bandeja con las frutas y el té sobre la mesa donde la Sultana Aixa tomaba habitualmente el desayuno, salió con sumo cuidado para no despertarla. A continuación corrió de nuevo hasta la cocina principal, donde ya estaban las dos cocineras del Palacio disponiendo el menú que iban a preparar. Para suerte de Zoraya, se disponían a poner en adobo unas piernas de cordero, plato favorito del Sultán.

—¿Les ayudo? —preguntó Zoraya, sin distraer la mirada en otro sitio que no fuese el cordero.

Las dos cocineras, agotadas de preparar tanta comida días antes, le tomaron la palabra.

—¡Machaca todas estas especias en el lebrillo! —ordenó una de las cocineras, mientras hacía señas con la cabeza a la otra cocinera para salir de la cocina—, mientras iremos a por fruta. Ten cuidado con la pierna de cordero más grande que hay sobre aquella mesa, es la del Sultán.

A Zoraya parecía acompañarle la suerte. Una vez salieron las dos cocineras de la cocina, se sentó en la misma mesa donde la pierna de cordero reservada para el Sultán, esperaba ser macerada. Se subió la ropa y tras poner el cordero entre sus piernas, apretó cuanto pudo sin dejar de pensar en lo que le había llevado a hacer aquello. Luego vinieron a su cabeza las palabras de la anciana.

—Antes de cocinar el carnero, lo aprietas fuerte entre las piernas. Pues ese varón quedará para siempre a tu vera, convirtiéndose tus pensamientos en el eco de sus palabras. Te servirá como un noble cordero. Aprieta el cordero bien fuerte sin dejar de pensar en él. Y recuerda algo muy importante, no deberás lavarte la entrepierna hasta que el hombre se haya comido el cordero.

A la hora del almuerzo, Zoraya, escondida tras una columna, observaba como el Sultán devoraba el cordero que antes había estado apretado entre sus piernas. Uno de los sirvientes del Palacio había servido el jugoso y dorado cordero en una bandeja de plata. Acompañado, por supuesto, con unas frescas hortalizas de la Vega.

Después de una calurosa noche de amor con Aixa, el Sultán necesitaba reponer fuerzas. Mientras mordía el cordero iba resbalando sobre la alfombra donde se había sentado, la grasa con la que las cocineras habían engrasado la pierna antes de cocinarla. Tras devorar aquel suculento manjar, el Sultán se dejó caer en la misma alfombra. Tras comprobar que el Sultán se había comido la pierna de cordero, Zoraya

siguió con sus quehaceres esperando que aquel hechizo diese el resultado que la anciana había dicho.

Pasadas unas semanas, el Sultán nombró a Zoraya Sultana del Reino Nazarí de Granada. Era la octava esposa que desposaba. Un número de esposas nada querido por los musulmanes, pues se decía que la octava esposa arrancaría la razón y el sentido al esposo, hasta desprenderse el alma del cuerpo. Haciendo caso omiso a las leyendas musulmanas, el Sultán poseyó una y otra vez a la hermosa Zoraya durante una larga noche. Al amanecer, cuando aún dormían, un haz de luz salió del cuerpo del Sultán hasta perderse en el infinito por uno de los ventanales de su alcoba. Era su alma que se había desprendido de su cuerpo.

27

Las noches de deseo carnal entre el Sultán y la joven cristiana, se hacían cada vez más frecuentes. Tras una noche de pasión, los primeros rayos de sol fueron iluminando poco a poco el cuerpo desnudo de Zoraya. Acurrucada entre los brazos del Sultán, utilizaba majestuosamente sus dotes femeninas y la hermosura con la que la naturaleza la había dotado, para que el Sultán construyera un Palacio para ella. Con ello, pretendía apartarlo de las demás Sultanas de la Alhambra.

—Hoy mismo, mandaré construir el Palacio que te mereces. Lo llamaremos Alixares —dijo el Sultán mientras besaba la espalda de Zoraya una y otra vez. Luego la poseyó de nuevo, con la misma pasión de la noche que finalizaba.

Aquella misma mañana, el Sultán bajó hasta el subterráneo de la Alhambra donde permanecía el «Lucel» custodiado por dos moros, tal y como había ordenado siglos atrás el Sultán Al-Hamar. Haciendo uso del «Lucel» repetidas veces, el Sultán Muley Aben Hacen puso en manos de magníficos arquitectos el oro necesario para levantar el soñado Palacio de su amada Zoraya. Meses después centenares de hombres, entregados día y noche a la construcción del Palacio, ponían fin al proyecto.

En pocas semanas la cristiana Zoraya se trasladó al nuevo Palacio, mientras el Sultán acudía a las obligaciones que mantenía desatendidas desde que desposara a la Sultana Zoraya. En la Sala Mayor del Palacio, la Sultana Aixa esperaba apenada la llegada del Sultán.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el Sultán al verla.

—Espero que la locura que te envuelve por poseer a la cristiana, no te aparte de tus obligaciones. Ni tampoco las que tienes con tus hijos. ¿O acaso vas a entregarle a ella, también el «Lucel»? —respondió Aixa.

—¡Hablan tus celos, tus malditos celos! —gritó el Sultán.

—¡Habla la cordura, la razón… Y el amor que siento por Granada, nuestros hijos… y el que aún siento por ti! —respondió Aixa.

—¡Vete, vete de aquí! —ordenó enfurecido el Sultán, repetidas veces.

—¡Estás ciego con la cristiana! Mírala a los ojos, y verás la codicia escrita con sangre. Caerá el Reino Nazarí que mi padre y antecesores construyeron, si no detienes sus deseos. Hoy te ha pedido un Palacio, mañana podría ser… el «Lucel». Si tus ojos no ven eso, sacaré cuantas fuerzas pueda para proteger el Reino con la ayuda de mis hijos y la de Alá. ¡Lucharé para que esa cristiana no acabe con el Reino de Granada! —acabó diciendo Aixa, mientras salía de la Sala Mayor.

El enfurecido Sultán, comenzó a golpear cuanto tuvo a su alcance. Luego, algo desorientado, cayó sobre una de las alfombras de la Sala Mayor. Sus ojos comenzaron a llorar, angustiados y poseídos por un miedo infinito. El Sultán había perdido la razón, desde que tomó la pierna de cordero que Zoraya mantuvo entre sus piernas. Tal y como la anciana del Sacro Monte le había dicho. ¡Se había quedado sin alma!

28

Las sedas que cubrían las paredes del Palacio de Alixares, se impregnaban cada noche con el eco placentero que los cuerpos desnudos del Sultán y la Sultana Zoraya, dejaban salir de su gozoso aliento sobre las flamantes alfombras traídas desde Fez. Mientras tanto, el corazón de la Sultana Aixa se iba consumiendo de dolor lentamente.

En apenas unas semanas el Sultán, consumido por su deseosa Sultana Zoraya, dejó todas sus obligaciones con Granada a un lado. Incluida la formación de su hijo Boabdil. Pero la Sultana Aixa mantuvo la fuerza suficiente para atender las obligaciones con el Reino de Granada. Incluso años después se supo que la resuelta Sultana Aixa llegó a recibir alguna que otra clase del mismo instructor de Boabdil, para manejar la cimitarra.

En menos de lo previsto, la fuerte Aixa, sufría en sus entrañas las primeras batallas en las que el Príncipe Boabdil participaba. Tras una de aquellas primeras batallas, Boabdil escribió algo que tras su muerte conmocionaría a su hija Narila.

> *«Desde muy pequeño, he visto multitud de mujeres en el Palacio de la Alhambra. Bellísimas todas. Pero en Loja, donde hicimos una parada tras una victoriosa batalla, mis ojos quedaron hipnotizados por la frescura y belleza de una hermosa mujer, que espero sea mi esposa. Un negro pelo adornaba su rostro, bajo una delicada cortina de seda, que parecía estar acariciándolo. Su mirada profunda cautivó mi alma, mientras mis manos contenían una y otra vez las ganas por tocarla. He visto escrito en su rostro que seré feliz con ella hasta el resto de mis días. Deseo que sea la madre de mis hijos. Ha sido una bendición de Alá ponerla en mi camino».*

Parecía una premonición lo que Boabdil escribió en las anteriores líneas, después de conocer a Morayma.

Boabdil y su ejército regresaban de una batalla, cuando Aben, el instructor de Boabdil, insistió en parar en Loja. Pues además de descansar quería visitar a su buen amigo Aliatar, Alcaide de Loja y padre de Morayma.

A la llegada de Aben, el príncipe Boabdil y todo el ejército que los acompañaba, las puertas de la Plaza de Loja se abrieron de par en par, para acoger a todo el ejército moro de la Alhambra que había participado en una victoriosa batalla. Aliatar ofreció los mejores manjares que tenía en su casa, hasta que todas las panzas guerreras quedaron bien repletas. Tras un abundante banquete, en el que no faltó un buen vino, Aben y Aliatar recordaban las batallas en las que habían participado juntos. Las repetidas frases que el vino les hacía decir, una y otra vez, hicieron que Boabdil

decidiese retirarse a descansar antes que ellos.

La esposa de Aliatar había preparado la mejor habitación de su casa para alojar orgullosamente al Príncipe Boabdil. Una de las mujeres de la servidumbre fue indicando el camino hasta dicha estancia, no sin antes pasar por dos patios interiores y tres pasillos. Fue en el último de los pasillos donde Boabdil tropezó con una de las hijas del Alcaide Aliatar.

—¡Perdone señor! —dijo Morayma, tímida y con la cabeza agachada.

—¡Ha sido culpa mía! —añadió Boabdil, mientras agachaba la cabeza para intentar ver el rostro de la joven—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Morayma y soy hija de Aliatar —contestó la joven al mismo tiempo que levantaba la cabeza.

Tras unos segundos mantuvieron sus miradas fijas, uno en el otro. Después la joven Morayma salió corriendo avergonzada hasta una de las salas de la casa, en busca de sus tres hermanas. Las tres hermanas bordaban los nuevos pañuelos que Aben les había traído desde Granada. Con un cosquilleo en la barriga y una sonrisa nerviosa, Morayma repitió una docena de veces a sus hermanas, lo ocurrido con el apuesto Príncipe. Al mismo tiempo, Boabdil, ya descansando en la habitación que le habían preparado, pensaba que nunca antes había sentido lo mismo por ninguna otra joven.

A la mañana siguiente, antes de partir para Granada, Boabdil pidió a Aliatar el consentimiento para casarse con Morayma. Aliatar, sorprendido por la repentina proposición permaneció unos segundos inmóvil con los ojos fijos en el joven Príncipe. Hasta que un fuerte abrazo rompió la incertidumbre que hacía doblar una y otra vez las piernas de Boabdil.

Morayma, que había escuchado la proposición de matrimonio, subió de inmediato a la azotea de la casa para ver marchar desde allí a su ya prometido. Aben y los soldados salieron para Granada con las barrigas repletas de un suculento desayuno. Tras ellos, el Príncipe Boabdil cabalgaba feliz y nervioso, volvió su mirada hacia la casa de Aliatar al menos una docena de veces. En la azotea estaba Morayma, tímida y modosa. Boabdil levantó un brazo para saludarla, enseguida la joven Morayma respondió sonrojada de la misma forma hasta que él y su ejército dejaron de verse entre el polvoriento camino que conducía a Granada.

29

Habían pasado algunos meses desde el primer y único encuentro de Boabdil y Morayma, en la Plaza de Loja. Todo estaba listo en el Palacio de la Alhambra para la boda del Príncipe Boabdil con la joven.

Tras dos calurosos días de viaje, Morayma y su familia llegaban al Palacio de la Alhambra. Era primavera. La luz brillaba como si hubiera espejos suspendidos en el aire. Boabdil esperaba impaciente en la entrada del Palacio la llegada de su futura esposa. Hacía una semana que se adornaban a diario todas las estancias del Palacio con flores, deseosas de cautivar el olfato de Morayma. Los jardines parecían arco iris, el cielo más azul que nunca y el sonido de los pájaros transportaba a todos los allí presentes, a un estado divino.

Boabdil y su madre Aixa recibieron a la futura Princesa y la familia de esta con los honores que correspondían. Todo estaba listo para que a al día siguiente de su llegada al Palacio, diera paso el enlace tan esperado por los Granadinos. Pues desde que se tuvo noticia del compromiso del Príncipe Boabdil con una joven de Loja, los granadinos prestaba especial atención a todas las jóvenes que llegaban por primera vez a Granada, para así conocer el rostro de la futura Sultana de Granada.

Para tan esperada boda se cocinaron más de cien corderos, docenas de bandejas de plata rebosaban con pasteles de verduras de la Vega. Vasijas repletas con los mejores vinos de las viñas de la Alquería de Al Qaryat Marasäna. Y para concluir la comida, un centenar de suculentos postres vestían una enorme hilera de mesas, formando así un festín de colores primaverales.

Familiares e invitados esperaban impacientes la entrada de Morayma a la Mezquita. Los primeros en entrar fueron Boabdil y a su madre, la cual había encargado confeccionar su vestido a la mejor modista de la Plaza de Alhama. Eligiendo para la ocasión un color anaranjado con bordados dorados, con la intención de impresionar al Sultán. Pues el sueño de ser poseída nuevamente en brazos de tan magnífico amante, la hacía estremecer entre sus recuerdos y fantasías. Desgraciadamente el sueño de Aixa se desvaneció por completo en cuanto hicieron su entrada a la Mezquita, el Sultán y la Sultana Zoraya. Quien por cierto se encontraba en avanzado estado de gestación. Durante unos momentos Aixa dejó su mirada fija en el vientre de la joven cristiana, mientras inconscientemente sus manos resbalaban por el vientre. Ya no era lo bastante joven como para llenarlo con otra vida. Por un momento quiso que el mundo se la llevase lejos para poder derramar las lágrimas que estaban atrapadas en su garganta. Pero tenía que poner una sonrisa en la boda de su hijo Boabdil. Tierno, atento y bueno con ella como ninguno de sus otros hijos. Aixa se sintió mayor, a un paso de ser abuela seguramente, mientras que el vientre de Zoraya derramaba frescura.

Abel, hombre de confianza del Sultán, anunciaba ante todos los allí presentes la

entrada de Aliatar y Morayma. Todos los invitados a la ceremonia y familiares siguieron la silueta de la joven, imaginando en sus mentes que el rostro tendría la misma armonía y delicadeza que los pasos que iban fijando huellas sobre una hermosa alfombra. Bajo un tupido vestido negro que no iba nada acorde a la importancia de la ceremonia, se pudo apreciar un agradable perfume que produjo una mística excitación en todos los asistentes. Aliatar, el padre de la novia, había gastado el dinero del vestido que debió lucir Morayma, en dejar protegida Loja en su ausencia con numeroso armamento. Aún así la hermosa novia estaba radiante. A su paso dentro de la Mezquita más de un invitado derramó alguna que otra lágrima. Quizá presagiando el destino incierto de la futura Sultana de Granada.

Tras la ceremonia y finalizar el suculento banquete, Boabdil y Morayma, se dirigieron al aposento que los cobijaría en su primer noche como esposos. Al llegar a la estancia, Boabdil quitó el velo de Morayma con una dulzura infinita. Luego fue desabrochando el vestido hasta dejarlo resbalar al suelo, mientras observaba la hermosa silueta. Durante unos segundos, los ojos de Boabdil se detuvieron en las exuberantes caderas de Morayma. La siguiente parada que hicieron sus ojos fue en los prominentes y firmes pechos que tapaban una fina camisa de hilo blanco, casi transparente. El calor de la habitación fue aumentando con el roce de sus cuerpos abrazados, ambos puros como el azahar. Se amaron una y otra vez, mientras dejaban manchadas de rojo las sedas blancas que habían colocado sobre la cama las doncellas vírgenes del Palacio. Tal como la tradición ordenaba.

«Y sobre sedas inmaculadas
cayeron los cuerpos rotos
de rojo fuego
en la madrugada
calmada de escarcha.
Gozo sonoro
dibujaba sobre seda
amor eterno
con roces y besos
escapados sin retorno»

30

Habían pasado varios meses desde que Boabdil y Morayma se casaran, cuando el requerimiento del Príncipe en la batalla de Zahara los separaba por primera vez. Morayma estaba embaraza de su primer hijo. Así pues con la alegría de ser padre y la esperanza puesta en que volvería de la batalla sano y salvo, el Príncipe Boabdil despidió a su amada Morayma en la Puerta de la Justicia con un fuerte y apasionado abrazo.

Por aquel entonces, la indiferencia del Sultán Muley Aben Hacen con su hijo Boabdil hizo que se agravase por la mala influencia de Zoraya. Aún así el Sultán quiso que Boabdil lo acompañase en la delicada expedición que había planeado contra los inocentes cristianos de la fortaleza de Zahara.

Una vez que Boabdil montó en su corcel, Morayma subió tan deprisa como pudo hasta la Torre de la Vela. Allí estaba Aixa, intranquila por aquella extraña e inexplicable batalla. Las dos lloraban a su manera la ida de Boabdil. Aixa lo hacía por dentro, mientras que la sensible Morayma empapaba de lágrimas el sedoso pañuelo azul celeste que limpiaba una y otra vez su triste rostro. Las dos permanecieron en la Torre de la Vela hasta que el ejército moro se disipó entre el polvo del camino que los conducirían hasta la Plaza de Zahara.

Tras varios días de andadura por caminos polvorientos, Muley Aben Hacen llegaba hasta la fortaleza de Zahara junto a su ejército. El Sultán había cabalgado todo el camino sin cruzar palabra con su hijo Boabdil y lo que era peor, sin la intención de hacerlo. Era de noche y solo el sonido de una tupida lluvia hacía eco en aquella impresionante y sólida fortaleza. Los habitantes dormían y los soldados cristianos del castillo seguramente habían quedado hipnotizados por el sonido de la lluvia tras un verano caluroso y seco.

La orden de ataque del Sultán a sus soldados, dio comienzo al asalto de la fortaleza de Zahara. La inesperada intromisión de los moros en territorio cristiano hizo que aquello se convirtiera en una auténtica carnicería. El barranco comenzó a ser regado con inocente sangre Zahareña. Al mismo tiempo, los más afortunados pudieron salvarse escondiéndose en las galerías subterráneas de algunas cuevas. Aún así, los afortunados, presenciaron los cuerpos de algunos de sus seres queridos cayendo lentamente al suelo, moribundos.

En aquella batalla sin sentido, Boabdil no pudo soportar la sangrienta atrocidad que su padre estaba haciendo a los cristianos de Zahara. Así pues con la ayuda de un guerrero moro, condujo bajo la espesa lluvia a un grupo de mujeres y niños Zahareños que desorientados buscaban escapar de las afiladas cimitarras moras. Mientras tanto, la mayoría de los guerreros moros obedecían a regañadientes las instrucciones del Sultán. Hasta que los cristianos hondearon una bandera blanca, signo de la rendición de Zahara.

Con el amanecer aún cubierto con una cortina de agua, varios centenares de cristianos agrupados en medio de la plaza principal, esperaban ser llevados como cautivos hasta Granada.

Siete eternos días de hambre y sequía dejaron en el camino decenas de injustos cautivos, consumidos en su pena. El quejido de sufrimiento en boca de los Zahareños, nada más entrar en Granada, hizo que los ciudadanos granadinos se echaran a las calles. Estremeciendo así sus corazones al paso de cada cautivo. Los granadinos lloraban ante los niños moribundos, las madres que sostenían entre sus brazos el cadáver de un hijo con la esperanza de enterrarlo dignamente, débiles ancianos cayendo al suelo una y otra vez… Los granadinos sintieron impotencia, pena… y vergüenza de que el Sultán consintiera tanto sufrimiento.

Al paso de los cautivos Zahareños el Santón del Sacro Monte, escabullido entre la gente, anunciaba la desdicha de Granada por haberse derramado tanta sangre inocente. Aquellas inesperadas palabras de los allí presentes abrieron los ojos de los granadinos mientras cerraban sus corazones a los criterios del Sultán Muley Aben Hacen, el cual parecía haberse vuelto loco.

Boabdil llegó a la Alhambra con el alma herida. Durante el camino a Granada pasaron por su mente las imágenes del rostro asustado de cuantos niños había visto en aquella maldita batalla. Mientras Boabdil abrazaba a su esposa, intentando olvidar aquellas repetidas imágenes, un moro del Palacio avisaba de que Boabdil era requerido ante Aixa de inmediato. En unos instantes Boabdil estaba presente ante su madre, en uno de los salones del Palacio.

—Me alegro que estés a salvo, hijo mío. Comprendo que el primer abrazo a tu llegada sea para tu esposa. Pero recuerda que tienes a tu madre con el corazón en vilo y la obligación de mantener la tranquilidad entre los Granadinos. Pues tu padre parece haberse vuelto loco desde que está con la cristiana, quien por cierto dio a luz un niño hace dos noches. Conociendo a esa mujer, será capaz de cualquier cosa para que su hijo sea el futuro Sultán de Granada. Deberás mantenerte en guardia por lo que pueda venir. ¡Mas nunca olvides tu deber con Granada! ¡Recuerda que has de ser Sultán, antes que hijo y esposo, de lo contrario no serás digno del trono que Alá te ofrece! ¡Anda y marcha con tu esposa! —Fueron los consejos que Aixa daba a su hijo, desde lo más hondo de su corazón.

31

Entre los cautivos de Zahara, que el Sultán ordenó encerrar en los sótanos del Palacio de la Alhambra, había tres curas. Una vez informados e indignados por ello, los Reyes Católicos y la Iglesia, reunieron urgentemente en Córdoba a Hidalgos de toda Andalucía. Entre los Hidalgos se hallaba el distinguido caballero: Don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz y afamado entre otras virtudes por la de gran paladín. La reunión de Córdoba con todos aquellos distinguidos y valientes caballeros, fue para forjar una estrategia que ayudara a conquistar de una vez por todas la última ciudad Nazarí en España. Las propuestas y acuerdos urgentes entre Hidalgos, Reyes e Iglesia quedaron zanjados de inmediato, por lo que bastaron tan solo dos semanas para congregar a todo un ejército de nobles cristianos. Entre los valientes caballeros se hallaban padres, hijos, tíos… y hasta cuatro miembros de una misma familia. Todos ellos certeros de recibir una generosa recompensa, a cambio de servir al Reino de España, dando así su vida si hiciera falta.

Desde Córdoba partió el ejército cristiano, camino de Alhama de Granada. Cientos de corceles, montados por distinguidos y valientes caballeros, avanzaron sin descanso, con la esperanza de ganar la batalla que vengaría a los Zahareños que murieron a manos del Sultán Muley Aben Hacen y su ejército, aquella espesa noche lluviosa que cubrió la Plaza de Zahara.

Ubicada sobre una cima, Alhama había sido construida para visualizar al enemigo desde cualquier punto de su Plaza principal. Conforme llegaron los cristianos a Alhama fueron acampando entre matorrales, lo más cerca posible para atacar y lo suficientemente lejos para evitar ser vistos por vivarachos ojos moros. Allí se mantuvieron alerta hasta bien entrada la noche. Fue entonces Ortega de Prado, el mejor escalador de toda España, quien junto a uno de los mejores escaladores a su cargo, comenzaron la inmemorable batalla de Alhama. Los dos escalaron por una de las torres, hasta llegar a sus almenas, sin descanso alguno. La profesionalidad de ambos evitó que el moro que estaba de guardia se percatara de sus presencias. Y aprovechándose de ello, el escalador que acompañaba a Ortega de Prado degolló al moro hasta arrancarle completamente la cabeza del cuerpo. Luego la lanzó desde la almena, en señal de venganza por las víctimas de Zahara. Todos los que esperaban abajo quedaron perplejos de tan rápida acción. Así pues, empuñaron sus cimitarras fuertemente, a la espera de que alguno de los escaladores cristianos que trepaban por las otras torres abriera la puerta de la fortaleza, y así vengar la memoria de los Zahareños muertos. La puerta principal de la fortaleza no tardó en abrirse, entre un tumulto de voces y presurosos pasos de los soldados que hacían guardia.

Los distinguidos caballeros cristianos y Don Ponce de León entraron de inmediato a luchar, convencidos de una inmediata rendición por parte de los moros. La gente comenzó a salir de sus casas ante los gritos de cuantos iban cayendo al suelo

atravesados por cimitarras mientras defendían Alhama. Algunas madres se escondían con sus niños en las secretas cuevas, a las que los cristianos no se les ocurriría entrar. Un grupo más reducido, tras verse acorralado, fue rindiéndose sin objeción. Quedando así, como cautivos de los cristianos.

Entre tanto grito, destacó el de una joven, que alertó de inmediato a Don Rodrigo Ponce de León. Este, acompañado por cinco caballeros cristianos corrió hasta la estancia de donde salían los horrendos gritos. Tras abrir la puerta que daba paso a la habitación de las doncellas de la esposa del alcaide, pudo ver a la joven que gritaba completamente desnuda. Estaba tumbada en el suelo y con la entrepierna ensangrentada. De pie y junto a ella había un soldado cristiano que miró a Don Ponce de León con cara de satisfacción mientras se iba subiendo el pantalón. En esos instantes un incontrolado arrebato de Don Ponce de León hizo que empuñara bien su cimitarra. Y siguiendo sus principios de honor, atravesó el cuerpo del cristiano que había violado a la joven. Luego se volvió hacia los caballeros que lo acompañaban.

—¡Hemos venido a luchar por una causa. Espero que esto sirva para los demás, corred la voz! —dijo Don Ponce de León, mientras tapaba a la joven con una manta. A continuación ordenó a uno de los cinco hombres que habían llegado con él a la estancia, que vigilara a todas las doncellas, mujeres y niños que llevasen hasta allí.

Entre tanta tragedia un soldado moro pudo escapar de las cimitarras cristianas, en un veloz corcel. Cabalgando sin descanso, en la oscura noche, llegó hasta el Palacio de la Alhambra para anunciar de la sangrienta batalla que estaban viviendo los Alhameños.

32

Al día siguiente llegaba a oídos de los granadinos la noticia sobre la invasión cristiana a la Plaza de Alhama. Los granadinos no daban crédito a las palabras de Huyela, comunicador de la ciudad desde hacía más de dos décadas. Huyela bajaba cada día del Palacio de la Alhambra, hasta la Plaza Mayor, para contar los acontecimientos que vivía el Reino de Granada. Lo que aquel día Huyela iba narrando a los presentes en la Plaza Mayor, hizo recordarles enseguida las palabras del Santón. Cuando presagió el castigo que Alá devolvería al Reino Nazarí por lo que habían hecho con los Zahareños.

A pesar de la evidente derrota de Alhama, el enloquecido Sultán pensó que sería una fantasmada de los cristianos. Pues presumiblemente pregonaba que él haría que Alhama volviese a los Nazaríes fácilmente. Sumergido entre prepotencia y locura, cambió su rostro de color al ver entrar en la sala donde él estaba, a la Sultana Aixa y a Boabdil.

—Te has vuelto loco desde que te cegó esa mujer, que lo único que ha traído es la desgracia a Granada —dijo Aixa con mucho genio.

Las palabras hirientes de Aixa hacia el Sultán, hicieron que él se acercase hasta ella endemoniado.

—Eres un demonio —contestó Muley Aben Hacen, mientras abofeteaba a Aixa, hasta que ella cayó al suelo desplomada.

Boabdil ayudó a su madre hasta levantarla del suelo, al mismo tiempo que mantenía la mirada fija en el enloquecido Sultán. Cuando Aixa se incorporó, Boabdil se acercó hasta su padre con los puños contenidos de rabia.

—Jamás vuelvas a ponerle encima tus pecadoras manos a mi madre. ¡Ella tiene razón, estás loco! —dijo Boabdil a su padre, mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Lamentaréis vuestras atrevidas palabras. Os encerraré en Comarex a los dos, hasta que os pudráis! —dijo Muley aben Hacen mientras se alejaba de la estancia, enloquecido y tirando los jarrones y plantas que iba encontrando a su paso.

33

Días después de aquella amenaza, el Sultán cumplía su promesa. Ordenó a seis de los moros más fuertes del Palacio que se ocuparan del encierro de Aixa y Boabdil en la torre de Comarex. Obedeciendo a sus palabras, los seis moros se adentraron con pasos enfurecidos en uno de los salones donde se celebraba el cumpleaños de Morayma. La acompañaban Boabdil y Aixa. Ambos habían regalado respectivamente a la princesa Morayma, un hermoso collar de esmeraldas y un sedoso pañuelo color añil. Apenas habían comenzado a digerir el especial manjar que una de las cocineras del Palacio había preparado con sumo esmero para tan especial ocasión, cuando cuatro de los seis moros que había mandado el Sultán se llevaban entre gritos y forcejeos a Boabdil y a su madre Aixa. Al mismo tiempo, los otros dos moros sujetaban a Morayma. La tensión de la Princesa Morayma en su avanzado embarazo, hizo que cayese desmayada al suelo. Pero la tensa situación se agudizó aún más cuando Boabdil, agarrado por los dos moros, vio como caía al suelo su amada. En ese momento una fuerza sobrehumana hizo que pudiese escapar de los dos moros que lo sujetaban, para socorrer a su esposa. Entre todo ese barullo, Aixa era llevada a la fuerza hasta la torre de Comarex. Mientras tanto Boabdil abrazó a su esposa, dolido por lo que la inocente Morayma sufriría a causa de la locura que había poseído al Sultán.

En apenas unos segundos, los moros de los que pudo escapar Boabdil regresaron con cinco moros más. Por mucho forcejeo que el Príncipe hacía y por más fuerza que sacó entre las entrañas de los sentimientos violentos dormidos, no pudo hacer nada. Fue llevado por los siete embrutecidos moros hasta la Torre de Comarex. Sus lágrimas resbalaban por su rostro, sin poder borrar de su mente a Morayma desvanecida en el suelo. ¡Qué dolor más grande tuvo que sentir su corazón, al apartarlo de su amada y del hijo que ella llevaba en sus entrañas!

34

La Sultana Zoraya quedó de nuevo embarazada, cuando su primer hijo aún no había cumplido dos meses de vida. La favorita del Sultán se consumía de deseo porque uno de sus hijos reinase en Granada. Pero eran muchos los hijos, candidatos al trono, que el Sultán tenía con sus otras esposas. Así que consciente o inconscientemente Zoraya utilizó sus melosas palabras de alcoba para encandilar, aún más, al Sultán.

Tras una noche de pasión desenfrenada y enigmáticas sugerencias de Zoraya, llevaron al Sultán a la completa locura. Habiendo perdido su alma, desde que devoró el cordero que Zoraya había dejado reposar entre sus piernas, el poseído Sultán ordenó bien temprano a sus hombres, que asesinaran a cuatro de los hijos que había concebido con otras Sultanas.

Horas después, el Palacio Nazarí se vestía de luto y rojo Real. Dos decenas de moros sujetaban a las Sultanas, madres de las criaturas, mientras otra decena de moros cortaba las cabezas a cuatro inocentes Príncipes. Las angelicales cabezas fueron rodando mientras mantenían los ojos fijos en el Sultán, pareciendo pedir justicia. Una de las cabezas rodó hasta los despiadados pies del padre de aquellos ángeles. Sin remordimiento, sin conciencia ni piedad, el Sultán apartó con el pie la cabeza como si fuera una piedra en su camino.

Los chillidos de todas las mujeres allí presentes, vistieron de eco su sufrimiento, para dejarse escuchar en toda Granada.

Misteriosamente y en apenas unos segundos, todas las fuentes del Palacio se tiñeron de rojo y un olor a sangre fresca impregnó el aire que se respiraba. Dando testimonio de todo ello la propia fuente de los leones, manchada con Sangre Real para siempre. Misteriosamente los llantos de los inocentes hijos del Sultán, impregnaron hasta la eternidad las columnas y paredes del patio. Pues desde aquella trágica mañana, los oídos de los que pasean por el patio, tienden a escuchar los llantos desgarradores de los pequeños cada mañana a la misma hora. Los inocentes que dejaron de corretear por el patio, dejaron de escuchar las canciones que sus madres les cantaban en el regazo:

«Corre, corre Sultanito
corre, corre que te he visto.
Corre, corre pequeñito
corre, corre que te pillo.
Alá proteja tus andanzas
y la luna sea tu espada
escóndete de la noche
y espera el sol de la mañana blanca.
¡Corre…!»

35

Boabdil y su madre Aixa permanecían encerrados en la Torre de Comarex. Al mismo tiempo la joven Morayma era encerrada en su alcoba, por orden del Sultán. Siéndole restringidas todas las visitas, excepto el médico del Palacio y la de Calixa, doncella que Aixa asignó para Morayma desde que esta contrajera matrimonio con Boabdil.

Calixa era tan reservada y fiel a sus quehaceres en Palacio como una de sus hermanas, a su vez doncella de Aixa.

Pasaron tres días desde que el Sultán ordenase el encerramiento de Morayma, cuando el médico del Palacio prescribía reposo absoluto a las últimas semanas de embarazo de la Princesa. Pero el vientre de Morayma se había estremecido de tal manera, al escuchar los gritos desgarradores de las Sultanas que presenciaban como cortaban las cabezas a los hijos de sus entrañas, que comenzó a tener problemas en el embarazo, incluso a sangrar. Calixa se encontraba en la alcoba con la Princesa, cuando esta se disponía a levantarse. Fue entonces cuando la escandalosa sangre empapaba de rojo las blancas sábanas hiladas en los telares de la Alquería de Al Qaryat Marasäna. En pocos minutos el médico del Palacio acudía, acompañado por un joven mozo que transportaba el material necesario para un parto. Una vez en la alcoba de Morayma, la ronca voz del médico, debida a la pérdida de algunas cuerdas vocales después de que lo intentaran estrangular tras un lamentable parto, ordenaba que llamasen urgentemente a Camilha. Era la matrona que había traído al mundo a todos los hijos del Sultán Muley Aben Hacen. La pobre mujer aún estaba muy nerviosa por lo que había presenciado en el patio de los leones días antes. Pues Camilha había sido la primera persona que había tenido entre sus brazos a los jóvenes príncipes, a los que habían cortado sus cabezas. Atribulada y con lágrimas en los ojos, fue ordenando a las mujeres que la acompañaban en cada parto, que preparasen de inmediato todo lo necesario. No tenía que especificar qué cosas, puesto que eran muchas las criaturas que nacían a menudo en la Alhambra.

En unos minutos Camilha tenía todo lo necesario para recibir al hijo de Boabdil y Morayma. El parto se alargó mas de lo normal, incluso para ser primeriza. El llanto de Morayma se hacía cada vez más desgarrador, parecía que sus riñones eran arrancados de su cuerpo por el peor de sus enemigos. A poco estuvo de morir de dolor antes de tener al niño. Afortunadamente todo fue bien y nació un niño tan hermoso como ella, y con la misma expresión en el rostro que Boabdil.

Camilha envolvió al recién nacido y lo puso en el regazo de Morayma. Luego acercó el niño hasta uno de los pechos de la Princesa e introdujo en la boca del pequeño el pezón para que nunca perdiese el respeto a quien le dio la vida. Camilha lo había aprendido de su madre, también matrona del Palacio. Se decía que si introducías el pezón de la madre en la boca del recién nacido, ese niño sería bueno y justo el resto de su vida.

El pequeño venía al mundo sano como una manzana aún unida al árbol. En unos segundos Ahmed, como le llamaron, comenzó a mamar en el regazo de su madre mientras intentaba abrir los ojos. Cuando Camilha y las demás mujeres que asistieron al parto salieron de la habitación, Morayma ordenó a su doncella Calixa que informara de la manera que fuese a Boabdil del nacimiento de su hijo. La discreta y fiel doncella salió apresurada hasta la cocina del Palacio. Allí remoloneó cuanto pudo, haciendo ver que estaba preparando algo de comer para Morayma y en un descuido de las cocineras, se acercó hasta su hermana para darle la buena noticia.

—Mi señora Morayma me ha mandado informar a Boabdil de que es padre de un niño varón —dijo Calixa a su hermana.

—Está bien, comunicaré del nacimiento cuando suba la comida a la Sultana Aixa —le contestó su hermana.

36

Una hora más tarde, la doncella de la Sultana Aixa subió a la Torre de Comarex, con la comida para la Sultana y Boabdil. Antes de dejar la comida sobre la única mesa que había en la Torre, la doncella anunció con entusiasmo que Morayma había dado a luz un niño precioso. Aixa y Boabdil recibieron la noticia con la mayor de las alegrías. Tras unos momentos de euforia Boabdil intentó salir de allí para ver a su hijo y esposa, pero los moros que vigilaban la entrada y la salida se lo impidieron de todas las maneras.

La impotencia que Boabdil sufría en aquel importante momento hizo que se fuese hasta uno de los rincones de la Torre. Allí se dejó deslizar por la pared hasta caer acurrucado en el suelo, mientras pensaba en una estrategia para salir de allí lo antes posible.

Antes de salir la doncella de la Torre, Aixa le dio una carta que había escrito horas antes.

—¡Dale esta carta a Mohammed Alha, y que no te vea nadie!

Obedeciendo las órdenes de la Sultana Aixa, nada más bajar de la Torre, la doncella buscó a Mohammed Alha. Hombre importante en el Palacio, mediador en graves asuntos del Reino Nazarí de Granada y respetado Diplomático por moros y cristianos. Desde que Mohammed Alha llegó a la Alhambra, Aixa y él habían entablado una especial y respetable amistad. Incluso en alguna ocasión el Sultán llegó a sentir celos de tan apuesto diplomático, tras los comentarios de algún miembro de los Abencerrajes, quienes ponían en duda la fidelidad de la Sultana Aixa con tan apuesto diplomático.

Mohammed Alha cogió la carta con la misma discreción que la doncella de la Sultana Aixa había demostrado al entregársela y la guardó para leerla en privado.

El día estaba siendo demasiado extraño. Los sirvientes y sultanas del Palacio de la Alhambra estaban asustados desde que días antes mataran a los cuatro pequeños, hijos del Sultán, en el Patio de los Leones.

Mohammed Alha dispuso de unos momentos de soledad en uno de los jardines. Tras varias interrupciones por parte de algunos moros, comentando la atrocidad ocurrida en el Patio de los Leones, el diplomático Mohammed Alha pudo leer tranquilamente la carta que Aixa le había mandado con la doncella.

«Como mediador y diplomático del Reino de Granada, pido su ayuda en forma de súplica. El Sultán Muley Aben Hacen no se encuentra en estos momentos con juicio suficiente para desempeñar la responsabilidad de su cargo en el Reino de Granada. Me he enterado por mi doncella, que ha ordenado cortar las cabezas a cuatro de sus hijos. Como creo que eso es más que perder la cordura, le pido su ayuda para que deje salir a mi hijo Boabdil de la Torre de Comarex. Pues confío en

él, y creo que está lo suficientemente preparado para gobernar Granada. Buscará la ayuda necesaria y devolverá al Reino de Granada la Justicia que está perdiendo en manos del Sultán Muley Aben Hacen. A usted se le concederán sin duda sumos privilegios. Espero con incertidumbre su sabia decisión».

.

FATIMA-AIXA

Tras terminar de leer la súplica de Aixa, Mohammed Alha destruyó la carta y esperó a que anocheciera.

37

Bien entrada la noche, Mohammed Alha tenía todo dispuesto para que Boabdil pudiese salir del Palacio de la Alhambra en busca de ayuda. Tal y como contaba Aixa en la carta que le había enviado con su doncella, el Sultán Muley Aben Hacen había perdido el juicio. Y el Reino Nazarí de Granada, que tanto esfuerzo había costado consolidar, se venía abajo a pasos agigantados. La estima que Mohammed Alha sentía por Aixa, hizo que se llenase de valor. A pesar de tener presente que el Sultán podría ordenar que le cortasen la cabeza si se enterase de la ayuda que había prestado al Príncipe Boabdil, Mohammed Alha siguió adelante con la colaboración de algunos fieles servidores de la Sultana Aixa.

Cuando la escarcha cubrió todas las flores del Palacio, bien entrada la madrugada, uno de los mayordomos más fieles a Aixa, llegó hasta la Torre de Comarex con unas monedas de oro escondidas bajo sus ropas. En la Torre había un moro haciendo de escudo en la puerta que comunicaba con la estancia donde Boabdil y Aixa esperaban la ayuda de Mohammed Alha. El fiel mayordomo de la Sultana, conversó durante unos minutos con el guardia de la puerta, a quien por cierto ofreció un brebaje para entrar en calor aquella fría madrugada. Entre historias y anécdotas, el guardia se había tomado casi todo el brebaje sin darse cuenta. El preparado, más que para entrar en calor era para el estreñimiento. Hecho con avena, higos indios y vino dulce, hizo que el vientre del guardia no aguantase mucho en deshacerse de cuanto había en su estómago y corrió a un sitio mas íntimo mientras pedía al moro que vigilase la puerta. Aprovechando la incontinencia del guardia, el mayordomo abrió la puerta de la Torre. Solo un leve gesto con la cabeza sirvió para que Boabdil siguiera los pasos del fiel mayordomo. El cual había estudiado con esmero todas las guardias de aquella noche. Siguiendo los pasos de tan fiel persona y con el corazón bombeando sobre su alma herida, Boabdil pudo llegar hasta la alcoba donde había amado días antes a su esposa tantas veces como sus fuerzas le dejaron. Tras abrir la puerta con gran impaciencia, pudo ver cómo la doncella de Morayma se reclinaba delante de la cuna para acostar al recién nacido. Una vez acostado el pequeño y darse cuenta de la presencia de Boabdil, la doncella Calixa salió de la alcoba cabizbaja. Pues su timidez con los hombres traspasaba más allá de lo que su imaginación soñaba.

Morayma, se había arreglado con esmero para su esposo. Vestía un traje rosa con bordados plateados, que hacía destacar su larga melena negra. Había enmascarado la anemia que palidecía su rostro con un colorete rosado traído desde Egipto y que sólo utilizaba en ocasiones especiales. Sin apenas mantenerse en pie, permaneció sonriente ante los ojos de su esposo.

—¡Amada Morayma! —dijo Boabdil, mientras la abrazaba con todas sus fuerzas.

Tras el emotivo abrazo Morayma se fue hacia la cuna para mostrar al pequeño Ahmed.

—¡Este es tu hijo! —dijo Morayma.

Boabdil se acercó hasta la cuna. Emocionado cogió en brazos a su hijo y alzándolo dijo:

—¡Prometo por Alá, que haré cuanto esté en mis manos para que no sufras las injusticias de los hombres!

Luego le dio un beso en la frente y lo dejó con sumo cuidado en la cuna. Allí el pequeño continuó su dulce sueño con el calor y las palabras de su padre.

Los gritos de los guardias alertando de la huida de Boabdil, llegaban en forma de eco hasta la alcoba de Morayma. Con un corto beso sobre los carnosos labios de su amada, Boabdil salió corriendo antes de que los soldados inspeccionasen aquella estancia.

En apenas unos segundos, los presurosos pasos de Boabdil llegaron junto al mayordomo, que esperaba para conducir al Príncipe hasta la ribera del Dauro. Era el plan marcado por Mohammed Alha. Allí lo esperaba uno de los mejores corceles del Palacio, junto a otros cuatro corceles montados por extraordinarios guerreros moros. Los cinco salieron a toda prisa hacia la Plaza de Guadix, perseguidos por las voces que alertaban una y otra vez de la huida.

Durante un largo rato, los guardias del Palacio se encontraron desorientados por las voces de alarma. Tal y como había pensado Mohammed Alha, y quien también había organizado aquella misma noche la huida de la Sultana Aixa.

El mismo mayordomo que había ayudado escapar a Boabdil corrió hasta la Torre de Comarex, donde ya había otro guardia. El sutil mayordomo engañó al centinela diciéndole que era requerido por los guardias del Palacio para buscar a Boabdil, haciendo así que desatendiera su puesto a toda prisa.

Por fin la puerta de la Torre se abría para salvar a la Sultana. El mayordomo y la Sultana Aixa corrieron hasta la alcoba de Morayma. Lo primero que hizo Aixa, nada más entrar en la alcoba, fue coger a su nieto en brazos.

—¿Qué guapo es?, ¡que Alá te bendiga! —decía Aixa mientras lo besaba en a frente. Luego se dirigió hasta Morayma, quien recostada en la cama, lloraba por el incierto destino de su esposo.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo. Con llorar no se arreglan las cosas —dijo la Sultana Aixa.

—¿Y si nos ven escapar, qué podrán hacerle a mi hijo? Si el Sultán ha matado a sus propios hijos, ¡qué no puede hacer con su nieto! —preguntó Morayma, muy preocupada.

—No te preocupes —dijo Aixa mientras quitaba mosaicos del suelo en un rincón de la alcoba, hasta dejarse ver una pequeña puerta.

—¡Abriga bien al niño y seguidme! —ordenó Aixa sin dejar de retirar mosaicos tan deprisa como sus manos podían.

En ningún momento Morayma preguntó a donde conducía aquella puerta. Confiaba en Aixa y lo único que realmente le importaba era salvar a su hijo de las

cimitarras del Sultán. Abrigó cuanto pudo al niño, luego se colocó una gruesa capa de terciopelo azul por encima. Aixa abrió la misteriosa puerta y cogiendo un quinqué de la alcoba, comenzó a bajar las doce escaleras que las conducirían a otra vida. Morayma, guiada por la luz del quinqué, fue bajando con el niño en brazos. Al llegar a la última escalera siguieron por un húmedo y frío pasadizo que parecía conocer muy bien la Sultana Aixa. Después de un buen rato caminando llegaron a un precioso patio, vestido con flores de todos los colores. Habían llegado al patio de la casa «La Horra». La casa que regaló el Sultán a Aixa, esperando que ella se marchase a vivir allí y abandonase para siempre el Palacio de la Alhambra. Pero la Sultana Aixa no había habitado hasta el momento la casa de la Horra, pues sabía que si abandonaba el Palacio de la Alhambra, Zoraya impediría por todos los medios que Boabdil reinase en Granada. Fue por ello que el Sultán mandase construir el Palacete de Alixares, para disfrute con su amada Zoraya. Allí escapaban buscando placer carnal con bastante frecuencia.

«Cuenta una leyenda sobre un Conde Inglés que veraneó en el Palacete de Alixares algún siglo después. Contaba que en el silencio de la noche se podían escuchar los gemidos más placenteros que se dan al consumar el acto carnal. Incluso llegando a sentir calor en la estancia donde el Sultán había gozado una y otra vez de la Sultana Zoraya. Después de varios veraneos al Palacete de Alixares, el Conde Inglés llegó a la conclusión de que era un lugar mágico para poner a flor de piel la libido que había perdido. Pues nada más entrar en el Palacete un estímulo corporal despertaba la sed de la adolescencia. Fantasía o no, llegaron a obsesionar de tal manera a dicho Conde, que llegó a pagar cifras incalculables por veranear en el Palacete de Alixares con su esposa».

38

A la mañana siguiente de instalarse en la casa de «La Horra», Aixa visitó a Yuhamad. Era el hermano de Mohammed Alhá, el hombre que organizó la huida de Boabdil y de la Sultana, cuando fueron encerrados por orden del Sultán Muley Aben Acen, en la Torre de Comarex. Los hermanos Yuhamad y Mohammed Alhá pertenecían a la noble familia de los Abencerrajes. Y aunque eran sólo hermanos de padre, su unión era más infinita que la de los propios hermanos de madre y padre. Desde muy pequeños habían sido estrictamente educados por los mejores instructores de Granada, con el fin de consolidarles un futuro tranquilo.

La Sultana Aixa fue recibida con los honores propios de tal distinción. El mejor asiento de la casa y el mejor té servido en vaso de oro y plata, además de los mejores dulces, acompañaron la larga conversación que mantuvo la Sultana con Yuhamad. Mohammed Alhá había puesto en preaviso a su hermano Yuhamad, a través de un Emir, de la probable visita de Aixa. Por lo que fue más fácil aquella discreta reunión. Pasadas unas horas, Aixa salió de la casa de Yuhamad con la esperanza de que todo lo que habían hablado se realizara lo antes posible.

Sin perder el tiempo, aquel mismo día, Yuhamad reunió a bastantes seguidores de Boabdil. Hombres que ofrecían su vida por desterrar a Muley Aben Hacen de una vez por todas de Granada.

Pasados unos días, Yuhamad había conseguido lo necesario para atacar la fortaleza de la Alhambra. Así que mandó hasta Guadix al más fiel Emir de Granada para avisar a Boabdil de todo el plan que Aixa y Yuhamad habían dispuesto.

39

Días antes de que Boabdil llegase a Granada con el ejército de Guadix, la Sultana Zoraya daba a luz a su segundo hijo, Saad Ben Ali. Al parto del pequeño acudió la matrona Camilha, junto a las cuatro mujeres que siempre la acompañaban en aquella delicada tarea. Fue uno de los partos más difíciles al que Camilha asistía en su larga labor como matrona. Pues llegó a decir con sus propias palabras años después a la familia de los Abencerrajes:

—Nunca he visto desgarrarse tanto una parturienta como la pobre Sultana Zoraya. Su alma quería escapar del sufrimiento de su cuerpo. Incluso llegué a pensar que Alá se la llevaba de este mundo. Mi cuerpo presentía que la muerte estaba acechando en Palacio, y no me equivocaba. Alá se llevaba la vida del pequeño Saad Ben Ali. En ese momento tan terrible me di cuenta de cuanto amaba Zoraya al Sultán. Le importaba más lo que pensara el Sultán de ella, que la propia muerte de su hijo. Por su mente pasó la idea de que pudiera dejarla por otra Sultana, si se enterase de la muerte del pequeño. Temía que el Sultán pensara que no era lo demasiado fértil como para llevar en su vientre a un Príncipe. Atribulada me ordenó que cambiara a su hijo muerto por otro recién nacido del Palacio, aunque tuviese días. Lo vestiríamos con ropas abultadas y el Sultán no se daría cuenta. Recompensaría a sus padres con oro y el niño sería bien querido.

Mi conciencia no podía hacer algo así, hasta que por suerte para Zoraya aquella misma noche me habían avisado de otro parto. Se trataba de la familia Abencerrajes. Enseguida mandé a dos de las cuatro mujeres que me acompañaban, para que fuesen atendiendo a la parturienta de los Abencerrajes. Luego, con todo el dolor de mi corazón envolví al príncipe Saad Ben en una sábana inmaculada y lo puse entre los trapos de la canasta en la que llevaba los utensilios que utilizaba en los partos. Antes de salir de la habitación me acerqué hasta Zoraya y la abracé con todas mis fuerzas. Las dos nos consumamos entre llantos. Luego le susurré al oído:

—¡Que Alá nos perdone, si otro hijo que no sea el tuyo ponga en tu regazo!

Salí de la alcoba por un pasadizo conocido por muy pocos y dejando allí, al cuidado de la Sultana Zoraya, a dos de las mujeres que me habían acompañado. El miedo que sentía por si me encontraba con el Sultán y mis achacosas piernas, hizo que me cayera varias veces antes de llegar a la casa de la familia Abencerrajes.

Allí me esperaba toda la familia, ilusionada por la venida de un nuevo miembro. Yo sin embargo, dolida de pena, entré en la habitación de la parturienta con la conciencia turbia. Había al menos diez mujeres de la familia alrededor de la cama de Nothila. Como pude, conseguí que salieran todas las mujeres de la habitación. Quedando así las dos mujeres que había mandado momentos antes y yo. Era la novena vez que asistía a Nothila en sus diez años de casada. Me daba una pena que a

sus hermosos veinticinco años esperaba un noveno hijo. El ojeroso rostro de la joven desprendía la pena que su alma herida sentía desde hacía tiempo. Ninguno de sus sueños se había cumplido. Y lo más duro de todo era que había perdido la ilusión por vivir.

Entre dolor y dolor, el niño salió del sufrido vientre de Nothila. En aquel mismo instante, un fuerte suspiro salió de lo más profundo de la joven. Marchándose así del mundo que nunca quiso, pero de la manera más hermosa, dando vida. Siempre he creído que Alá puso en mis manos todo para que el hijo de Nothila disfrutara del regazo de una madre. Y la Sultana Zoraya disfrutase del hijo que quería entregar al Sultán en señal de amor. Así que envolví al recién nacido todo lo deprisa que pude antes de que llorase. Y puse entre el regazo de Nothila al hijo muerto de Zoraya y el Sultán, aún con el cuerpecito caliente. Dejé a las dos mujeres y salí de allí corriendo con el hijo de Nothila bien envuelto en la canasta.

Corrí como pude hasta la alcoba de Zoraya. Las dos mujeres que se habían quedado con Zoraya terminaban de arreglarla. Aunque no le hacía falta mucho arreglo, ya que era una mujer hermosísima. Saqué al recién nacido de entre los trapos de la canasta y le di varios azotes para que llorase. Después lo acerqué hasta el pecho de Zoraya, donde puse un pezón en la boca del pequeño para que el apego fuese eterno. Fue lo más hermoso que he presenciado a lo largo de mi labor como matrona. El niño se enganchó al pezón como si fuera su verdadera madre, olía a una madre. Al mismo tiempo Zoraya dejaba caer por su rostro lágrimas de tristeza por la pérdida de su hijo y lágrimas de alegría por la llegada del pequeño. Segundos después entraba en la habitación el Sultán, para conocer al pequeño Saad Ben Ali. Lo primero que hizo fue besar en la frente a Zoraya, en tanto las dos mujeres y yo salimos de la habitación. Quedando ambos disfrutando del niño, ya suyo, y al niño de unos padres.

Días después de que la Sultana Zoraya diese a luz, el Sultán mandó que adornasen todas las estancias del Palacete de Alixares con las flores favoritas de Zoraya. Allí se refugiaron ambos mientras los dos niños quedaban en la Alhambra, al cuidado de dos niñeras y la nodriza encargada de amamantar al recién nacido.

40

Pasados unos días en el Palacete de Alixares, la hermosa Zoraya sintió un escalofrío por todo su cuerpo, presintiendo así alguna desgracia.

Aquella misma noche Boabdil llegó a Granada con el fiel Emir que Yuhamad había mandado hasta Guadix y los quinientos hombres que había conseguido reunir. Dispuestos todos ellos a entregar hasta la última gota de sangre.

Enseguida fueron conducidos hasta el Albaicín por varios moros partidarios de Boabdil que tenían acceso hasta allí. Antes que amaneciera, los quinientos hombres de Guadix y otros tantos que había reunido Aixa en el Albaicín, rodearon la Alhambra.

Pero para su desgracia un traidor había informado del previsto ataque de Boabdil. Aún estando alertados los soldados del Palacio del ataque, no consiguieron ganar. Así que acabaron hondeando una bandera y abriendo las puertas de la Alhambra a Boabdil.

Acto seguido muchos de los moros al servicio del Sultán Muley Aben Hacen decidieron quedarse en el Palacio de la Alhambra para servir a Boabdil. Otros moros huyeron hasta Málaga, donde esperaban que el Zagal, hermano de Muley Aben Hacen, y Sultán de Málaga, los acogiese en su Reino.

A medio día el Sultán Muley Aben Hacen bajó desde el Palacete de Alixares hasta la Alhambra acompañado por Zoraya. Por primera vez pudo ver y sentir la derrota. Las puertas de la Alhambra estaban cerradas. Se había puesto fin a su Reinado en Granada. El mal que había hecho a los inocentes Zahareños, las cabezas de sus propios hijos rodando por el patio de los leones… todo el mal que había hecho comenzaba a devolvérsele en contra.

Entre tanto, los gritos de los moros defensores de Boabdil resonaban en el Palacio, mientras lo proclamaban Sultán de Granada una y otra vez. Zoraya se desvaneció en la misma Puerta de la Justicia al escuchar los gritos de los que proclamaban a Boabdil como nuevo Sultán. Todo por lo que ella había luchado para que alguno de sus hijos fuese Sultán algún día, se desvanecía. Mientras tanto, los dos hijos de Zoraya, Nasr ben Ali y Saad ben Ali, permanecían dentro del Palacio de la Alhambra. Fue Aben, hombre de confianza del Sultán Muley Aben Hacen quien tuvo que hacer de intermediario para que Boabdil entregase los niños a Zoraya. A partir de ahí, Boabdil sería el Sultán de Granada.

41

Durante mucho tiempo, Zoraya había ido llevando hasta el Palacete de Alixares bastantes objetos de valor y joyas, por lo que pudiera pasar.

Mas el objeto más valioso entregado al primer Sultán de Granada, Al–Hamar, en la cueva del Sacro–Monte, por un misterioso y sabio anciano, quedaba en la Alhambra. Nadie codicioso podía llevarse el «Lucel». Las palabras que el anciano pronunció cuando entregaba al Sultán Al–Hamar el «Lucel», nunca fueron olvidadas por los sucesivos Sultanes de Granada.

> *«Debes de mantener el "Lucel" custodiado, pues la codicia por conseguirlo traerá guerras y odio entre los hombres. Las manos manchadas de injusticia no podrán disfrutar del oro divino. La mano que intente arrebatar el "Lucel" por capricho o avaricia será castigada, y con ella su Reino».*

Llegado el destierro, el Sultán Muley Aben Hacen y la hermosa Zoraya, marcharon cabizbajos con sus dos hijos y los tesoros que poseían. Tras ellos un reducido número de sirvientes caminaron hasta llegar a la Plaza de Baeza.

Mientras abandonaban Granada, Zoraya volvió en varias ocasiones su rostro lloroso y su alma herida hacia el Palacio de la Alhambra. Se marchaba con el penoso secreto de dejar un hijo muerto. Al que habían enterrado con una familia que no era la suya ni la del Sultán. Ese doloroso secreto que guardó hasta el fin de sus días, hizo escapar inconscientemente un suspiro bien profundo. Incluso llegó a despertar preocupación en el Sultán.

—¿Estás bien, Zoraya? —preguntó el Sultán.

—Dejo en Granada parte de mi corazón —contestó Zoraya llorando desconsoladamente.

—¡Te doy mi palabra, de que volveremos a Granada! —dijo el Sultán, pensando que Zoraya se refería al Palacio de Alixares, del que habían hecho su refugio y su hogar.

Zoraya y el Sultán Muley Aben Hacen continuaron su camino hacia la Plaza de Baeza, siempre con la esperanza de volver a poseer lo poseído, disfrutar lo disfrutado y reinar lo no reinado.

Enseguida Boabdil requirió la colaboración de su sabio suegro Aliatar, entonces Alcaide de Loja. También nombró hombre de confianza a Comixa, uno de los instructores que había tenido desde su infancia y al que consideraba como un hermano mayor. Durante días, centenares de familias nada partidarias de servir a Boabdil, salieron voluntariamente con sus enseres por las puertas de Granada, hacia

Málaga.

42

La entrada del destronado Muley Aben Hacen a Baeza con su esposa Zoraya y los dos pequeños fue vergonzante. Aún así, el destronado Sultán fue bien acogido por todos los habitantes de Baeza, e incluso le ofrecieron como residencia la Alcazaba. Fue allí, en sus subterráneos, donde guardaron los tesoros que habían viajado con ellos desde Granada.

Mientras el Sultán Muley Aben Hacen y Zoraya se instalaban en la Alcazaba de Baeza, la serenidad reinaba de nuevo en Granada. Y Boabdil iba siendo más querido por los granadinos, los cuales olvidaron poco a poco todo lo pasado.

En Baeza Zoraya gozó de los mejores años de su vida. Despertó sus ansias de estudio por la poesía tras conocer a uno de los poetas más venerados de la época. Incluso comenzó a escribir «La historia de un diario». Dicho título nunca se hizo público. Fue uno de sus hijos el que lo encontró tras su muerte.

> *Nueve de Mayo: «El corazón sabe más que la razón. Pues ni siquiera la religión puede ordenar sobre los sentimientos y pensamientos del ser humano. Me he enamorado locamente, aunque me llamaran loca. Hice cosas que no debía, pero hechas están y no hay remedio. ¿Quién está libre de pecado en este mundo tan injusto?. A veces…».*

… Pasaron dos años y Morayma quedaba embarazada de su segundo hijo. Boabdil seguía sus funciones como Sultán, con la ayuda de su madre Aixa. Los granadinos asentaban sus vidas, arrebatadas años atrás por la incertidumbre del Reino de Granada.

43

Cuando todo parecía apaciguarse y Granada comenzaba a sonreír de nuevo, Muley Aben Hacen se presentó de madrugada cerca de las murallas de la Alhambra con los cuatrocientos soldados que lo habían acompañado desde Baeza. Los fieles soldados, tiritando en la escarcha de la madrugada, esperaban ante las murallas la voz de ataque que debía de dar el Sultán Muley Aben Hacen. Afortunadamente para Granada y los granadinos, entre los soldados que vigilaban la Alhambra aquella noche, se hallaba uno de los mejores hombres del Palacio. Y al que llamaban, el sordo, y no porque fuese sordo sino todo lo contrario. Su agudo oído detectaba cualquier pequeño ruido desde muy lejos.

Fue el sordo, quien puso en alerta a todo el Palacio y dio la orden de ataque a sus soldados. Los soldados de Baeza confundieron aquella orden con la de Muley Aben Hacen y comenzaron a atacar despiadadamente contra las murallas del Palacio. Pero todo fue en vano, y en menos de una hora las municiones que les quedaban eran nada comparadas con el arsenal que había dentro del Palacio de la Alhambra. Inmediatamente Muley Aben Hacen ordenó la retirada, humillado por la pérdida de aquella ridícula batalla.

Así, dejando atrás a más de cien de sus soldados mutilados y desangrados a las puertas de la Alhambra, Muley Aben Hacen fue acompañado hasta Baeza por los trescientos soldados que habían sobrevivido a tan inesperado ataque. Mientras se alejaban del Palacio, en la Torre de Comarex se posicionó Boabdil. Con mirada triste y el corazón roto, quedó allí de pie e inmóvil hasta que la silueta de su padre desapareció en el camino. Como hijo digno de elogios nunca quiso desobedecer a su padre, y menos desterrarle de la tierra que lo había visto nacer. Pero las obligaciones como Sultán estaban por encima de todo y su obligación era defender a su pueblo.

Aquella misma mañana, los Granadinos se conmocionaron cuando vieron los cien moros de Baeza muertos a las puertas de Granada. Algunos pensaron que Boabdil era el responsable de aquella matanza innecesaria. Posicionándose así de parte del Sultán Muley Aben Hacen. Aquella acusación injusta hacia Boabdil separó a los granadinos en dos grupos, unos partidarios de él y los otros partidarios de su padre Muley Aben Hacen.

44

La derrota del Sultán Muley Aben Hacen en Granada, entristeció aún más a Zoraya. Su ilusión se desvaneció por completo, llegando incluso a caer enferma durante semanas.

La salud de Zoraya se fue agravando hasta tal punto, que su médico aconsejó que sería mejor cambiar de aires. Pasados unos meses más en Baeza y algo más recuperada Zoraya, se marcharon todos a Málaga.

De los tesoros que habían viajado desde Granada a Baeza, y que guardaron en la Alcazaba de Baeza, Zoraya ordenó trasladar a Málaga aproximadamente un tercio de ellos. Pensaba que algún día volvería a Baeza y los tesoros que dejaba bajo la Alcazaba le ayudarían a tener una cómoda vida.

Media docena de corceles siguieron el carruaje del Sultán Muley Aben Hacen y su familia, con los serones repletos de monedas y vasijas de oro macizo, hasta la Plaza de Málaga.

45

Al mismo tiempo que Boabdil desempeñaba su labor como Sultán de Granada y Muley Aben Hacen se instalaba en la Plaza de Málaga, los Soberanos de Castilla daban fin a una guerra de dos años contra Portugal.

El tiempo que duró el enfrentamiento con los Portugueses, había sido motivo mas que suficiente para paralizar las conquistas que quedaban pendientes en las Plazas gobernadas por los musulmanes en España. La última conquista con éxito por parte de los cristianos había sido Alhama.

El Rey Fernando formó urgentemente un consejo en Córdoba, al que acudieron los mismos valerosos caballeros que habían ayudado en la victoriosa conquista de Alhama. El Soberano propuso un inmediato ataque a la Plaza de Loja. A ello, el Marqués de Cádiz, se opuso en un principio, pues según él se necesitaba más tiempo para preparar minuciosamente el ataque contra dicha Plaza, ya que era sabido que esta disponía de numerosa artillería y valerosos soldados moros.

Pero la desesperación de los Soberanos de Castilla por encontrar el «Lucel», hizo que se efectuara un apresurado ataque contra la Plaza de Loja.

En apenas una semana un ejército con miles de hombres, compuesto por los mejores soldados y caballeros de España salieron desde Córdoba hasta la Plaza de Loja. El Rey Fernando iba en cabeza. Tras un fatigoso trayecto donde tuvieron que transportar mucha munición, acamparon en plena vega, cerca de la ribera del río Genil. Allí desplegaron sus tiendas de campaña confiados en que los moros no sabían nada de su llegada. Pero la realidad era muy distinta. Los moros habían ocupado sitios estratégicos en el puente. Además de disponer del doble de guerreros de los que disponían los cristianos, tras ser avisados por un traidor cristiano de la pretensión que tenía el Rey Fernando de atacar Loja.

El día anterior al ataque de Loja llegó hasta dicha Plaza Aliatar, antiguo alcaide de Loja y Mayordomo de la Alhambra tras contraer matrimonio su hija Morayma con Boabdil. Bien conocedor de las tierras de Loja, Aliatar situó a sus hombres en los sitios más estratégicos.

Muley Aben Hacen, ya asentado en Málaga, fue avisado del ataque que tenían previsto los cristianos contra la Plaza de Loja. A pesar de todos los rencores que mantenía con su hijo Boabdil, la guerra era la guerra y la colaboración del ejército de Muley Aben Hacen podría ser necesario si el ejército cristiano era más numeroso que el ejército moro.

La estrategia de Aliatar en aquella batalla contra los cristianos, fue digna de reconocimiento por todos los musulmanes. La experiencia adquirida en anteriores batallas hizo que tramara una acertada y rápida estrategia. Sin perder un momento, colocó a varios moros en una parte de la ladera, donde los cristianos pudieran verlos. Así estos saldrían para luchar y dejarían sus campamentos solos. De ese modo tuvo

comienzo la batalla. Los moros quemaron las tiendas cristianas y los acorralaron en apenas unos minutos. La cantidad de soldados moros triplicaba la de cristianos, por lo que era imposible seguir adelante. El Rey Fernando ordenó de inmediato la retirada. A pesar de la inmediata retirada, un centenar de caballeros cristianos yacían a todo lo largo de la ladera, atravesados o degollados por cimitarras moras. Entre los cadáveres se hallaba uno de los mejores guerreros cristianos, don Rodrigo Téllez de Girón, maestre de Calatrava y hermano del Conde de Ureña.

Mientras el Rey Fernando cabalgaba intentando salir de allí, no dejaba de pensar en el Marqués de Cádiz, el cual tenía razón cuando se opuso a tan apresurado ataque a la Plaza de Loja. Fue perseguido hasta Río Frío por el incansable Aliatar, y para suerte del Rey Fernando, aquel desistió seguir adelante y regresó a Loja.

El Rey Fernando, esperó en Río Frío al ejército cristiano que había sobrevivido en tan espeluznante batalla.

Una vez reunidos y sin mediar palabra alguna, el Rey Fernando desfilaba seguido por su ejército de regreso a Córdoba.

Cuando Muley Aben Hacen llegó junto a su ejército a la Plaza de Loja, ya se habían marchado los cristianos. Tal fue su enfado por no poder haberse enfrentado al Rey Fernando, que desenvainó su cimitarra y con ella cortó en un solo intento el tronco de un robusto árbol. Quedando todos los presentes asombrados de lo afilada que estaba aquella cimitarra. Luego juró que prepararía una inolvidable batalla, contra los cristianos.

46

De lo que Muley Aben Hacen se engrandecía siempre, y sin lugar a dudas con gran razón, era de la destreza con la que había nacido para luchar en las batallas. Fue por ello su gran enfado nada más llegar a la Plaza de Loja, y ver que el Rey Fernando se acababa de marchar para Córdoba con el ejército de guerreros e ilustres cristianos. Ante aquello, el Sultán regresó con su ejército hasta la Plaza de Málaga, de donde habían partido con la ilusión de acabar de una vez por todas con los cristianos.

Pasadas unas semanas, Muley Aben Hacen tenía reunido de nuevo a todo el ejército que recientemente lo había acompañado hasta Loja. El objetivo del Sultán era salir de inmediato hacia la Plaza de Medina Sidonia, con el fin de recuperarla. Pues dicha Plaza había permanecido a los nazaríes desde la entrada de estos a España, y arrebatada en mil doscientos sesenta y cuatro por el ilustre cristiano Alfonso X.

Así que con el resentimiento arrastrado de generaciones anteriores, el Sultán Muley Aben Hacen se dirigió hasta la Plaza de Medina Sidonia con dos mil moros, todos ellos dispuestos a entregar su vida si fuera preciso.

Durante la ausencia del Sultán Muley Aben Hacen en la Alcazaba de Málaga, Zoraya se aisló en su aposento sin querer saber ni de sus hijos, como contaba una sirvienta mora de la Alcazaba. Pues una enorme pena se había adueñado de su alma. Se encontraba sola. Los musulmanes y musulmanas la miraban como una avariciosa cristiana, al mismo tiempo que los cristianos la repudiaban por haberse casado con un musulmán.

Hasta llegar a Medina Sidonia, Muley Aben Hacen pasó muy cerca de Estepa. El cansancio del agotado Sultán y todo su ejército, hicieron que acamparan a orillas de Cemelín, entre Gibraltar y Castellar. Al ejército se fue añadiendo un considerable rebaño de ovejas y vacas que habían ido saboteando por territorio cristiano en venganza a lo que habían hecho los cristianos con Alhama y Loja.

A la mañana siguiente el Sultán mandó a cuatrocientos de sus hombres que acampasen cerca de Algeciras, frente a la opuesta fortaleza de Gibraltar. A otros doscientos hombres los mandó a recorrer la campiña de Tarifa. Y a doscientos más, los mandó a saquear tierras aledañas a Medina Sidonia.

En tanto, el arrogante Sultán Muley Aben Hacen creía que don Pedro de Vargas, alcaide de Gibraltar, no se había percatado de su presencia, pero se equivocaba. El avispado alcaide cristiano sabía de la presencia del ejército moro en sus tierras desde que pusieran el primer pie. Pero como era poca la guarnición con la que contaba en aquel momento don Pedro de Vargas, hizo la vista gorda mientras pedía ayuda a una galera armada al mando del caballero cristiano Carlos de Valera.

En apenas unas horas, la ayuda llegaba. El destacamento capitaneado por Carlos de Valera hacía su entrada en la fortaleza, con la intención de echar al ejército moro lo antes posible de Gibraltar.

La batalla comenzó enseguida. El polvoriento camino hecho por corceles moros y cristianos fue la causa de que don Pedro de Vargas no viese la lanza que atravesaría su costado derecho. Cayó al suelo malherido. Montó en su corcel como pudo y cabalgó hasta regresar a la fortaleza. Mientras tanto el Sultán Muley Aben Hacen seguía luchando con su ejército, creyendo tener aquella batalla controlada. Pero pronto comenzaron a llegar otros alcaides cristianos acompañados de sus respectivos ejércitos. Entre dichos alcaides se hallaba el noble alcaide de Marbella, bien conocido por su largo y enredado bigote. Viéndose acorralado, entre tanto cristiano, el Sultán Muley Aben Hacen dio la orden para que su ejército se retirase de inmediato.

Antes de salir de Gibraltar derrotado, el Sultán interrogó a dos cristianos cautivos sobre las costumbres que el alcaide de Gibraltar tenía con los extraños que pasaran por sus tierras. Los dos cristianos respondieron que don Pedro de Vargas tomaba como recaudo una pieza de ganado del rebaño que pisara sus tierras. El Sultán no perdió ni un solo momento y mandó con los dos cristianos ya liberados, diez de las mejores vacas del rebaño que había ido reuniendo desde que salió de Málaga.

Al cabo de unas horas, los dos cristianos regresaban hasta el campamento, donde el Sultán dejaba caer sobre dos mulas a los ya fallecidos soldados moros, pertenecientes a la familia de los Abencerrajes. Los llevaría hasta Málaga para que sus familias los enterrasen dignamente.

—Don Pedro de Vargas, le agradece el ganado que le ha mandado. A cambio le manda esta chaqueta de seda —dijo uno de los cristianos.

—¡Dile a vuestro alcaide que lo agradezco. También decidle que nos marchamos de sus tierras ahora mismo! —contestó el Sultán, mientras acababa de atar en las mulas los cuerpos sin vida de los dos nobles jóvenes.

Antes de partir hacia la Plaza de Málaga con su ejército, el Sultán Muley Aben Hacen, ordenó que reuniesen a todos los moros fallecidos en aquella batalla. Luego, entre oraciones de duelo, los incineraron para que ningún cristiano pudiera profanar sus cuerpos.

47

Aquella invasión a Gibraltar hizo que el orgullo de la hidalguía andaluza propusiera desquitarse contra Muley Aben Hacen. Fue por ello que grandes hidalgos se reunieran con urgencia en Antequera. Era enero del año mil cuatrocientos ochenta y tres, y apenas faltaba una década para que el último Reino Nazarí gobernado por Boabdil, entregase la llave de su reino a los Reyes Católicos.

Hasta Antequera llegaron: el distinguido y valeroso Marqués de Cádiz, don Juan de Silva, el Conde Cifuentes, el Alférez Real de Sevilla, don Alonso de Cárdenas (maestre de la religiosa y militar Orden de Santiago), don Alonso de Aguilar… Y así hasta dos mil setecientos jinetes y distinguidos hidalgos. Coincidiendo todos ellos en desterrar a los nazaríes.

A los pocos días, salieron todos ellos hacia la Plaza de Málaga con la ilusión de regresar victoriosos con el esperado destierro del Sultán Muley Aben Hacen.

A los ilustres hidalgos se unieron algunos mercaderes cristianos, esperanzados en comprar joyas y objetos valiosos a bajo precio en aquella batalla. Pero para desgracia de los hidalgos cristianos y los especuladores mercaderes, la estrategia que habían preparado para atacar Málaga llegó a oídas de los moros por mediación de un mercader con la lengua muy larga. Dándoles así tiempo a todos los Malagueños a salir de sus casas y esconderse en las cuevas de algunas montañas.

Cuando los hidalgos llegaron a la Plaza de Málaga se llenaron de rabia al ver que los moros salían victoriosos una vez más. En venganza quemaron hasta la última casa. Luego, llenos de odio, los hidalgos regresaban hasta Antequera en silencio, incluso los corceles parecían expresar con su silencio la inesperada derrota.

48

Días después, de la Plaza de Málaga quedaba poco más que las brasas del fuego, que los hidalgos cristianos provocaron para matar a sus enemigos moros.

Todos los malagueños salieron de las cuevas para seguir con sus quehaceres. Pero tal fue su sorpresa al ver que no quedaba nada de sus hogares, que algunos ancianos llegaron a enloquecer.

Sin perder ni un solo momento, más de la mitad de los malagueños se pusieron a trabajar en el levantamiento de sus casas. Mientras el resto, la mayoría con hijos pequeños, decidió emprender camino hacia Granada con la esperanza de que el Sultán Boabdil los protegiese de las cimitarras cristianas. Ya que el Sultán Muley Aben Hacen no parecía poder protegerlos.

49

Cuando los malagueños entraron en Granada, el corazón de los granadinos se conmovió al ver como cruzaban estos las puertas de la ciudad, con el abatimiento reflejado en sus ojos. Los niños llegaban sin suelas en sus sandalias y con los pies ensangrentados tras un largo camino lleno de dolor y esperanza. Tal y como habían soñado, el Reino de Granada abrió las puertas a sus paisanos malagueños para acogerlos como a un hijo en el regazo de su madre.

Boabdil no pudo quedarse de brazos cruzados, y dejar que los cristianos echasen a las gentes de sus hogares por el hecho de ser moros. Primero en Málaga y luego, ¡quién sabe si Granada! Así que mandó preparar cuanto fuese necesario para corresponder con la misma moneda a los cristianos. Y eligió la Plaza de Lucena para que fuese devuelta a los musulmanes.

Unas semanas mas tarde, el Sultán Boabdil y su sabio suegro Aliatar partieron con miles infantes, venidos de cientos de plazas moras con la intención de invadir Lucena.

Para desgracia de Boabdil, los cristianos estaban avisados de dicha batalla por boca del traidor Comixa. Boabdil lo consideraba hombre de confianza y lo nombró su secretario personal cuando fue proclamado Sultán de Granada.

El desleal Comixa, hombre de mirada retorcida, sonrisa falsa, andares prepotentes y jorobado, era la persona más despreciable de cuantas pudo rodearse Boabdil mientras fue Sultán de Granada. El maléfico e impresentable Comixa era tan malvado, que incluso había llegado a matar a su propia madre años antes, para no tener que atenderla de una grave enfermedad.

El traidor Comixa había alertado al Conde de Cabra nada más oír decir a Boabdil que atacaría Lucena el veinte de abril de mil cuatrocientos ochenta y tres.

50

Una vez en Lucena, Boabdil y su ejército siguieron la estrategia que el valiente Aliatar había trazado para derrotar al ejército cristiano. Quince hombres del ejército moro se disponía a encender antorchas alrededor de la muralla de la Plaza con el fin de asustar a la gente de Lucena y hacer que esta abandonara sus hogares. De esa forma, los moros tomarían la Plaza sin causar víctimas. Pero antes de que las antorchas prendieran luz, el Conde de Cabra, alertado por el traidor Comixa días antes de que se produjese dicho ataque, salió de la Plaza con Don Alonso de Córdoba, mil soldados y los trescientos caballeros que lo habían acompañado hasta allí. El Conde de Cabra y su ejército desenvainaron sus cimitarras, evitando así que los moros entrasen dentro de la Plaza de Lucena. El crujido de algunos cuerpos cristianos y moros atravesados por cimitarras enemigas, dejaron charcos de sangre en los alrededores de Lucena.

Boabdil ordenó a sus hombres la inmediata retirada. Y perseguidos por los cristianos, los moros huyeron cuanto sus veloces corceles les dejaban. No teniendo la misma suerte Boabdil y otros moros, fueron alcanzados por el ejército cristiano y llevados hasta la Plaza de Lucena.

Mientras tanto, el Conde de Cabra y lo que quedaba de su ejército, seguían atravesando los cuerpos de los moros moribundos que iban encontrando en los alrededores.

Antes de que anocheciera, el Conde de Cabra regresaba con sus hombres hasta Lucena. Nada más entrar en la Plaza, uno de los soldados reconoció a Boabdil y comenzó a gritar: ¡Es el Sultán de Granada! ¡Es el Sultán de Granada! Tras confirmar aquello, el Conde de Cabra dejó escapar una gran sonrisa de satisfacción, mientras los demás soldados gritaban de alegría por la especial victoria. Acto seguido, el Conde de Cabra ordenó encerrar en la Torre del Castillo a Boabdil.

Aliatar sin embargo, tuvo un peor final. Antes de llegar a la Plaza de Lucena, fue muerto por el Conde de Cabra.

—¡Ríndete, querido anciano! —dijo el Conde de Cabra a Aliatar, con pena de matarlo al verlo tan viejo.

—¡Nunca me rendiré, lucha cristiano, si crees en lo que defiendes! —contestó Aliatar cimitarra en mano.

—¡Huye si quieres, anciano, que mi corcel no seguirá al tuyo! —dijo el Conde con insistencia.

—¡Es más digno morir…, que huir! —dijo Aliatar mientras se acercaba con la cimitarra hasta el Conde, intentando matarlo.

Hasta la orilla del río Genil los llevó el forcejeo de cimitarras y la persistente lucha de Aliatar. El Conde de Cabra, finalmente, atacó al anciano, con la desgracia de cortarle la cabeza, que cayó al río Genil.

51

Cidi Caleb, sobrino del jefe Alfaquí del Albaicín, había estado luchando en Lucena. Consiguió escapar de las cimitarras cristianas, pensando que Boabdil y Aliatar habían muerto. De camino hacia Granada el joven soldado Cidi Caleb hizo una parada en Loja. Allí adelantó la terrible noticia que llevaba a la Sultana Morayma, respecto a la muerte de Boabdil y Aliatar. Los habitantes de Loja lloraron la muerte del Sultán Boabdil, del anciano Aliatar y del futuro incierto de Granada.

A la mañana siguiente y dejando atrás los llantos de la gente de Loja, Cidi Caleb continuó hasta Granada. Allí fue recibido por los granadinos, expectativos a las noticias que traía sobre la batalla en Lucena. Mas no hicieron falta las palabras, ya que se podía leer en el rostro del joven soldado la trágica noticia.

En el Palacio de la Alhambra, Aixa y la Sultana Morayma esperaban que Cidi Caleb les diese una buena noticia. Al ver asomar el corcel montado por Cidi Caleb subiendo la cuesta de Gomérez, las dos corrieron hasta él mientras sus piernas temblaban ante tanta incertidumbre. Enseguida bajó el joven del corcel, y tras hacer la reverencia correspondiente a tan majestuosas damas, les comunicaba la tragedia con un gran nudo en la garganta.

—Aliatar y nuestro Sultán Boabdil han muerto a manos de los cristianos —dijo Cidi Caleb. Luego entregó su cimitarra a Aixa—. Y ahora, ¡corte mi cabeza con ella, por no haberlos defendido! —añadió Cidi.

Morayma lloraba sin consuelo, sin apenas mantenerse en pie en su segundo embarazo. Aixa estaba destrozada por dentro por la muerte de su hijo, pero su entereza ante los soldados de alrededor y los granadinos que allí se habían aglomerado, hizo que se tragase las lágrimas y sacara fuerzas de las entrañas.

—¡Comunica a toda Granada, si es preciso Plaza por Plaza, que el Sultán Boabdil ha entregado su vida por ellos! ¡Y toma tu cimitarra para defender a los que quedamos! —dijo Aixa, mientras se iba desmoronando por dentro.

Obedeciendo las órdenes de la Sultana, Cidi Caleb fue pregonando la incierta noticia Plaza por Plaza.

52

Pasados unos días, el traidor Comixa aprovechó la noticia de que Boabdil había muerto para presentarse ante la Sultana Morayma con un falso testamento, el cual había escrito él mismo y había firmado con el nombre de Boabdil.

Lo primero que hizo Comixa al entrar en la sala donde estaba Morayma fue darle el pésame. A continuación, aprovechando las lágrimas de dolor de la Sultana se dispuso a enseñarle el testamento, pero antes de eso entró presuroso en la sala un Emir del Palacio.

—¡Está vivo, está vivo nuestro Sultán Boabdil! ¡Se encuentra cautivo de los cristianos, en la Plaza de Lucena! —repitió varias veces el correo.

La noticia no sentó nada bien a Comixa, quien había repartido a su antojo los bienes del Sultán Boabdil. Ante aquellos momentos de alegría para la Sultana y todos los granadinos, el despreciable Comixa escondió disimuladamente el testamento al mismo tiempo que lo iba retorciendo fuertemente con sus manos.

—Mi señora, os traía la alegre noticia de que el Sultán está vivo, más creo que este Emir se me ha adelantado —dijo el traidor Comixa, mientras sonreía hipócritamente.

—¡Gracias, leal Comixa! Ahora me gustaría que marcharais a Lucena y arreglaseis lo oportuno para que dejen libre al Sultán. Usted debe saber lo que Boabdil le aprecia. Mas sus decisiones, estoy segura de que serán certeras —pidió Morayma, esperanzada en que dejarían libre a su esposo.

—El Conde de Cabra es el Alcaide de Lucena, y creo que pondrá una gran suma a la libertad de nuestro Sultán Boabdil —dijo Comixa.

—No importa. Pagaremos cuanto sea necesario. Pues la vida del Sultán vale más que todo lo que ese Conde pueda pedir. ¡Os pido que salgáis hoy mismo y llevad cuantos hombres necesitéis! ¡Y que Alá os acompañe! —ordenó la Sultana Morayma con aliento de alegría y esperanza.

53

Mientras el traidor Comixa negociaba en la Plaza de Lucena la liberación del Sultán Boabdil, Muley Aben Hacen era informado del cautiverio de su hijo Boabdil en dicha Plaza. La poca lástima que sintió por dicho cautiverio, fue arrebatada por las pretenciosas palabras e insinuaciones de la hermosa cristiana Zoraya. Quien por cierto, soñaba con volver a ser Sultana de Granada. Muley Aben Hacen aprovechó el cautiverio de su hijo Boabdil para conquistar la confianza de los granadinos, con promesas que convencieron inmediatamente a la mayoría. Pensando estos que necesitaban un Sultán que los defendiesen de posibles ataques cristianos y no un Sultán cautivo.

Reclamado por una multitud de granadinos, Muley Aben Hacen se instaló de nuevo en el Palacio de la Alhambra junto a Zoraya y sus dos hijos.

Ante la tardanza de noticias por parte de Comixa, quien aún se encontraba en la Plaza de Lucena negociando la liberación de Boabdil, la Sultana Morayma, Aixa y demás familia tuvo que salir a toda prisa del Palacio de la Alhambra. Los servidores más fieles se retiraron con ellas, hasta la casa de La Horra del Albaicín.

La noche antes de abandonar el Palacio, Aixa utilizó el «Lucel», para producir oro hasta el amanecer. Partiendo así hacia el Albaicín con las alforjas de su corcel repletas de oro.

La misma mañana en que Aixa y los demás partían para la casa La Horra, hacía su entrada formal en el Palacio de la Alhambra, Muley Aben Hacen, Zoraya y sus hijos. Tras ellos el séquito de servidumbre y soldados que los habían acompañado desde Málaga. Zoraya lucía para la ocasión un traje rojo vivo, deslumbrando así con su belleza a todos los granadinos desde su entrada en la soñada Granada.

54

Mientras el Sultán Muley Aben Hacen era nombrado por segunda vez Sultán de Granada, el Conde de Cabra ordenó que Boabdil fuese alojado en la mejor estancia del Castillo de Baena, a la vez que mandaba un correo a los Reyes Católicos con la gran noticia. Los Soberanos, que se encontraban en Barcelona, viajaron de inmediato hasta Baena, Córdoba.

De camino a Córdoba los Soberanos recibieron un Emir, mandado por Muley Aben Hacen con una carta. En dicha carta, el ya Sultán de Granada, proponía a los Soberanos un canje. Pedía que le entregasen a su hijo Boabdil, vivo o muerto, a cambio del Conde Cifuentes y nueve distinguidos caballeros cristianos que se hallaban prisioneros en el Palacio de la Alhambra. Los Reyes pensaron que si al Sultán le daba igual ver a su hijo vivo o muerto, sería incapaz de mantener palabra alguna. Por lo que contestaron con el mismo Emir que no aceptaban dicha propuesta.

Lo que en verdad quería el Sultán Muley Aben Hacen, ya enloquecido del todo, era entregar la cabeza de su hijo Boabdil a Zoraya en señal de amor.

Todo lo contrario pasaba con Aixa, quien suplicaba a la Reina Isabel con otro emir que pusiera a Boabdil en libertad.

Su majestad, Soberana y Reina de Castilla:

Me dirijo a usted, como madre y no como Sultana. Le pido misericordia para el hijo que mi vientre acunó las divinas semanas de gestación que Alá quiso. Libertad para mi hijo Boabdil y padre de su segundo hijo hace unas noches. Pues mucha sangre se está derramando en esta batalla sin sentido. Como Sultana, doy mi palabra, de ofrecerle a cambio cada año un tributo y la libertad de todos los cautivos en el Palacio de la Alhambra.

Me atrevo a decirle que el «Lucel», no se ha movido de su sitio, ya que es lo que buscan, y lo que ha llevado a esta cruel situación.

Espero ansiosa su sabia decisión. Su Majestad como madre me comprenderá.

AIXA

55

Sin hacer caso al canje que pedía el Sultán Muley Aben Hacen, ni a las peticiones de la carta que le había mandado Aixa, los Soberanos siguieron su camino hasta Baena. Allí el Conde de Cabra, irradiado de orgullo por la captura de Boabdil, esperaba en la puerta del Castillo a los Soberanos. Tras un cordial recibimiento y sin acomodarse aún, las preguntas comenzaron:

—¿Dónde está el prisionero? —preguntó la Reina.

—En una de las mejores estancias de la torre, majestad —contestó el Conde.

—¡Hágalo traer! Estaremos en la sala de reuniones —ordenó el Rey Fernando.

A los pocos minutos, el eco de los pasos del Conde de Cabra y Boabdil, iban anunciando la llegada.

—¡Majestades! —dijo Boabdil, a la vez que se inclinaba ante ellos.

Durante unos segundos los Reyes quedaron callados ante tan delicada situación, mientras descansaban en los dos majestuosos sillones que el Conde había ordenado poner para los Soberanos. El Rey Fernando invitó a Boabdil a que se sentara. Mientras, el Conde de Cabra mandaba a uno de los sirvientes que trajese unas tazas de chocolate caliente. Pues era sabido que a la Reina le gustaba bastante.

—¡Sabrá que su situación es muy delicada! —dijo la Reina con ironía—. Vuestro padre nos ha pedido vuestra cabeza a cambio de seguir siendo Sultán de Granada. Mas dice que si aceptamos, pondrá en libertad a varios distinguidos cristianos y a unos cuantos obispos —acabó diciendo la Reina.

—Hemos pensado que sería mejor, que sea usted quien ocupe el cargo como Sultán de Granada y no su padre. Claro que a cambio tendrá que pagar tributos, como sus antepasados. De aceptar, nosotros le ayudaremos a conquistar Granada —dijo el Rey Fernando.

Cuando Boabdil se disponía a contestar, una sirvienta llegaba con una bandeja dorada. En ella había cuatro tazas llenas de chocolate humeante, que fue impregnando la pequeña estancia con un agradable olor a cacao. Tras servir el chocolate, la sirvienta salió de la sala con la cara sonrojada ante la presencia de los Reyes.

—Me parece justo vuestro ofrecimiento. Les doy mi palabra de que los tributos serán entregados en la fecha que ustedes estimen oportuna —contestó Boabdil, algo más animado.

—A cambio, tendrá que entregar como rehén a uno de sus hijos. Pues he tenido recientes noticias de que su mujer dio a luz a su segundo hijo hace unas noches. Además tendrá que acabar con el cautiverio de los cristianos retenidos en la Alhambra —dijo la Reina Isabel.

Por unos momentos Boabdil se sintió feliz por el nacimiento de su segundo hijo. Pero se le vino el mundo encima cuando tuvo que responder a la opción que le daban

los Soberanos. La idea de entregar a su hijo, no era tan sencilla. Pensó que la palabra de los Soberanos parecía firme y sincera, incluso su hijo estaría más a salvo con ellos, que si caía en manos de Muley Aben Hacen y Zoraya. Tras unos minutos de reflexión, con las miradas de los Soberanos puestas sobre él a la espera de una respuesta, Boabdil no tenía más alternativa. Pensó que si aceptaba, volvería a gobernar Granada y proteger a su familia.

—Mis hijos son el aire que respiro. ¡Necesito sus palabras como Reyes y como padres, que si os entrego a mi hijo mayor, Ahmed, será tratado con los honores que merece! —dijo Boabdil.

—No dude en nuestra palabra. Su hijo Ahmed será tratado como un infante, yo misma me ocuparé de que sea así —contestó la Reina Isabel.

Las palabras de la Reina hicieron que Boabdil, quedase más tranquilo al saber que su hijo estaría a salvo. Tras dar un sí a los Reyes como respuesta, estos mandaron un correo al Palacio de la Alhambra con una carta firmada por el mismo Boabdil.

Querida Morayma:

Me alegro mucho del nacimiento de nuestro segundo hijo. Siento no haber estado a tu lado. Espero verte muy pronto amada mía. Ten fe en Alá, para que esto acabe pronto.

Se me hace muy doloroso escribir esta carta. Los Reyes Católicos me han prometido que harán lo posible para que vuelva a reinar en Granada. A cambio, pagaremos unos tributos. Pero hasta que llegue esa Conquista y destierre a mi padre de Granada, me piden que entregue a nuestro hijo Ahmed. ¡Si es difícil para mí, qué no será para ti querida Morayma! Me han prometido que lo cuidarán como a uno de sus hijos. Piensa, que en manos de los Soberanos estará más a salvo que si mi padre, el Sultán Muley Aben Hacen, lo retuviera. ¿O acaso no recuerdas las cabezas que hizo cortar a mis hermanastros en el Patio de los Leones? En cuanto Ahmed llegue a Córdoba, los Soberanos me ayudarán a Conquistar Granada. Y nuestro hijo Ahmed volverá a estar con nosotros. Os quiero mucho.

BOABDIL

Pasadas unas semanas y desde Granada, la estirpe de los Abencerrajes llegaba al Castillo del Conde de Cabra con Ahmed, hijo mayor de Boabdil, y otros jóvenes de la rancia nobleza granadina. Tal y como los Soberanos habían ordenado, el pequeño Ahmed y un grupo de nobles jóvenes granadinos quedarían al mando de los Reyes Católicos, a cambio de que Boabdil desterrase a su padre y Sultán de Granada, Muley Aben Hacen.

Precedido por blancos corceles, bajó del único carruaje de la comitiva desde Granada, el pequeño Ahmed acompañado por su niñera y los otros jóvenes nobles. Boabdil y su hijo Ahmed se fundieron en un fuerte abrazo, hasta que una leve carraspera en la garganta de la Reina fue creciendo intencionadamente.

—Hijo te quedarás aquí solo unas semanas. Los Reyes te tratarán bien. Pronto estaremos con mamá, tu hermano Yusaf y la abuela Aixa. ¡Te quiero más que a mi propia vida! —dijo Boabdil con unas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, mientras abrazaba a su hijo. Luego cogió al pequeño Ahmed de la mano y se acercaron hasta la Reina Isabel.

—¡Cuídelo bien, por favor! —suplicó Boabdil.

—¡Puede estar tranquilo y vaya con Dios! —contestó la Reina, mientras daba la mano al pequeño Ahmed.

Con la misma comitiva que había acompañado al pequeño Ahmed hasta el Castillo del Conde de Cabra, regresaba Boabdil en un corcel hasta Granada. Tras la comitiva de los Abencerrajes, con Boabdil a la cabeza, cabalgaba el Rey Fernando con veinte soldados cristianos.

57

El Rey Fernando y Boabdil, acompañados de sus respectivas comitivas, se separaron en un punto del camino donde la energía de las montañas a uno y otro lado parecía estar esperándolos. Tras una cortés despedida el Rey Fernando y sus hombres siguieron para Guadalupe, mientras que Boabdil y sus soldados lo hicieron hasta la Alquería de Marasäna, cercana a Granada. En dicha Alquería y junto a la acequia principal que la atravesaba, esperaban nobles moros mandados por Aixa.

Mientras descansaban y esperaban a que oscureciese para entrar en el Albaicín, Boabdil y todos los soldados allí presentes comieron un rico cordero aderezado con orégano, tomillo, laurel y vino de las viñas de Marasäna.

Entrada la noche, salieron todos montados en sus corceles hasta el Albaicín. Allí, pudieron entrar por una puerta custodiada por dos nobles moros partidarios de Boabdil. Pero los nervios se agravaron cuando se enteraron de que un desleal soldado de los que había acompañado hasta Granada a Boabdil, había alertado al Sultán Muley Aben Hacen, sobre las intenciones que Boabdil y sus hombres tenían en atacar el Palacio de la Alhambra. Mientras tanto, en la casa de La Horra esperaban con sosiego Aixa y Morayma.

Antes de que Boabdil llegase a la casa de La Horra, unas voces alertaban de su presencia en Granada. Fue entonces cuando el ejército del Sultán Muley Aben Hacen, preparado para tan esperado enfrentamiento, salió de la fortaleza de la Alhambra con la intención de acabar con Boabdil y sus seguidores soldados.

En pocas horas, ríos de sangre bañaron las laderas del Dauro. Y una cascada de sangre vestía la Cuesta de Gomérez.

El amanecer llegaba con el chillido de los Granadinos al ver tanta sangre derramada. Los chillidos hacían eco en los oídos de Boabdil, quien ordenaba a sus hombres una retirada a tiempo, sin más muertos. Ante una triste derrota, decidió dejar su querida Granada y marcharse con su familia a la Plaza de Almería.

58

Mientras Boabdil se refugió en Almería esperando noticias de los Reyes Católicos para poder recuperar a su hijo Ahmed, el Marqués de Cádiz conquistaba victoriosamente la Plaza de Zahara.

El Conde de Tendilla, sobrino del gran Cardenal, gobernaba de forma triunfante Alhama de Granada.

Poco a poco todas las Plazas de Granada gobernadas por los musulmanes eran arrebatadas por los cristianos, a cambio de mucha sangre inocente.

Entre tanto el Sultán Muley Aben Hacen, padre de Boabdil, pedía al Rey Fernando que lo dejase seguir gobernando Granada a cambio de un tributo considerable. Ante aquella petición, el Rey Fernando hizo oídos sordos y continuó con los planes establecidos para Conquistar Granada y con ella el «Lucel». Pues sabía que el «Lucel» estaba en la Alhambra y lucharía por conseguirlo por encima de cualquier cosa.

59

Al poco tiempo de instalarse Boabdil en Almería, recibió un correo del Rey Fernando, en el que requería urgentemente su presencia en Córdoba. Morayma y Boabdil pensaron que era para entregarles a su hijo Ahmed, el cual meses antes viajó hasta el Castillo del Conde de Cabra como cautivo. Boabdil y Morayma salieron enseguida desde Almería, hasta Córdoba, con la esperanza de recuperar a su hijo. Junto a ellos cabalgaban ocho fieles soldados de su ejército.

Tras un fatigoso viaje fueron recibidos en el Castillo de Baena por el Conde de Cabra, quien invitó a Boabdil y a Morayma al pequeño Salón de reuniones. Hasta llegar a dicho salón, tuvieron que pasar varios pasillos y escaleras, por los cuales Morayma iba poniendo todos sus sentidos esperando escuchar la voz de su hijo Ahmed.

Al cabo de unos minutos, los Soberanos llegaban al Salón de reuniones con el pequeño Ahmad cogido de la mano de la Reina Isabel. Morayma corrió hasta su hijo, y cogiéndolo entre sus brazos comenzó a dar vueltas con el pequeño entre sus brazos, mientras lloraba de alegría sin dejar de repetir una y otra vez:

—Mi hijo, mi hijo…

Tras aquella eufórica alegría de Morayma, el Rey Fernando pidió que se sentaran todos.

—Debes de tener paciencia, querido Boabdil. Volverás a ser Sultán de Granada. Pues tengo todo dispuesto para ello. Solo quiero que me des tu palabra de que cuando vuelvas a ser Sultán de Granada, los tributos que concedas a la Corona Soberana serán llevados a cabo en el plazo que se optime oportuno. Que no volveréis a invadir ninguna Plaza cristiana y que me haréis entrega del «Lucel» —dijo el Rey Fernando.

—Pasarán siglos para que el «Lucel» salga de la Alhambra —afirmaba Boabdil con voz pausada.

—¿Quién dice tal barbaridad? —preguntó enojado el Rey Fernando.

—Todo está escrito —respondió Boabdil.

Durante unos instantes el único sonido de la sala de reuniones del Palacio de Baena, fueron el eco de las respiraciones aceleradas de todos los allí presentes, excepto el pequeño Ahmad que permanecía acurrucado en el regazo de su madre.

—Está bien, ayudaré de todos modos para que vuelvas a ser Sultán de Granada —dijo el Rey Fernando, rompiendo el silencio de la sala—. Ahora debes volver a Almería y preparar a tu ejército. Yo prepararé al mío.

—¿Podemos llevarnos a nuestro hijo? —preguntó Morayma dirigiéndose a la Reina.

—Tu hijo, al que llamo «El Infantico», se quedará con nosotros hasta que seáis de nuevo Sultanes de Granada. Debes de comprenderlo. Además estará más seguro con nosotros —dijo la Reina.

—Pero… ¡Si le estamos dando nuestra palabra! —suplicaba Morayma.

—Querida, en las guerras las palabras tienen poca relevancia. Yo cuidaré de vuestro hijo, como si fuera mío. Os podéis ir tranquila —dijo la Reina mientras arrebataba al pequeño llorando del regazo de Morayma.

Con todo el dolor de la separación del pequeño Ahmad, Morayma partió con su esposo y los ochos soldados, de vuelta para Almería. Con la ilusión puesta en todo momento en recuperar a su hijo lo antes posible.

60

La ira y la locura iban enfermando el cuerpo de Muley Aben Hacen, hasta el punto de no poder seguir gobernando Granada. Las noches eternas y los días fríos en el Palacio de la Alhambra iban entristeciendo el bello rostro de la Sultana Zoraya. Pero todo cambiaría una agradable mañana de primavera, cuando llegaba hasta el Palacio un correo cristiano con una carta para la Sultana Zoraya.

Estimada Sultana Zoraya:

Me dirijo con esta carta, como Soberana y cristiana, al igual que Usted. Pues aunque se haya casado con un musulmán sigue siendo cristiana para los ojos de Dios. Tengo noticias de que vuestro esposo, mantiene una delicada salud que le impide seguir gobernando con cordura y entereza el Reino de Granada. Pasados siete días con sus noches, después de que halla recibido esta carta, llegaré con mis hijos al Castillo de Alcalá la Real. La propuesta que le haré creo que será de su interés y provecho.

Espero acepte mi invitación a dicha reunión en Alcalá la Real. Su presencia será un honor para la corte Soberana.

REINA ISABEL LA CATÓLICA

61

Pasados nueve días de la lectura de la carta enviada por la Reina Isabel, la Sultana Zoraya, llegaba al Palacio de Alcalá la Real. La acompañaban su doncella de confianza y cinco soldados del Palacio de la Alhambra.

Tras ser recibida por la Reina Isabel, la Sultana Zoraya fue alojada en una de las mejores habitaciones del Palacio. Durante dos días como invitada de honor, se creó un vínculo de amistad entre la Reina Isabel y la Sultana Zoraya.

Años después, se supo por la doncella que acompañó a la Sultana Zoraya, que en aquel viaje a Alcalá La Real, la Reina Isabel prometió a la Sultana una protección incondicional si colaboraba para que los Reyes Católicos reinasen en Granada. A cambio se le haría dueña de grandes extensiones de tierras y bienes, un considerable tributo anual y otorgarle a sus hijos los títulos de infantes de España.

Tras la breve estancia en Alcalá la Real y reflexionando la propuesta de la Reina Isabel, la Sultana Zoraya convenció a su esposo Muley Aben Hacen para salir de Granada. Tomando como pretexto la enfermedad que el Sultán padecía. Zoraya se sale con la suya y comienza a mandar todos los tesoros del Palacio de la Alhambra hasta la Alcazaba de Almuñécar, utilizada hasta entonces como residencia de verano.

Semanas más tarde y agravado de las dolencias abdominales que lo iban consumiendo, el Sultán Muley Aben Hacen salió de Granada besando la puerta de la Justicia a su paso, camino de Almuñécar. Durante todo el viaje fue deteniendo su mirada en cada montaña, en cada árbol y piedras del camino. Pues presentía que no volvería a ver nada de aquello, ni volvería a pisar la Alhambra vivo.

El carruaje donde viajaban el Sultán, Zoraya y sus dos hijos, era seguido por dos carruajes más. En ellos viajaban cocineros, doncellas, niñeras y un médico. Tras los carruajes cabalgaban diez nobles corceles montados por los mejores soldados del Palacio de la Alhambra.

62

Los Reyes Católicos tenían todo preparado para atacar Granada, en cuanto Zoraya abandonase la Alhambra. Pero para sorpresa de los Soberanos, el hermano del Sultán Muley Aben Hacen, apodado El Zagal se les adelantó, autoproclamándose Sultán de Granada. Nada más abandonar Zoraya y su familia la Alhambra, lo primero que hizo el Zagal, nada más entrar en el Palacio de la Alhambra, fue recorrer estancia por estancia, sótanos, pasadizos… en busca del «Lucel».

Día y noche más de cincuenta sirvientes buscaron por cada rincón del Palacio sin suerte alguna. Solo hallaron cinco monedas de oro en uno de los aposentos destinados a los sirvientes. Acto seguido el Zagal ordenó cortar la cabeza de cuantos sirvientes dormían en dicha estancia para que sirviese de aviso a lo demás.

Endemoniado por no haber encontrar el «Lucel», el Zagal pensó que Zoraya podía habérselo llevado a Almuñécar. Donde la destronada Sultana Zoraya y su esposo Muley Aben Hacen se habían retirado.

Acompañado por diez de sus mejores soldados, el Zagal partió para Almuñécar con la codicia escrita en su mirada. Una vez en la Alcazaba de Almuñécar, y sin que diese tiempo a ser anunciada su presencia ante la Sultana Zoraya, el Zagal se posicionó en el Jardín de los Estanque de la Alcazaba. Donde la Sultana Zoraya cortaba unas rosas blancas del jardín.

—¿A qué venís, quizá a ver cómo agoniza vuestro hermano? —preguntó Zoraya con frialdad.

—Ahora, yo soy el Sultán de Granada y me obedeces respeto. Vengo para llevarme a mi hermano al Castillo de Salobreña —contestó el Zagal.

—Vuestro hermano está aquí bien atendido. ¡Dejad que muera dignamente! —suplicó Zoraya.

—¿Habláis de dignidad, cuando lo que habéis hecho es volverlo loco, para adueñaos de sus tesoros? —preguntó el Zagal.

—¿Sólo os importan los tesoros? —preguntó Zoraya.

—Lo mismo que a vosotros —respondió el Zagal, mientras se acercaba hacia Zoraya. Luego puso sus manos en el cuello de ella con intenciones de matarla—. ¿Dónde tienes escondido el «Lucel», maldita cristiana?

—Yo no tengo el «Lucel» —dijo Zoraya con dificultad para hablar, mientras las manos del Zagal continuaban apretando cada vez más fuerte el cuello de ella.

—¿Dónde tienes el «Lucel»? —preguntó el Zagal de nuevo, con la locura escrita en su rostro. Luego la cogió del pelo y fue arrastrándola hasta el estanque más cercano del jardín. Allí metió y sacó la cabeza de Zoraya una y otra vez hasta comprobar que la cristiana, como él la llamaba, no sabía donde estaba el «Lucel».

—No sé dónde está, os suplico que me dejéis vivir por mis hijos —suplicaba Zoraya mientras lloraba.

Tras quitar las manos del cuello de Zoraya ordenó:

—Llevaré a mi hermano al Castillo de Salobreña, allí nos espera uno de los mejores médicos de Granada. Vuestros hijos y tú vendréis a Granada conmigo—. Concluyó el Zagal.

En aquel instante Zoraya, aún llena de codicia, mantenía la esperanza de que alguno de sus hijos podría convertirse en Sultán. Y no en Infantes, como la Reina Isabel le había prometido.

—Está bien, iré con mis hijos a Granada —respondió Zoraya.

—Será mejor que llevéis con vosotros los tesoros que os halláis traído —ordenó el Zagal.

A la mañana siguiente, Zoraya salía de la Alcazaba de Almuñécar con sus dos hijos y su moribundo esposo Muley Aben Hacen. Tras ellos, desfilaban el Zagal y el séquito de sirvientes y soldados que había en la Alcazaba de Almuñécar.

A escondidas del Zagal, Zoraya dejó en Almuñécar parte de los tesoros que habían viajado con ella desde Granada. Pues pensó que si las cosas no marchasen bien, su futuro estaría asegurado con los tesoros que un día dejó en los subterráneos de la Alcazaba de Baeza y los que ahora dejaba en Almuñécar.

A la altura de Salobreña, el Zagal ordenó a cuatro de sus soldados que llevasen a Muley Aben Hacen hasta el Castillo de Salobreña. Al alejarse el carruaje que transportaba el cuerpo moribundo del Sultán, escoltado por los cuatro soldados, resbalaron lágrimas sobre el rostro de Zoraya mientras su corazón encogido dejaba salir de su ser un suspiro de dolor. Pensó que no volvería a ver con vida al Sultán que enloqueció por ella, al Sultán que la veneraba, al Sultán que había dado todo por ella. Entonces se dio cuenta de que lo había amado siempre. Y ahora que lo estaba perdiendo del todo, lo amaba mucho más. Zoraya abrazó en su regazo a sus hijos, mientras les susurraba:

—Ahí marcha el hombre que me lo ha dado todo y nunca me pidió nada. Con él se marcha parte de mí. Me duele que marche solo, solo, solo…

Zoraya y sus hijos mantuvieron sus miradas fijas en el carruaje que transportaba al moribundo Sultán Muley Aben Hacen, hasta que el Zagal ordenó con un fuerte grito a los cocheros de los carruajes y a los soldados, que continuaran el camino hacia Granada.

63

Bien entrada la noche llegaban hasta Granada el Zagal y todos los que le habían acompañado a la Alcazaba de Almuñécar. Tras ellos y en un carruaje casi inservible viajaba Zoraya con sus dos hijos. A la entrada del Palacio de la Alhambra esperaba el traidor Comixa. El hombre al que Boabdil le había confiado todo.

Comixa fue recibido de inmediato por el Zagal en el Patio de los Leones. Allí entró con el cuerpo arqueado hacia delante pareciendo hacer reverencia. Aunque en realidad eran sus maldades las que le habían ido arqueando la espalda a lo largo de los años.

—Señor, gracias por recibirme —dijo Comixa con la codicia escrita en sus pupilas dilatadas.

—¿A qué vienes? ¿Acaso te manda tu señor Boabdil? —preguntó el Zagal con ironía.

—No señor, ni tan siquiera sabe que estoy en Granada. Pero quizá le interese saber dónde se esconde, ese cobarde —respondió Comixa, esperando hacer un trato con el Zagal.

—¿Cómo sé que me dices la verdad, y no es una estrategia de tu Sultán Boabdil para conquistar Granada de nuevo? —dijo el Zagal.

—Si quiere, me quedaré como prisionero aquí en la Alhambra hasta que vuelva. Si digo la verdad, me entregará un baúl lleno de monedas de oro, si miento cortará mi cabeza —dijo el avaricioso Comixa.

Ante la firmeza y frialdad de aquellas palabras, el Zagal no dudó ni un momento en aceptar el trato del traidor Comixa.

—Está bien, acepto. Quedarás como prisionero en la Alhambra. ¡Ahora dime donde está tu señor Boabdil! —ordenó el Zagal, sin querer perder un instante.

—Boabdil está en la Alcazaba de Almería. Es acogido por el Alcaide. Allí está acompañado por toda su familia —afirmó Comixa.

Nada más oír aquello, el Zagal mandó preparar una comitiva con los mejores soldados de la Alhambra para partir lo antes posible hacia Almería.

Horas después, los mejores soldados de la Alhambra desfilaban tras el Zagal con la palabra muerte escrita en los ojos y un galope vengativo en sus corceles.

Casi dos días después y entrada la noche hicieron una parada en el Castillo de la Rábita, donde el Alcaide de dicha Plaza era amigo incondicional del Zagal.

En el Castillo fueron recibidos con todas las viandas que hicieron cabida en sus hambrientos estómagos. Tras la comida, el Alcaide sugirió a todos que lo acompañasen al Jardín de las Orquídeas. Donde la brisa del mar hacía llegar al olfato de los allí presentes el agradable olor a orquídeas, cuando el agua chocaba con las rocas. Para sorpresa de todos y salidas como de la nada, comenzaron a bailar en el Jardín más de veinte bellas bailarinas, con curvas pronunciadas y sugerentes

movimientos de cadera que subieron la temperatura de todos los reunidos. Incluido el Zagal, a quien el Alcaide le dijo entre carcajada y carcajada.

—Elige la que quieras. Todas tienen los pechos como rocas —dijo el Alcaide.

—La del pañuelo rojo y oro, que tiene unas anchas caderas, ¡ja, ja…! —contestó el Zagal, algo borracho.

—Toda tuya, querido amigo. ¡Disfrútala! —afirmó el Alcaide, al mismo tiempo que hizo una señal para que la joven se acercase hasta el Zagal.

Una vez llegó la bailarina al lado del Zagal, este la sentó en sus rodillas. Luego apartó la larga melena de la joven y comenzó a besarla por el cuello. Los soldados y el mismo Alcaide observaban con envidia al Zagal. Al cabo de un rato de carantoñas, los dos se retiraron a la estancia que el Alcaide había ordenado preparar para el Zagal. Acto seguido, las miradas de todos se volvieron a fijar en las caderas de las demás bailarinas, que no dejaban de bailar.

A la mañana siguiente el Zagal se reunió con el Alcaide de la Rábita en la biblioteca de la Alcazaba. Después de un breve comentario sobre lo que había pasado con la bailarina la noche anterior, el Zagal propuso al Alcaide una gran suma de dinero si lo ayudaba en capturar a Boabdil. Enseguida le apareció al Alcaide el tic nervioso del ojo derecho. Era algo que le pasaba siempre que se hablaba de dinero.

Sin mucho que pensar, el alcaide puso a disposición del Zagal los cien mejores guerreros de los que disponía su Alcazaba.

Dos días después el Zagal, los soldados que había ofrecido el alcaide de la Rábita y los soldados del ejército del Zagal, llegaron a la Plaza de Almería.

64

Luhamad, Alcaide de Almería, había ofrecido a Boabdil las mejores estancias de la Alcazaba de dicha Plaza para que se instalase con su familia el tiempo necesario.

Fue una sorpresa para los soldados que custodiaban la Alcazaba de Almería y cuantas familias residían en ella, cuando el Zagal y su ejército atacaron despiadadamente de madrugada. Para ello se aprovecharon de un desleal soldado al servicio del alcaide Luhamad. El Zagal ofreció a dicho soldado una moneda de oro a cambio de abrir una de las puertas de la Fortaleza. Una vez dentro de la Alcazaba, el Zagal y sus cinco mejores soldados siguieron a dicho traidor hasta la estancia donde dormía el Alcaide Luhamad. Allí, el incansable Zagal desenvainó su afilada cimitarra y sin dudar ni un momento cortó la cabeza del Alcaide, antes de que este pudiese levantarse de la cama. Mientras la cabeza rodaba por el suelo, una de las esposas del Alcaide allí presente, alertaba con sus gritos a los soldados de la Alcazaba. Por lo que el Zagal cortó también la cabeza de dicha esposa y la del traidor que les había abierto una de las puertas de la Alcazaba. Pisando el charco de sangre que habían dejado las tres cabezas desprendidas de sus respectivos troncos, uno de los soldados que acompañaba al Zagal buscó en los bolsillos del traidor, hasta encontrar la moneda de oro que minutos antes le habían entregado.

Los demás soldados que habían acompañado al Zagal desde Granada y La Rábita, asaltaron endiablados la Alcazaba para luchar contra los soldados que protegían la Fortaleza de Almería.

Antes de que el Zagal pasara por el jardín que conducía a la residencia de Boabdil, éste había sido alertado de la invasión del ejército de su tío. Gracias a ello Boabdil pudo escapar a tiempo con un veloz corcel, difícil de alcanzar.

Embriagado de locura, el Zagal se fue adentrando por numerosas estancias de la Alcazaba hasta llegar donde estaba Aixa con sus otros hijos.

—¿A qué venís, no tenéis suficiente con ocupar el trono de mi hijo Boabdil? —preguntó Aixa al Zagal.

—Busco a Boabdil, y será mejor que salga de donde esté —dijo el Zagal.

—Su padre le ha hecho mucho daño y no dejaré que tú también —contestó Aixa.

—¡Dime donde está, maldita! —gritando, dijo el Zagal.

En esos momentos un soldado entró en la estancia para informar que habían visto a Boabdil huyendo en un veloz corcel. El Zagal se encendió de ira y sin pensarlo un momento desenvainó su cimitarra y atravesó con ella el cuerpo de Aben Haxig, hermano de Boabdil. Sin mostrar arrepentimiento, el Zagal sacó la cimitarra ensangrentada del agonizante Aben Haxig y huyó enloquecido con su comitiva y los soldados que el alcaide de la Rabita había puesto a su disposición.

Antes de abandonar la Alcazaba, el Zagal nombró a uno de sus mejores soldados como nuevo alcaide de Almería.

Los gritos de Aixa resonaron en toda la Alcazaba, mientras abrazaba a su hijo Aben Haxig, ya muerto.

—¡Maldito, maldito, maldito… Alá te hará pagar por ello! —repetía una y otra vez Aixa, ahogada en su dolor.

—¡Maldito, maldito…!

65

El Zagal abandonó Almería con una rabia tan grande, que poco a poco todos los músculos de su cuerpo se fueron contrayendo de tal manera que arquearon su espalda, antes de llegar a la Rábita.

Una vez en la Rábita agradeció al Alcaide de dicha Plaza, el favor de haber puesto a su disposición a los valiosos soldados que días antes salieron con él y sus hombres hasta la Plaza de Almería. El generoso Alcaide aceptó el agradecimiento, e invitó al Zagal y sus soldados a un rico banquete, para celebrar la conquista de la Plaza de Almería. Cuando reposaron las ricas viandas cabalgaron hasta Salobreña, donde estaba el moribundo Sultán Muley Aben Hacen.

Casi al anochecer llegaron al Castillo de Salobreña. El Zagal se bajó del corcel a toda prisa y anduvo unos cincuenta metros antes de llegar al aposento donde su hermano reposaba la grave enfermedad que lo mantenía en cama.

Allí, durante unos minutos, el Zagal observó como se iba consumiendo el Sultán que tanto luchó en las batallas, el Sultán que había enloquecido de amor, el Sultán que ya habían olvidado los granadinos. Junto a la cama del agonizante Muley Aben Hacen, estaba Aben, secretario y hombre de confianza del Sultán desde hacía décadas.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó el Zagal.

—Hoy no ha comido nada. Ayer tuvo una leve mejoría, e incluso me dictó su testamento —contestó Aben.

—¿Y donde está ese testamento? —preguntó el Zagal con los ojos desencajados.

—Encima de esa mesa —dijo Aben, mientras señalaba dicha mesa.

El Zagal se abalanzó sobre el testamento. Una vez leído lo rompió en varios trozos, que dejó caer en el suelo con una gozosa sonrisa. Aben se ofendió bastante, al mismo tiempo que recogía los trozos de papel tirados en el suelo.

—Pero… ¿Qué ha hecho? ¡Es su última voluntad! —dijo Aben muy ofendido—. Daré fe de ello a Boabdil —prosiguió Aben mientras continuaba cogiendo los trozos de papel.

Sin dudarlo ni un momento, el Zagal desenvainó su cimitarra para acabar con la vida del fiel hombre que estuvo a las órdenes de Muley Aben Hacen durante décadas. Y sin que le diese tiempo a levantarse, el Zagal clavó su cimitarra en el costado izquierdo de Aben. Tras retorcer la cimitarra varias veces entre las costillas, la sacó y la limpió con una de las cortinas de la estancia y la envainó en su funda. Con paso pausado se fue acercando a la cama donde Muley Aben Hacen, que sin valerse por si solo, miraba el cuerpo sin vida de su fiel Aben. El Zagal cogió uno de los cojines de la cama y asfixió sin reparo a su hermano. Luego salió de la estancia para ordenar a uno de sus soldados que subiesen el cuerpo sin vida de Muley Aben Hacen a uno de los corceles que le acompañarían hasta Granada. Después de cabalgar dos días y dos

noches llegaban a Granada.

Las palabras de duelo, el aliento de lamento y las falsas lágrimas de dolor del Zagal, salieron al llegar a Granada. Donde nada más entrar a la ciudad con su hermano muerto sobre el corcel, utilizó hipócritamente palabras de duelo para recordar a los granadinos el buen Sultán que había tenido Granada. Llegando incluso a conmocionar con su falsa palabrería a muchos ciudadano. Entre llantos y lamentos a las puertas de la ciudad, llegó Zoraya acompañada por dos doncellas del Palacio de la Alhambra. Al ver el cuerpo del Sultán muerto sobre el corcel, sin tapar y con las extremidades arañadas por los zarzales del camino, Zoraya lloró aún más si cabe.

—¿No os da pena traer a vuestro hermano muerto, Sultán de Granada, como a un perro? ¿Acaso no hay carruaje digno en el lecho de su muerte, para el que ha sido digno de elogios y alabanzas con un pueblo? —dijo Zoraya dolida.

Tras aquellas palabras, los granadinos que rodeaban el corcel donde colgaba el cuerpo sin vida del Sultán comenzaron a cuchichear sobre aquellas palabras. Y dando la razón a Zoraya, varios de los hombres reunidos se acercaron hasta el corcel en un silencio absoluto. Cogieron el cuerpo muerto del Sultán. Y antes de que comenzaran a caminar con él hasta el Palacio de la Alhambra y ante el asombro de todos, Zoraya se quitó el velo que cubría su cabeza para ponerlo sobre rostro de su esposo. Hasta llegar al Palacio de la Alhambra, una gran cadena de hombres llevó durante unos metros entre sus brazos el cuerpo sin vida del Sultán, que debió tener un cortejo fúnebre digno de un Sultán.

Tras tres día de luto, el Sultán fue llevado muy a pesar del Zagal, hasta el pico mas alto de las montaña de Granada. Allí fue enterrado, tal y como él siempre había pedido.

—Cuando me vaya de este mundo, enterrad mi cuerpo en la «Cumbre». Allí estaré más cerca de Alá y podré seguir viendo mi Granada —fueron las palabras que siempre repetía el Sultán cuando hablaba de su muerte.

66

Al mismo tiempo que el Sultán Muley Aben Hacen era enterrado en la «Cumbre», los Reyes Católicos celebraban la «Campaña» en el Valle del Guadalquivir. Una fiesta para recordar sus victoriosas conquistas. Como era costumbre en cada «Campaña», no faltaban las perdices y codornices asadas, demás del buen vino. Entre los invitados había diez caballeros ingleses, de los cuales cinco participaron en una competición de caza capitaneada por el Rey Fernando. Y siendo el ganador de aquella cacería un inglés que hizo poner celoso al Rey Fernando, con sus repetidos elogios a la Reina Isabel. También desfilaron valientes caballeros de las más orgullosas casas de España con sus mejores corceles a dos patas… y un sinfín de acontecimientos inesperados.

Días después de que los cristianos celebrasen la «Campaña» en el Valle del Guadalquivir, Granada se dividía en dos grupos tras la muerte de Muley Aben Hacen. En uno se encontraban los que querían que continuara el Zagal siendo Sultán de Granada y en el otro grupo los que preferían que volviese a reinar Boabdil.

Para poner orden a los inútiles enfrentamientos, que solo servían para crear más tensión y derramar sangre en vano, llamaron al Santón del Sacro Monte. Los ciudadanos lo consideraban gran sabio y creían en que tomaría la decisión más acertada para todos. Semanas antes de que los ciudadanos se reuniesen en la Plaza Mayor para recibir al Santón, el Zagal envió un emir hasta Almería para avisar a Boabdil sobre la necesidad de su presencia en Granada. Antes de reunirse con el Zagal en Granada, Boabdil viajó hasta Córdoba donde fue recibido por el Rey Fernando. Tras saber que su hijo estaba bien, Boabdil mantuvo una larga y privada charla con el Soberano, que duró más de cinco horas. Algunos sirvientes afirmaron haber oído que el Rey Fernando amenazó a Boabdil con no devolverle jamás a su hijo si desobedecía las pautas que los Soberanos creyesen oportunas. Verdad o no, Boabdil partió destrozado hacia Granada para seguir las pautas que el Rey Fernando le había dicho.

Al llegar a Granada, acompañado por los soldados que habían ido con él a Córdoba, Boabdil pudo sentir el calor de la gente. Al mismo tiempo que era abucheado por la minoría de seguidores del Zagal.

67

A medio día llegaban a la Plaza Mayor de Granada, Boabdil y el Zagal, acompañados por sus respectivos seguidores para escuchar las sabias palabras del Santón. Dicho Santón estaba en el centro de la Plaza con la cabeza levantada hacia el infinito y los brazos en cruz. La multitud que seguían a Boabdil y al Zagal los fueron empujando hasta posicionarlos ante el Santón. Una vez los tres en el centro de la Plaza Mayor, el Santón les hizo una pregunta mientras juntaba las manos de ambos con las suyas:

—¿Qué desean vuestros corazón? —preguntó el Santón.

—Muchas Plazas de Granada me pertenecen, por lo que estoy dispuesto a dejar Granada a mi sobrino a cambio de una gran suma de dinero y Plazas de siembra.

—Y tú joven Boabdil, hombre de mirada noble. Tú que eres fuerte, tienes descendencia y amas Granada, ¿qué deseáis realmente? —preguntaba el Santón.

—Quiero proteger a mi pueblo y a mi familia por encima de todo —contestó Boabdil.

—Entonces repartid las Plazas. Y hacedlo con el corazón. ¡Que Alá os proteja! —aconsejó el Santón.

Luego el Santón se dirigió a los ciudadanos con sus sabias palabras:

—Vosotros debéis enterrar las discordias, pues a todos os protege el mismo techo. Alá es justo para los justos, pero también es castigador para los que obren de mala fe. En vuestros hechos está vuestro futuro. Lo que sembréis, recogeréis.

El silencio reinó en la Plaza Mayor durante unos momentos. Luego Boabdil y el Zagal fueron repartiéndose las Plazas ante todos los granadinos reunidos allí. El primero en elegir fue el Zagal, quedándose pues con Vélez, Málaga, Almería, Almuñécar y para sorpresa de todos Granada. Boabdil se quedaba con las Plazas menos relevantes de Granada y la Plaza de Loja, aunque con la esperanza de Conquistar Granada.

El Santón, que había visto nacer a Boabdil, quiso advertirle de lo que le vendría en un futuro cercano. Y acercándose al oído le dijo:

—Recuerda lo que voy a decir, querido joven: «Sé soberano o esclavo, mas no las dos cosas», —y poniendo el Santón sus manos sobre los hombros de Boabdil prosiguió—. No creas en la palabra del hombre cobarde y traicionero que amenaza con niños de por medio. Mas por bueno que este fuera, la locura, la avaricia o la desesperación pueden enturbiar su mente, quedando así vanas sus palabras. Debes de escuchar tu corazón. No lo olvides, porque intentarán hacer daño con lo que más queréis—.

Tras las palabras del Santón, Boabdil quedó inquieto y reflexivo unos segundos.

Cansados de tanto cambio e incertidumbre, los granadinos aceptaron el acuerdo del Zagal y Boabdil. Volviendo así a sus hogares con la esperanza de que no se volviese a derramar más sangre inocente.

Boabdil se dirigió hasta Almería sin dejar de pensar en las palabras del Santón. «Soberano o esclavo, soberano o esclavo…», y así hasta llegar a la Alcazaba de Almería. Allí encontró a Morayma encorvada en un rincón de la estancia donde dormían, acunando un traje de su hijo mayor. El hijo que los Reyes Católicos retenían en Córdoba. Morayma no podía ver a su hijo, sus manos no podían acariciarlo, sus labios no podían besarlo y por dentro sentía estar muriendo de angustia. La peor de las pesadillas para una madre. ¿Como serían sus días y sus noches al lado de los Soberanos? ¿Quién socorrería a su hijo ante cualquier pesadilla? Su corazón partido dejaba salir cuanto llanto quiso asomar por sus preciosos ojos, ahora apagados y doloridos. Separada de las entrañas de su vientre.

Boabdil abrazó a su esposa en el silencio de la noche, mientras recordaban la sonrisa y el llanto de su hijo Ahmad. Poco a poco, el sueño venció a Morayma. Boabdil la cogió en brazos y la echó sobre la cama con delicadeza. Luego se fue para el robusto escritorio de la estancia. Sobre dicho escritorio solo se habían escrito amargas cartas. Boabdil escribió una más. Una carta al Rey Fernando, que mandó al amanecer con un emir de la Alcazaba de Almería, para que la llevase hasta Córdoba.

68

Tras la lectura de la carta que Boabdil mandó con un emir hasta Córdoba, los Reyes Católicos se enfurecieron bastante al enterarse que el Zagal se había quedado con las mejores Plazas.

—¡Nunca conquistaremos Granada si seguimos confiando en Boabdil, pues hacen con él lo que quieren! —dijo la Reina Isabel.

—¡Seguiremos conquistando por nuestra cuenta las Plazas que quedan gobernadas por los musulmanes! —dijo el Rey Fernando.

—Aunque tampoco debemos de prescindir de Boabdil, pues nos puede ayudar a conquistar Granada —añadió la Reina Isabel—. Reúne lo antes posible a todos los soldados y caballeros que creas conveniente.

A las pocas semanas todo estaba preparado para la definitiva Reconquista de los cristianos, en tierras nazaríes. Entre el seleccionado ejército que el Rey Fernando reunió, se hallaba un Conde Inglés. Al parecer dicho Conde había pretendido a la Reina Isabel, años antes.

El Rey ordenó comenzar la Reconquista por la Plaza de Loja. Nada más enterarse Boabdil de aquello, se trasladó urgentemente hasta dicha Plaza, a la espera de que llegase el Rey Fernando y entregarle la llave de la Plaza de Loja. Pero la desilusión de Boabdil, mientras se acercaba a la Plaza con diez de sus soldados, hizo sombra en su rostro al ver a los soldados cristianos avanzar hacia las murallas despiadadamente. Matando sin piedad a quien encontraban. Boabdil no estaba preparado para aquel tipo de batalla. Los cristianos ganaron la batalla, mientras que la mayoría de musulmanes que habitaban tras las murallas abandonaban la Plaza de Loja para marcharse a Fez. Los restantes musulmanes se quedaron en España tras aceptar su conversión al cristianismo.

A las puertas de Loja, Boabdil tuvo que armarse de endereza mientras observaba los pasos de los musulmanes que partían hacia un futuro incierto.

La reverencia de Boabdil ante el Rey Fernando, en la puerta principal de la Plaza de Loja, hizo que se convirtiera de forma inconsciente en Vasallo.

—Loja pertenece por fin a los cristianos —dijo el Rey Fernando.

—Yo se la hubiese entregado sin derramar ni una sola gota de sangre —añadió Boabdil.

—Es difícil creer esas palabras, en tiempos de guerra —contestó el Rey Fernando.

—Le he entregado a mi hijo, creo que son más que palabras —dijo Boabdil.

El Rey Fernando quedó callado con aquella contestación, queriendo quitar importancia a lo sucedido.

—Yo te ayudaré a conquistar el Reino de Granada —afirmó el Rey Fernando.

Boabdil presintió que aquellas palabras no eran sinceras y que algo se ocultaba.

Pero la esperanza de recuperar a su hijo, hizo que aceptase cuanto dijesen los Soberanos. Así que, partió enseguida para Almería, a la espera de nuevas noticias del Rey Fernando.

Nada mas llegar Boabdil a la Alcazaba de Almería, le fue entregado un correo que había traído un emir del Zagal. Dicho correo ordenaba a Boabdil que abandonase de inmediato la Alcazaba de Almería. Las cosas iban de mal en peor.

A los pocos días de aquella petición Boabdil y su familia, seguidos por varios sirvientes y una decena de soldados, partieron hasta la Alquería de Narila. Justo a los pies del nacimiento del río Guadalfeo.

Enseguida Boabdil avisó al Rey Fernando de su nueva residencia, por si decidía entregarle a su hijo Ahmed.

Pasaban los días y Boabdil esperaba el emir cristiano que el Rey Fernando le había prometido enviar con los pasos a seguir, si quería recuperar a su hijo. Mientras tanto y para dar a la Alquería de Narila más frescura, Boabdil mandó plantar numerosos y variados árboles. Siendo a la sombra de uno de ellos donde coronarían años después a Aben Humeya, Rey.

Las mujeres de la Alquería de Narila se reunían dos veces al día con Morayma y Aixa para orar y pedir que el pequeño Ahmad fuese devuelto a sus padres lo antes posible, pues aún seguía como rehén en manos de los Reyes Católicos.

Una soleada mañana llegaba hasta la Alquería de Narila el traidor Comixa, el cual tenía engañado a Boabdil con sus zalameras palabras. Dentro de la Alquería y en el jardín del «Viento», Comixa contaba a Aixa el cautiverio en el Palacio de la Alhambra al que el Zagal lo había sometido.

—El Zagal no es hombre de fiar, querida Sultana —dijo Comixa.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Aixa.

—Yo creo que quiere traicionar a Boabdil —afirmó Comixa.

—Quien acusa a otro, aunque sea verdad, se acusa de igual modo como al que delata. ¡Tenga cuidado con sus palabras, y aún más con mi hijo! Pues el corazón de Boabdil es tan grande que perdonarle, incluso podría, si usted faltase a su lealtad. Más piense que yo no soy tan blanda como él —decía Aixa mientras la cara de Comixa iba palideciendo.

En aquel embarazoso instante, para el traidor Comixa, entró en el jardín del «Viento», Boabdil.

—Apreciado Comixa, ¿dónde os habéis metido? Temía por vuestra vida, pues os creí incluso muerto —preguntó Boabdil, alegrándose por verlo.

—Vuestro tío, el Zagal me ha tenido prisionero —dijo Comixa, intentando causar pena.

—¡Ese maldito…! —dijo Boabdil enfurecido.

—¡No maldigas hijo de mis entrañas, pues quien maldice se vuelve ciego en su camino! —ordenó Aixa, mientras se disponía a retirarse—. Hijo, espero verte a solas en la sala de té lo antes posible —y haciendo un pequeño gesto con la cabeza se

despidió de Comixa.

Al cabo de un buen rato Boabdil llegó a la sala de té. Allí lo esperaba Aixa algo enfadada.

—Madre, creo que se para qué me llamáis. Pero dejadme decíos que Comixa es hombre fiel —afirmó Boabdil.

—Temo decirte que no estoy de acuerdo contigo. He visto en su mirada la codicia escrita con sangre. Y en el temblor de sus palabras he podido oír la mentira y deslealtad hacia ti y hacia el Reino de Granada. No debes de confiarle secreto alguno. Mantenlo a tu lado cuanto quieras, pero que no sepa nunca si avanzas con el pie derecho o con el pie izquierdo —aconsejó Aixa, a la vez que acariciaba el rostro de su hijo—. Cree en las palabras de la mujer que te ha dado la vida. Pues te quiero tanto hijo mío, que sería capaz de cualquier cosa con tal de protegerte.

—Seré prudente, madre —contestó Boabdil. Luego añadió—. Comixa se ha ofrecido para ayudarme a liberar a mi hijo Ahmad.

—Por muy buena predisposición que parezca tener, ¡desconfía de ese hombre, te lo ruego! —Algo enfadada y subiendo el tono de voz, prosiguió—. He visto en él la avaricia vestida de lealtad. He visto como se frotaba las manos mientras hablaba. ¡Hazme caso, desconfía de él si quieres recuperar a tu hijo!

70

A pesar de las advertencias que Aixa hizo a su hijo, referentes al cuidado que debía tener con Comixa, Boabdil se dejó embaucar con las zalameras palabras de tan falso traidor. El cual prometió a Boabdil que le ayudaría a recuperar al pequeño Ahmad. Días más tarde y en contra de la opinión de Aixa, Boabdil envió a Comixa ante los Soberanos para negociar lo antes posible que devolviesen al pequeño Ahmad junto a su familia.

Comixa viajó hasta Córdoba, donde los Reyes Católicos residieron unos años hasta Conquistar todas las Plazas de España que quedaban gobernadas por Nazaríes. Nada más llegar a Córdoba el alevoso Comixa fue recibido por Hernando de Zafra, uno de los mejores secretarios que tenía el Rey Fernando. Tras un cortés saludo, Comixa siguió a Hernando de Zafra hasta una fría estancia subterránea de las cientos en las que descansaba el Palacio. Allí fue escuchado durante más de dos horas. Entre armaduras y escudos viejos. Enrolladas alfombras cubiertas de polvo y un par de librerías repletas de pergaminos apolillados. Comixa fue explicando entre estornudo y estornudo, una estudiada estrategia que permitiría a los Soberanos conquistar Granada. Mientras tanto, Hernando de Zafra no dejaba de igualar su parche del ojo izquierdo. El cual había perdido por defender el honor y la honra de una de sus hermanas, ante las calumniosas palabras que dos arrogantes y atrevidos caballeros hicieron a la joven.

Tras escuchar a Comixa, Hernando de Zafra fue directo al grano:

—¿Qué queréis de todo esto? —dijo Hernando de Zafra.

—Quiero unas cuantas tierras de la Alpujarra de Granada y la palabra de los Soberanos, afirmando que me dejarán vivir tranquilo —contestó Comixa.

—Lo hablaré con sus majestades. Recibirá en breve mi contestación —dijo Hernando de Zafra mientras estrechaba la mano de tan desleal persona.

Una vez hubo abandonado Comixa el Palacio de Córdoba, Hernando de Zafra fue recibido por el Rey Fernando en su despacho. Tras contarle todo lo que le había propuesto Comixa para destronar de una vez por todas a Boabdil y al Zagal, el Rey contestó:

—¡Cómo puedo fiarme de las palabras de ese hombre, si es capaz de traicionar a su propio amo! Utilizadlo para lo que queráis, mas los Soberanos no pactan con tan mundana especie. La Reina Isabel y yo seguiremos con las conquistas que quedan, hasta que luzcan banderas cristianas en todas las Plaza de España.

De regreso a Narila, el traidor Comixa fue mintiendo sobre lo que había hablado en Córdoba con el secretario del Rey Fernando, Hernando de Zafra. Comixa dijo a Boabdil que los Reyes entregarían al pequeño Ahmad en breve… y muchas más mentiras. Creyendo aquella sarta de mentiras, Boabdil esperaba cada día impaciente la entrega de su hijo Ahmad.

Mientras tanto los Reyes Católicos, aventajados ante la quietud de Boabdil, siguieron conquistando numerosas Plazas de Granada. Entre ellas se hallaban las de Illora y Moclín. Los alcaides de dichas plazas eran dos hermanos moros, que tras rendirse ante los Reyes Católicos, se unieron al ejército del Zagal. Y con la desgracia de morir ambos en la batalla de Pinos Puente. Una batalla en la que se encontraron rodeados por los más valerosos caballeros cristianos a las órdenes del Marqués de Cádiz y el Maestre de Santiago. Tras ellos y en sus arrogantes corceles marrones cabalgaban el Conde de Cabra y su hermano, Don Martín de Córdoba. Pero no fueron ninguno de ellos los que atravesaron los cuerpos de los dos hermanos moros, sino el hijo natural del Duque de Villahermosa, llamado Don Juan de Aragón y Conde de Ribagorza. Tras la muerte de los dos hermanos, antiguos alcaides de Moclín e Illora, el Marqués de Cádiz ordenó a dos de sus soldados que enterrasen los cuerpos de tan valerosos hombres. Se supo del enterramiento de los dos hermanos, por un soldado moro que se mantuvo escondido tras unos matorrales durante y después de la ejecución. Tras contar lo sucedido a los familiares de los dos hermanos asesinados, dichos familiares mandaron hacer una lápida de mármol blanca con las inscripciones:

«Aquí fallecen los dos hermanos, alcaides de Illora y Moclín, que derramaron su sangre por Granada».

Tras la conquista de Moclín e Illora, Granada quedó desprotegida. Aprovechando dicha conquista y la ausencia de sus ejemplares alcaides, el ejército cristiano entró en Granada. Multitud de caballeros invadieron el Palacio de la Alhambra. Siendo el cristiano, Don Juan de Vera, mano derecha del Rey Fernando, quien acorralase en un cruce de cimitarras y en el mismísimo Patio de los Leones del Palacio de la Alhambra, al Zagal, entonces Sultán de Granada. Cuando Dº Juan de Vera se disponía a atravesar el cuerpo cansado del Zagal, hizo su aparición en el Patio de los Leones el Rey Fernando.

—¡Dejadle! —ordenó el Rey—, ¡retiraos!

Don Juan de Vera abandonó el Patio de los Leones apretando con todas sus fuerzas la cimitarra que llevaba entre sus manos, al mismo tiempo que se arrepentía de no haber atravesado con ella el cuerpo del Zagal, y así acabar de una vez por todas con los musulmanes. Enseguida llegaron media decena de soldados moros con la intención de defender al Zagal, pero este les dijo que se fueran.

Sultán moro y Rey cristiano conversaron durante más de una hora sobre el destino

de Granada, la última fortaleza de España gobernada por los moros.

—Sé que queréis el «Lucel», y por ello habéis conquistado sin piedad cuantas Plazas han hecho falta hasta llegar aquí. Pero debéis saber que aquí no está. Mi sobrino Boabdil lo tiene consigo —afirmó el Zagal.

—De ser así, y viendo que Granada está siendo conquistada por nosotros los cristianos, os propongo que salgáis de España. Os compraré vuestras tierras y el viaje a Fez —dijo el Rey Fernando.

—¿Y…, cuánto me ofrecéis? —insinuó el Zagal.

—Os ofrezco dos millones de maravedíes por vuestras tierras y el viaje a Fez —dijo el Rey con voz rotunda.

—Son veintitrés Plazas, además de Andarax y Lecrín. Me parece que valora poco esas tierras. Si quiere que me vaya de España no será por menos de cinco millones de maravedíes, la libertad de los moros que tiene en cautiverio y el viaje a Fez de cuantos quieran venir conmigo. También pido que a la Sultana Zoraya, esposa de mi difunto hermano, se la trate con respeto. Tanto si quiere venir a Fez como si quiere quedarse en España. ¡A ella y sus dos hijos! Creo que es todo un regalo para lo que quedará en sus manos —propuso el Zagal, mientras se dirigía hacia la Fuente de los Leones. Luego puso una mano sobre uno de los Leones—. Será la última vez que toco estos Leones si está de acuerdo con mi oferta. Concluyó el Zagal.

Durante unos instantes el silencio reinó en aquel hermoso patio, mientras los chorros de agua que salían por la boca de los Leones de la Fuente, entremezclaban palabras y sonidos musicales de otras épocas.

—Está bien, acepto su propuesta y espero que su salida sea lo antes posible. Mandaré a mis hombres que reúnan a todos los cautivos moros. En lo referente a la Sultana Zoraya y sus hijos, la Reina Isabel se ocupará de ello lo mejor que pueda. Mi escriba redactará la compra de sus tierras y la renuncia que usted hace al firmar dicho documento, —acabó diciendo el Rey Fernando.

Luego estrecharon sus manos, para cerrar dicho acuerdo.

A las pocas semanas del acuerdo entre el Rey Fernando y el Zagal, los cautivos moros retenidos en los subterráneos del Castillo de Alcalá la Real fueron trasladados hasta el Castillo de Salobreña. Una veintena de niños huérfanos musulmanes quedaron bajo la tutela de algunos cristianos allegados a los Soberanos.

Pasado un mes llegaron a Salobreña siete embarcaciones cristianas, capitaneadas por distinguidos caballeros cristianos. Caballeros que habían consagrado sus vidas al mar. Repartidos en las siete embarcaciones fueron embarcando los cautivos moros y el Zagal, acompañado por su servidumbre y algunos soldados que le quisieron seguir. Conforme las embarcaciones partían hacia Fez, los moros que zarpaban en ellas fijaban sus miradas hacia el peñón de Salobreña y su Castillo. Queriendo con ello grabar aquella imagen en sus mentes para siempre, ya que sabían que no volverían jamás a Granada.

Después de varios días en el mar, las siete embarcaciones llegaban a Fez. Allí conforme iban desembarcando eran acogidos por familiares cercanos, la mayoría de ellos dedicados a la fabricación de alfombras. En cambio el Zagal no encontró a nadie esperándolo. Comenzó a caminar hasta una de las posadas más cercanas. Tras él, los sirvientes y soldados que había tenido a su cargo en el Palacio de la Alhambra. Todos cargaban sobre sus espaldas los tesoros que el Zagal pudo echarles.

A la mañana siguiente de su llegada, el Zagal y su séquito descansaban en la posada de Dhatil. Cuando inesperadamente fue visitado por uno de los secretarios del Sultán de Fez. El secretario, gordo y con un enorme bigote, entregó en mano al Zagal una breve carta escrita por el mismísimo Sultán:

Tras enterarme de su llegada a Fez me es grato invitarle a mi Palacio, donde será recibido con la distinción que merece. Espero en breve su visita.

El Sultán de Fez

Sin esperar ni un momento, el Zagal ordenó a su séquito que lo esperasen en la posada hasta que regresase. Antes de abandonar la posada pensó que probablemente los sirvientes huyesen con los tesoros, de modo que ordenó que lo siguieran hasta el Palacio con los tesoros a cuestas. Allí el Sultán de Fez lo recibió con un suculento banquete. Comieron y bebieron mientras el Zagal contaba sus hazañas en España, y todos los tesoros que se había traído. Además de los cinco millones de maravedíes que escondía en su cintura. La noche se echó encima y el Sultán de Fez ofreció una de las mejores habitaciones del Palacio a tan distinguido invitado. Los tesoros fueron llevados a la estancia que habían preparado al Zagal, y los sirvientes y acompañantes fueron alojados en unas mugrientas estancias de los sótanos del Palacio, donde hacía

años que no entraba nadie.

A la mañana siguiente, el Zagal y su séquito yacían muertos. Habían sido envenenados con la comida. Mientras unos soldados moros al servicio del Sultán de Fez se deshacían de los cuerpos, el Sultán admiraba los tesoros con los que el Zagal había llegado al Palacio. Luego se tumbó sobre los cinco millones de maravedíes que el Rey Fernando le había pagado al Zagal, a cambio de las tierras y Plazas de Granada.

73

Al mismo tiempo que el Zagal agonizaba en Fez, el Rey Fernando se disponía a instalarse en el Palacio de la Alhambra con una numerosa comitiva. Aún no había llegado al Palacio cuando la discordia se desataba con los musulmanes y judíos de Granada. Reacios todos ellos a que el Zagal hubiese vendido las plazas y la Alhambra a los Soberanos. Poco a poco se fueron agolpando al paso de los cristianos para defender sus bienes. Ante los amenazantes gritos de judíos y musulmanes el Rey Fernando y su comitiva, desistieron en avanzar y se retiraron a la Plaza de Moclín. Desde allí mandó un correo hasta la Alquería de Narila, donde Boabdil esperaba impaciente los pasos a seguir para recuperar a su hijo Ahmad.

Su Majestad Dº Fernando y Soberano de Castilla:
Pide vuestra presencia lo más urgente posible en la Plaza de Moclín.
Su Majestad, Dº Fernando

Nada más acabar de leer el mensaje del Rey Fernando, Boabdil preparó su corcel y partió con cuatro de sus hombres hasta la Plaza de Moclín. Allí fue recibido por el Rey Fernando en la pequeña Alcazaba que recientemente había conquistado. Y de la que una decena de sirvientes sacaba aún las alfombras y enseres pertenecientes al antiguo Alcaide de Moclín, el cual había muerto en la batalla de Pinos Puente junto a su hermano, Alcaide de Illora.

Boabdil, recibido en uno de los salones del que todavía se podía oler a incienso, temblaba de angustia sin saber si el Rey le devolvería o no al pequeño Ahmad.

—Has de saber que tu hijo está bien —dijo el Rey Fernando.

—Quiero saber ¿cuándo me lo entregará? He seguido sus consejos, ¿qué más quiere? Ahmad debe de estar con su familia, y adoptar la doctrina que nuestra religión establece. Su madre está destrozada —dijo Boabdil con rabia en sus palabras.

—Deseo que vuelvas al Palacio de la Alhambra con tu familia. A cambio pagarás el tributo que se acuerde —continuó el Rey—, pues tu gente se ha agolpado en las calles contra mis soldados, han maldecido nuestra religión y no quieren pactar acuerdo alguno con la Corona Real.

—Perdone si le ofendo, pero creo que están defendiendo sus hogares, las tierras que han cultivado… —interrumpiendo a Boabdil, el Rey siguió con la conversación que le interesaba.

—¿Cuándo regresarás al Palacio de la Alhambra? —preguntó el Rey Fernando.

—¿Cuándo me entregará a mi hijo? —contestó Boabdil con otra pregunta.

—En cuanto estés instalado en el Palacio —añadió el Rey.

Con aquella frase Boabdil acabó la breve conversación con el Rey Fernando, y

salió con los cuatro soldados que lo habían acompañado hacia el Palacio de la Alhambra.

74

Nada más entrar Boabdil en Granada, acompañado por los cuatro soldados que lo habían acompañado desde la Alquería de Narila, fue sintiendo el calor de los granadinos gritando una y otra vez: ¡Sultán! ¡Sultán!… Lo hacían sus partidarios, los del Zagal y todos los judíos que residían en la ciudad. Todos ellos necesitaban que alguien los defendiesen de las pretensiones inciertas que los cristianos pudiesen tener contra ellos. Tras una calurosa bienvenida, Boabdil llegó al Palacio de la Alhambra. Allí no quedaba casi nadie. Todos habían salido asustados el día en que el Zagal abandonó la Alhambra. Incluida la familia de los Abencerrajes y otras familias, que se trasladaron al Albaicín. Por unos segundos Boabdil cerró los ojos. Pudo ver fragmentos de su vida pasada mientras el olor a incienso, impregnado en las cortinas de seda y las alfombras, lo transportaban a otro tiempo vivido. De pronto Boabdil sintió un escalofrío. Abrió los ojos y pudo contemplar la figura de su padre reflejada en el agua del Patio de Arrayanes. Su padre, Muley Aben Hacen, lo miraba fijamente con una sonrisa en el rostro a la vez que podía escuchar su voz advirtiéndolo de algo:

—Protege a tus hijos, aunque las injurias te abriguen. Y perdóname, perdóname…

Eran las palabras que Boabdil pudo escuchar mientras miraba la figura de su padre reflejada en el agua. Enseguida la figura desapareció.

Algo consternado, Boabdil mandó a varios voluntarios de distinguidas familias de Granada que fuesen hasta la Alquería de Narila, en busca de Morayma, Aixa y todos los que le servían en la Alquería.

Luego comenzó a recorrer las habitaciones y demás jardines del Palacio. Miraba cada rincón, cada canalillo, cada fuente… como si fuese la primera vez que sus ojos contemplaban la belleza que antes no había observado de la misma manera. Luego cerró los ojos durante unos minutos, intentando poner en orden lo que iba a hacer y en las palabras de su padre. Fue entonces cuando un agradable perfume impregnado en la piel de una mujer, hizo que abriese los ojos. Allí estaba la Sultana más amada, deseada y querida por el Sultán Muley Aben Hacen, Zoraya. Frente a frente con Boabdil, callada, distante y con la mirada fija en el que para ella era y había sido su mayor enemigo.

—No sabía de su presencia en el Palacio —dijo Boabdil, con la voz entrecortada por la inesperada sorpresa.

—Tampoco yo sabía de su inesperada, y espero que corta visita —contestó Zoraya, mientras caminaba con pasos muy cortos a la vez que tocaba las plantas del jardín.

—Espero no poder complacerla, pues los granadinos acaban de proclamarme Sultán de Granada. Si quiere quedarse en el Palacio con sus hijos, recibirá el mismo trato que las demás Sultanas e hijos de mi padre, que ordenaré traer del Albaicín —propuso Boabdil con la humildad del alma.

—No estaré bajo el mismo techo que las otras Sultanas. Ni tampoco mis hijos, pues son ellos los que deberían reinar Granada. Vuestro padre nunca os hubiese dejado gobernar —fueron las últimas palabras que Zoraya dijo a Boabdil. Pues enseguida preparó todo para partir hacia Murcia, donde la Reina Isabel le cedió una extensión considerable de tierras a cambio de que Zoraya y sus hijos siguieran la religión cristiana. Zoraya volvió a llamarse Isabel de Solís y sus hijos, Nars ben Ali y Saad ben Ali, pasaron a llamarse Infante Juan de Granada e Infante Fernando de Granada, respectivamente. Obteniendo por ello unos tributos anuales considerables.

Al cabo de los años se supo que Isabel de Solís y la Reina Isabel fueron grandes amigas, e incluso que uno de los hijos de Isabel de Solís estuvo locamente enamorado de una de las hijas de la Reina Isabel.

75

Días más tarde llegaban al Palacio de la Alhambra, dos cómodos carruajes precedidos de una numerosa comitiva. De uno de los carruajes bajó la bella Morayma luciendo su séptimo mes de embarazo. Cogido de la mano y avergonzado ante tanta expectativa, el pequeño Yusuf se escondió detrás de Morayma. Aixa, enlutada por el hijo que el Zagal le había matado, bajó del carruaje agotada con tanta incertidumbre. Tras ella sus otros hijos. Del segundo carruaje bajaron parte de la servidumbre y el secretario de Boabdil.

Ya instalados en el Palacio de la Alhambra, después de mucho tiempo, la alegría volvió a sentirse en el cantar de los pájaros, el color de las flores, incluso en el ruido del agua paseando por los canalillos de las fuentes.

Morayma adornaba la estancia de su hijo Ahmad con flores y juguetes de madera que el artesano Amihala había hecho para el pequeño. Boabdil, a la espera de que el Rey le devolviese a su hijo, reunió a siete soldados de la Alhambra para ir a la Plaza de Moclín.

Allí fue recibido por el Rey Fernando, quien a su vez se encontraba reunido con el Cardenal de Sevilla.

—Vengo a por mi hijo —dijo Boabdil, sin andarse con rodeos.

—Tu hijo, el infantico, como lo llama la Reina, está bien. No debes preocuparte por él. Te lo devolveré cuando me entregues la llave de Granada y el «Lucel» —contestó el Rey Fernando con soberbia.

Boabdil quedó callado e inmóvil durante unos instantes. No podía creer que el Rey Fernando estuviese diciendo aquello, después de que había confiado en él e incluso había entregado a su hijo.

—¿Ese es el precio que pone a mi hijo? —preguntó Boabdil hundido de rabia e impotencia.

Para quitar un poco de tensión, el Cardenal de Sevilla se adelantó a lo que pudiese contestar el Rey Fernando.

—Ambos deben de tranquilizarse. Siéntense y discutan lo que haga falta para llegar a un entendimiento —propuso el Cardenal.

—Si tengo que conseguir a mi hijo entregándole Granada, lo haré. Pero el «Lucel» no puedo dárselo —dijo Boabdil.

—Considere todo, más tranquilo. Y acabemos de una vez con tanto sosiego. Dios lo querría así —dijo el Cardenal, interviniendo en la conversación.

—¿Qué Dios, el suyo o el mío? —respondió Boabdil.

Aquellas inoportunas palabras solo sirvieron para poner más nerviosos a todos. Y el Rey Fernando acabó la conversación.

—Será mejor que se marche, me esperan en Barcelona con urgencia. A mi regreso recibirá noticias mías y daremos una solución a todo esto. No se preocupe por su hijo,

es atendido como se merece.

Con estas palabras el Rey Fernando finalizaba una etapa mas o menos amistosa, quizá respetuosa y cordial entre Rey y Sultán.

Boabdil regresó a la Alhambra con la angustia de no llevar con él a su hijo, al que había ido a buscar con gran alegría. Sintió desasosiego, angustia… por lo que le depararía el futuro cercano, mientras se preguntaba una y otra vez ¡cuando recuperaría a su hijo Ahmad!

76

Pasaron varios días desde que Boabdil visitara al Rey Fernando en la Plaza de Moclín, cuando Morayma daba a luz a su hija Narila.

Era de madrugada cuando Narila abría por primera vez sus ojos en el Cuarto Dorado del Palacio. Acompañaba a su primer llanto el sonido del agua pura y cristalina llegada del corazón del río Dauro y recorriendo con notas musicales los canalillos de las hermosas fuentes del Palacio. El aroma de los jardines hacía un lento recorrido por cada estancia, envolviendo de olores cada rincón de la adorada Alhambra. Se había ataviado de sedas y alfombras cada estancia con el fin de gozarlas. Aquella hermosa madrugada miles de flores de numerosos colores, abanicaron sus pétalos con la danza del recelo para perfumar los encantados jardines. Pocos fueron los testigos, además de las piedras del Palacio, de ver tanta belleza en un recién nacido, del que emanaba dulzura de su alma. ¡Lástima de que Granada no pudiera ver a la princesa, que debería de haber disfrutado del Palacio de la Alhambra!

La media docena de mujeres moras que asistieron los dos partos anteriores de Morayma, estaban allí presentes. Dos de ellas iban y venían con vasijas de agua hirviendo, otras dos mujeres rompían sábanas de un blanco inmaculado y Camilha, la matrona que había visto nacer al Sultán Boabdil ponía sus manos y su experiencia en los más de quinientos partos a sus espaldas, en la llegada al mundo de Narila. Después de toda una noche de espera, un fuerte grito de dolor parecía desgarrar las entrañas de Morayma para dejar salir de su vientre a la niña que tanto protegerían. Camilha cogió a la pequeña con esmero después de cortar el cordón, para recostarla en el regazo de Morayma. Había resbalado un río de lágrimas por el rostro de la Sultana Morayma, antes de que pudiese acurrucar a Narila en su regazo. Después la besó y cerró los ojos. Camilha extendió los brazos, esperando que Morayma pusiera a la niña sobre ellos.

—¡Llévatela, Camilha, llévatela! —repitió varias veces la Sultana Morayma sin dejar de llorar, mientras ponía la mirada en otro sitio que no fuese el rostro de su hija.

Tras coger a la pequeña, Camilha salió a toda prisa por uno de los pasadizos del Palacio de la Alhambra con la recién nacida entre sus brazos. Además del regazo de la corpulenta matrona y una gruesa manta blanca, finas sedas ocres y amarillas bordadas con hilos de oro, cubrían el frágil cuerpo de la Princesa Narila. A la salida del pasadizo el Sultán Boabdil esperaba impacientemente a su hija, montando un blanco corcel. Lo acompañaban los dos hombres de mayor confianza, Aben Comixa subido en un corcel negro azabache y Mohamed Calhid en un inquieto corcel marrón.

—¡Qué Alá bendiga vuestra hija, por siempre! —dijo Camilha, mientras ponía a Narila en brazos de su padre. Luego regresó tan deprisa como pudo hasta el Cuarto Dorado.

Boabdil recorrió un secreto pasadizo con su hija en brazos. Incluso el blanco

corcel que montaba cabalgó minuciosamente, guiando de la misma forma a los otros dos corceles que lo seguían. Tras un eco de herraduras atravesando el pasadizo llegaron al patio interior de la casa, La Horra. Allí esperaban cuatro moros del ejército de la Alhambra, dos niñeras de mediana edad y Aixa, abuela paterna de la Princesa Narila. El silencio reinaba en el colorido patio. Las palabras no eran precisas en aquellos momentos de incertidumbre que vivía el último Reinado Nazarí en España. Sin bajarse de su blanco corcel, el Sultán besó a su hija en la frente con la esperanza de tenerla en el Palacio lo antes posible. Con el corazón destrozado la dejaba en los brazos de Aixa. Luego se alejó con una enorme incertidumbre por el destino de su hija. Años después una de las niñeras allí presentes, relató que fue uno de los peores momentos en su vida, tras ver el dolor que irradiaban los ojos entristecidos del Sultán Boabdil por todo lo que estaba sufriendo.

77

Tras dejar a la Princesa Narila en brazos de su abuela Aixa, Boabdil se reunió en la Alquería de Marasäna con el soldado Muza. Quien se había convertido para los cristianos en un despiadado guerrero moro.

La Alquería algo descuidada, aún poseía la magia y la esencia que siglos atrás había destacado sobre sus viñedos. En ella aún habitaban veinte familias, las cuales se ocupaban de cuidar los aposentos que siglos atrás ocupase el Sultán Al–Hamar y su familia, antes de convertirse en Sultán de Granada aquel día tres de Mayo. Cuando entró proclamado Sultán por la puerta de la ciudad. El mismo Al–Hamar que encontró el «Lucel» y comenzó a construir la Alhambra.

—Me temo estimado Boabdil, que los Soberanos no entregarán a vuestro hijo hasta que les entreguéis Granada —afirmó Muza.

—¿Qué me aconsejáis pues, para recuperar a mi hijo? —preguntó Boabdil.

—Os propongo conquistar una estratégica Plaza. Así podríais hacer fuerza para que los Soberanos os devuelvan a vuestro hijo —propuso Muza.

—¿A qué Plaza os referís? —preguntó Boabdil intrigado.

—A la Plaza de Alhendín. Pues desde allí se puede controlar la mercancía que entra desde Salobreña, y que luego llevan hasta Granada. Si conseguís conquistarla, no podrán controlar la entrada de un ejército llegado de Fez, en caso de que fuese requerida la ayuda de musulmanes. Si los Soberanos tuviesen a uno de mis hijos, no dudaría ni un momento en Conquistar Alhendín —concluyó Muza. Sumergido en la desesperación, Boabdil afirmó que estaba de acuerdo.

—Conquistaré Alhendín con vuestra ayuda. Pues con ello y la ayuda de Alá, espero recuperar a mi hijo lo antes posible —dijo Boabdil, con el último aliento de esperanza en aquellas palabras.

78

No entrada aún la madrugada del quince de Julio de mil cuatrocientos noventa, Boabdil partía desde la Plaza Mayor con doscientos soldados y Muza a la cabeza, de aquella batalla contra la Plaza de Alhendín.

Cuando aún no habían atravesado los destellos de sol en los ventanales de la torre del poderoso Castillo de Alhendín, Boabdil ordenó a sus soldados que atacasen el Castillo. Para los soldados cristianos de Alhendín y su Alcaide, don Mendo de Quijada, no fue ninguna sorpresa aquel ataque, ya que estaban advertidos días antes por el traidor Comixa, mano derecha de Boabdil. Dicho traidor había avisado al secretario del Rey Fernando sobre el planeado ataque que tenía previsto Boabdil contra la Plaza de Alhendín. Por ello, el Rey Fernando había mandado urgentemente afiladas cimitarras, lanzas… y cuanto tuvo disponible por lo que pudiera pasar. En pocas horas un centenar de soldados moros agonizaban en los muros y puertas del Castillo de Alhendín, con lanzas clavadas en sus cuerpos. Al ver aquella masacre, Muza utilizó pólvora. Con la ayuda de Boabdil y una decena de soldados que pudieron escalar hasta llegar al otro lado de la muralla, donde consiguieron volar la torre del castillo en mil pedazos. Los cristianos fueron abandonando la Plaza entre el polvorín que se había formado con la caída de la Torre. Algunos de ellos consiguieron huir, mientras que el resto fueron llevados como cautivos hasta la Alhambra.

79

La destrucción de la Torre del Castillo de Alhendín, sirvió para que la rabia del Rey Fernando y Boabdil salieran a flote y se desencadenase un rencor recíproco entre moros y cristianos. De nada sirvió que el secretario del Rey Fernando y el secretario de Boabdil se reunieran media docena de veces en Granada, para pactar la entrega del pequeño Ahmad a su padre Boabdil.

Pasados unos meses y sin acuerdo ninguno, la verdadera guerra entre los Soberanos y el Sultán Boabdil comenzaba. Era once de abril de mil cuatrocientos noventa y uno. Boabdil era llamado con urgencia en Alcalá la Real por la Reina Isabel, la cual se había trasladado desde Barcelona con sus hijos y el pequeño Ahmad. Era mediodía cuando Boabdil llegó al Castillo de Alcalá la Real. Recorría los mismos pasillos, las mismas salas, incluso había visto los mismos rostros de los guardias que custodiaban cada estancia por la que había pasado en ocasiones anteriores. Una vez en la sala donde la Reina había requerido su presencia, pudo escuchar la voz de su hijo. Enseguida sus pies avanzaron hasta un patio interior. Allí fijó su mirada donde sus oídos escuchaban la voz de su hijo. Enseguida pudo ver al pequeño Ahmad, en una de las estancias de la planta superior.

—¡Ahmad, hijo! —gritó Boabdil, intentando captar la atención del pequeño, que se encontraba jugando con los hijos de la Reina Isabel.

El pequeño Ahmad miró a su padre, y con una gran sonrisa levantó la mano para saludarlo. Tal y como la Reina le había enseñado a saludar. Luego siguió jugando con los hijos de la Reina. En aquel instante la Soberana llegó al patio donde Boabdil dejaba resbalar por su rostro el dolor que sentía, en no poder abrazar a su hijo.

—¡Vuestro hijo es un niño muy listo! Mis hijos lo quieren como a un hermano más —afirmó la Reina.

Boabdil se volvió hacia ella, a la vez que apretaba sus puños.

—Pero no debería de estar con vuestros hijos, él ya tiene hermano —contestó Boabdil.

—Por eso mismo os he mandado venir hasta aquí. Tanto el Rey Fernando como yo hemos decidido que lucharemos cuanto sea necesario para que en Granada hondee la bandera Soberana. Propongo que nuestros secretarios formulen unas razonables Capitulaciones para dicha entrega. También os pido como aval y hasta que entreguéis la llave de la ciudad, a vuestro otro hijo —propuso la Reina con la certeza de que Boabdil aceptaría.

—Perdonadme Majestad, pero creo que habéis sido muy cruel con distanciarme de mi hijo. ¿Acaso no es suficiente aval, como para entregarle a mi otro hijo? Le habéis robado la infancia al lado de su familia… —dijo Boabdil.

—¡Nosotros lo tratamos como a uno más de la familia. De hecho lo llamamos el Infantico! —dijo la Reina, interrumpiendo a Boabdil.

—No dudo que lo tratéis bien, pero no sois su familia. Y será mejor que sean nuestros secretarios los que se pongan de acuerdo en redactar las Capitulaciones, —concluyó Boabdil con una reverencia.

Cuando salió del Castillo, tremendamente angustiado, comenzó a respirar aceleradamente hasta coger el aire suficiente que le permitiera poder subir en su caballo y regresar a Granada.

Semanas después de aquella reverencia temerosa, resignada y cordial que Boabdil hacía ante la Reina Isabel como vasallo y último Sultán de Granada, dos secretarios del Rey Fernando, el secretario de Boabdil, Comixa y un Cardenal se reunían en Alcalá la Real para redactar las Capitulaciones. Fueron necesarias más de dos semanas, para que todos los reunidos declarasen concluidas estas. Una vez redactadas, Comixa llegó a Granada con una copia de las Capitulaciones.

Tras escuchar las veinte Capitulaciones que habían redactado los secretarios, Comixa y el Cardenal, Boabdil se indignó profundamente. No le gustaba nada las oscuras intenciones que se escondían contra los musulmanes y judíos de Granada. Por ello añadió él mismo numerosas condiciones que no se contemplaban, hasta triplicar el número de Capitulaciones. Pidiendo en ellas que se respetasen las distintas religiones, al igual que a los musulmanes y judíos que quedasen en España. Y que una vez entregase la llave de Granada nadie fuese perseguido ni torturado por su creencia religiosa.

Cuando Boabdil redactó lo que creía más conveniente para los musulmanes y judíos que quedasen en España, Comixa y el secretario de Boabdil se reunieron de nuevo en Alcalá la Real con los dos secretarios de los Soberanos, y el mismo Cardenal que ayudó a redactar las primeras Capitulaciones. Tras comunicar a los Soberanos lo que Boabdil había propuesto en aquellas Capitulaciones, pidiendo igualdad para los judíos, musulmanes y cristianos, la Reina Isabel se indignó y mandó preparar todo para ir a Granada y resolver de una vez por todas, lo que se estaba haciendo eterno.

Días después los reyes llegaban hasta Granada, cerca de la Alquería de Marasäna. Allí montaron las enormes y desgastadas tiendas de acampada que les habían acompañado en numerosas batallas. La servidumbre acondicionó las tiendas con sus cortinas y enseres. En la tienda de la Reina Isabel, se colocaron con esmero sobre una pequeña mesa el juego de tocador en oro, el perfume de violetas y las joyas que siempre acompañaban a la Reina. Llegada la noche los Reyes se retiraron a su tienda. La luna llena sirvió para que el deseo carnal de ambos se manifestara hasta altas horas de la madrugada. Ya dormidos, fueron despertados por una voz que alertaba del fuego que invadía una de las tiendas acampadas. El fuego se había provocado al volcar un candil sobre una cortina. En poco tiempo y sin que diese tiempo a combatir el fuego de la primera tienda, este se propagó a otras tres tiendas sin poder hacer nada para evitarlo.

En previsión a que aquello no volviese a ocurrir y sin saber cuanto tiempo les llevaría a que Boabdil entregase la llave de la Ciudad, la Reina mandó construir una ciudadela en la que se pudieran resguardar de cualquier posible ataque moro. En menos de tres meses la ciudadela, a la que llamaron en honor a la religión cristiana

Santa Fe, estaba construida. Y sobre ella hondeando la bandera de los Soberanos.

Una vez ocupada por los Reyes, Boabdil junto a su secretario y Comixa se reunieron de inmediato con la esperanza de que le devolviesen a su hijo. Tras una larga charla, a la que también se incorporaron los dos secretarios de los Reyes y el Cardenal que siempre acompañaba a la Reina, se acordó llevar a cabo todo lo redactado en las Capitulaciones. Las cuales se habían modificado al menos diez veces, desde que fuesen redactadas la primera vez.

—Ahora que todo está claro, devuélvame a mi hijo —dijo Boabdil al Rey Fernando.

—En tiempos de guerra las palabras, incluso lo escrito no sirve como aval alguno. Por lo tanto y sintiéndolo mucho, le pido que entregue a su otro hijo hasta que nos de la llave de Granada —respondió el Rey.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Boabdil.

—¡Lo hará, lo hará! —afirmó el Rey Fernando.

Boabdil salió de la sala con dificultad para respirar. Nada más llegar al Palalcio de la Alhambra y explicar a Morayma que tendrían que entregar a su otro hijo si querían recuperar al primero, esta se desmayó.

81

Impotente, abucheado e incomprendido por los Granadinos, días después Boabdil llegaba hasta Santa Fe con su otro hijo. Mientras tanto, la pequeña Narila permanecía con su abuela Aixa, en la casa de La Horra del Albaicín.

El dolor se agravó en el alma de Boabdil, cuando entregó a los Soberanos, a su segundo hijo. Al mismo tiempo Morayma se refugiaba en La Horra, junto a su hija Narila, a la espera de nuevas noticias. A los granadinos se les había dicho que la princesa había nacido muerta para protegerla de los Soberanos.

Tras ser recibido por la Reina Isabel, Boabdil entregó a su segundo hijo con el alma partida en dos. Evitando llantos y lamentos, la Reina mandó llamar a sus hijos, a la niñera y a Ahmad para que entretuviesen al pequeño. Estando los niños ante ella:

—¡Hijos quiero que juguéis con este niño tan guapo! Ahmad. ¿No reconoces a tu hermano Yusuf? ¡Salúdalo! —dijo la Reina.

Boabdil abrazó con todas sus fuerzas a sus hijos.

—¡Ahmad, tienes que cuidar de tu hermano pequeño! Pronto estaremos juntos, os doy mi palabra. Anda, ¡ahora debéis jugar! —dijo Boabdil.

La Reina ordenó a la niñera que se retirase al patio con los niños y jugara con ellos.

Una vez solos, la Reina y Boabdil, hablaron de varios temas antes de llegar a una incómoda pregunta.

—¿Es cierto que habéis tenido una hija? —preguntó la Reina.

—Desgraciadamente ha nacido muerta —contestó Boabdil.

—Lo siento —dijo la Reina.

—Debo de irme, mi secretario y Comixa arreglarán todo lo antes posible. ¡Cuide de ellos, por favor! Pues espero que esto acabe cuanto antes. Y sepan vuestras Majestades que si no me devuelven a mis hijos el día que les entregue Granada, deberán de andarse con mucho cuidado. Pues ustedes también tienen hijos —dijo Boabdil.

—¿Es una amenaza? —preguntó la Reina.

—¡Llámelo como quiera! —contestó Boabdil, mientras se marchaba.

Cuando Boabdil llegó al Palacio de la Alhambra, mandó llamar a Comixa.

—Quiero que esto acabe cuanto antes. Os pido que lleguéis a un acuerdo con lo redactado en las Capitulaciones. Entregaré Granada a los Soberanos con el dolor de mi corazón. Han sabido meter el dedo en la llaga, y no quiero que se derrame más sangre. Una vez acordada la fecha del último Reino Andalusí, os pido informéis a todo el pueblo sobre las opciones y obligaciones que tienen tanto si se quedan en España como si se marchan a Fez —ordenaba Boabdil, destrozado y con la voz apagada.

—No os preocupéis, negociaré con los Soberanos cuanto haga falta para que los musulmanes que queden en Granada sigan manteniendo sus bienes y dispongan de los mismos derechos que los cristianos —contestó Comixa.

—Ten en cuenta la Capitulación en que las tierras que se me cedan sean las Alquerías de Narila, Las Alpujarras y el Valle de Lecrín. Al menos en ellas cabrían todos los granadinos en caso de que no quieran estar tan cerca de los Soberanos. Dispondrían de tierras para cultivar. Ahora vete y prepara lo necesario —dijo Boabdil.

Dos días después, Comixa reunió a media decena de los mejores soldados del Palacio de la Alhambra y partió con todos ellos hasta Santa Fe. Allí fue recibido por el secretario del Rey Fernando, quien por cierto no se mostró muy contento de ver a Comixa.

83

Mientras Comixa concretaba con los secretarios de los Soberanos el día en que Boabdil les entregaría la llave de Granada, los granadinos se mostraban nerviosos. Asustados unos y valientes otros ante la incertidumbre que estaban viviendo. Se reunían a escondidas en pequeños grupos para hablar de lo que estaba pasando. Pero lo peor de todo es que no sabían de la realidad que se estaba planeando.

Semanas después de que Comixa se reuniese con los secretarios de los Soberanos y el Cardenal, se dio a conocer la fecha exacta en que Boabdil tendría que entregar la llave de la ciudad. Sería el dos de enero de mil cuatrocientos noventa y dos.

Varios secretarios de la Alhambra fueron informando a los Granadinos sobre los puntos de las redactadas y firmadas Capitulaciones. Algunos de los judíos y musulmanes pensaron que al hacerse conversos no los echarían de sus tierras y podrían salvaguardar sus propiedades. Otros sin embargo no podían soportar la idea de tener que cambiar de religión, costumbres y quizá las propiedades. Asustados unos, y resignados otros, acataron cuanto pudieron dentro de las estrictas Capitulaciones.

Mientras llegaba el día dos de enero de mil cuatrocientos noventa y dos, los judíos y los musulmanes que salieron de Granada, pasaron antes por Santa Fe. Allí se les facilitaba un documento firmado por los Soberanos para que se les permitiera quedarse en España. Siempre bajo las normas de la Iglesia cristiana. De no ser así, el mismo documento valdría para salir de España. Una vez adquirido dicho documento, unos optaron por irse a Castilla, otros a Murcia y otros a Fez.

84

Era dos de enero de mil cuatrocientos noventa y dos. El gran día para los Reyes Católicos. La Reina Isabel lució para la ocasión un vestido carmesí y dorado que adornó con sus mejores joyas. El Rey Fernando estrenó un traje añil y blanco. A tempranas horas de la mañana todo estaba dispuesto para que Boabdil entregase Granada a los Soberanos, mas nunca el «Lucel».

Los Reyes salieron de Santa Fe, montados cada uno en su corcel. Los corceles también iban vestidos para la ocasión, con trajes rojos y dorados. Tras los selectos corceles un lujoso carruaje, en el que viajaban los dos hijos de Boabdil junto a una niñera de los Soberanos. Detrás cabalgaban más de cincuenta corceles formando una selecta y distinguida comitiva, en la que estaban presentes nobles caballeros que habían colaborado en la Conquista de Plazas Nazaríes. A los distinguidos caballeros cristianos, seguían los mejores soldados de los Soberanos.

Cuando los Reyes entraron en Granada pudieron sentirse observados por las familias de judíos y musulmanes que se habían hecho conversas para poderse quedar en Granada. Dichas familias se habían reunido en casas por donde pasarían los Soberanos.

Las calles estaban desiertas, apagadas, vestidas de luto por el destierro de Boabdil. Los Soberanos, seguidos del carruaje y la numerosa comitiva continuaron su camino hasta el Palacio de la Alhambra. Allí Boabdil, Morayma y Aixa esperaban rodeados de numerosos seguidores en la Puerta de la Justicia.

Los Soberanos bajaron de sus corceles. El Rey Fernando se acercó hasta Boabdil mientras la Reina abría el carruaje donde habían venido desde Santa Fe los hijos de Boabdil y Morayma. Nada mas bajar los niños del carruaje, Yusuf corrió para abrazar a Morayma. Ahmed, el hijo mayor, se quedó quieto un rato. Había pasado tanto tiempo alejado de su madre, que ahora le costaba acercarse a ella. La Reina Isabel cogió de la mano a Ahmad y lo llevó hasta Morayma. Durante unos segundos la ausencia de palabras entre Morayma y la Reina fue imprescindible. Sus ojos hablaban por sí solos. La Reina le había tomado cariño a Ahmed, al cual llamaba Infantico. Ahmed sentía cariño por la Reina. Había crecido durante unos años cruciales y ahora cambiaba los brazos de la Reina por los de su madre. Era difícil para él, puesto que había estado el mismo tiempo con una que con otra. Ante aquella decisión el instinto predominó sobre todas las cosas, y Ahmed se abrazó a su madre. Fue un momento en el que multitud de sentimientos chocaban en tan poco espacio del universo, que lo demás sobraba.

Boabdil entregó la llave de la ciudad a los Soberanos sin mediar palabras. Su garganta se había llenado de lágrimas y sus ojos de tristeza. Hasta el ausente sonido de los pájaros acompañaron aquella triste mañana para los musulmanes y judíos. Todo lo contrario a lo que sentían los Soberanos con su satisfactoria Conquista.

Los musulmanes conversos miraban con tristeza la ida de Boabdil y su familia, la cual había pagado la vida de sus hijos con la entrega de Granada.

Los Soberanos, mientras tanto entraron con su séquito en la Fortaleza de la Alhambra. Allí brindaron con vino transportado en varias garrafas, desde Santa Fe. Los soldados cristianos se posicionaron de inmediato en las almenas por miedo a ser atacados en un descuido por los musulmanes y judíos. El aire olía a tristeza y melancolía, incluso en los jardines de la Alhambra.

En tanto, Boabdil y su familia emprendía un nuevo camino hacia la Alquería de Narila.

¡La tristeza visitó la Alhambra
y Boabdil lloró a Granada!
Desde la Torre de la Vela
soldados y cornetas
cantan su alegría
habiendo conquistado la tierra.
¡La tristeza visitó la Alhambra
y Boabdil lloró a Granada!
Los conversos esperanzados rezan en secreto
las oraciones de sus raíces del pasado cercano.
¡La tristeza visitó la Alhambra
y Boabdil lloró a Granada!

85

Una vez asentado Boabdil y su familia en la Alquería de Narila, un caballero cristiano a las órdenes de los Soberanos de Castilla seguía con sumo cuidado los pasos de Boabdil. Era debido a que el traidor Comixa había informado falsamente al Rey Fernando, sobre las intenciones que Boabdil tenía en hacerse de nuevo con Granada. Las mentiras de Comixa eran cada vez más frecuentes ante el Rey Fernando, quien llegó a creerse todo lo que le iba contando. Hasta tal punto fueron aquellas falsedades, que el Rey Fernando dio una carta a Comixa para que se la entregase a Boabdil. La carta, que ofrecía una gran cantidad de dinero a Boabdil por sus tierras, nunca llegó a sus manos. Comixa se encargó de falsear la firma de Boabdil, y vendió a los Soberanos todas las propiedades que los Reyes Católicos habían cedido con anterioridad, a cambio de que Boabdil les entregase Granada. La suma de dinero era superior a algo más de veintitrés millones de Maravedíes. Los Reyes entregaron la exuberante suma a Comixa, creyendo que este se la daría a Boabdil. Una vez recibida la cuantiosa cantidad, el traidor Comixa huyó hasta la costa de Salobreña, donde embarcó al día siguiente hacia la ciudad de Fez.

Nada más llegar a Fez, Comixa visitó al Sultán de dicha ciudad para contarle con detalle la Conquista de Granada. Tras contar su versión puso en evidencia a Boabdil, llamándolo cobarde y aliado de los Soberanos, entre otras cosas. Incluso llegó a contar anécdotas insultantes e irrelevantes, del que lo había protegido bajo el mismo techo durante tantos años. El Sultán de Fez no pudo soportar tal deslealtad hacia Boabdil y sin pensarlo, desenfundó su cimitarra y atravesó el corazón de Comixa, para vengar la dignidad del que había sido Sultán de Granada.

Los veintitrés millones con los que Comixa había viajado hasta Fez, quedaron en manos del Sultán. Con ellos mandó construir una pequeña mezquita al sur de la ciudad. Y mandó a uno de los mejores poetas de Fez que hiciese una poesía sobre Granada y la Alhambra, para que nunca se olvidara que fue musulmana. Poco después, un artesano de la escayola, grababa en el interior de la mezquita el poema que tan ilustre poeta hizo a Granada y la Alhambra.

¡Nunca desaparecerá Granada
la bella, la querida y serena!
Ataviada al amanecer con un azul celeste
que envidia quien no la tiene,
ataviada en la noche con brillantes su tejado
dejando así fluir los sueños deseados.
Granada querida,
ayer mora
hoy cristiana,

mas sigues siendo por todos amada.
¡Nunca desaparecerá Granada
la bella, la querida y serena!
¡Quien pudiera adentrarse
en tus entrañas cada mañana!
¡Nunca desaparecerá Granada
la bella, la querida y serena!

86

Lo que más le dolió a Boabdil cuando se enteró de lo que había hecho Comixa con sus bienes, fue la deslealtad del que había considerado hombre de confianza.

Al mismo tiempo, los Reyes Católicos mandaron una carta con un correo cristiano hasta Narila. En dicha carta, los Soberanos pedían a Boabdil que saliera cuanto antes de las que ya eran sus tierras. Y fue en ese momento cuando Boabdil se sintió en tierra de nadie. A pesar de conseguir todo el oro que quisiera con el «Lucel», no habría tierra que un cristiano quisiera venderle.

Nada más enterarse Aixa del contenido de la carta que habían enviado los Soberanos, mandó de inmediato un emir hasta la casa de los Abencerrajes para pedirles que los ayudasen con aquel injusto destierro. Atendiendo a tan delicada petición, días más tarde Ahmad Benhe, miembro de los Abencerrajes, llegaba hasta Narila para ofrecer su casa a Boabdil.

Gran parte de los nobles Abencerrajes se había hecho conversa para poder quedarse en Granada, mientras que el resto esperaba embarcar pronto desde el puerto de Salobreña, para irse a Fez.

Ahmad Benhe trazó un ingenioso plan para que Boabdil y su familia se pudieran quedar en Granada, sin ser descubiertos por los Soberanos. Para ello se trasladó hasta Granada de inmediato para arreglar la conversión al cristianismo de algunos miembros de su familia que deseaban irse a Fez. Una vez obtenidos los permisos de la conversión, viajó con dichos familiares hasta Narila. Ahmad Benhe pidió a Boabdil que escribiera una carta a los Reyes Católicos despidiéndose de ellos. Pues así todo sería más creíble.

Carta a los Soberanos:

Yo, Boabdil, último Sultán de la dinastía Nazarí de Granada me despido de sus Majestades con la esperanza de que reinen Granada como se merece. Mi familia y yo nos marchamos a Fez de inmediato. ¡Lástima de que Alá lo haya querido así!

BOABDIL

87

Dos semanas después, los familiares de Ahmad Benhe salían de Narila haciéndose pasar por Boabdil y su familia. Se habían vestido con la ropa de ellos. Incluso Boabdil había entregado su mejor cimitarra, tallada con su nombre, a uno de los Abencerrajes. Así cuando este embarcase hacia Fez, los cristianos que controlaban las embarcaciones en Salobreña pensarían que era el mimo Boabdil el que se iba de Granada.

Desgraciadamente la mujer que se hacía pasar por Morayma, enferma de tuberculosis, murió antes de llegar Salobreña, justo en Andarax. Allí fue enterrada en el cementerio de la Mezquita de dicha Plaza. El Abencerraje que se hacía pasar por Boabdil entregó al alcaide de Andarax uno de los veinte lingotes que Boabdil le había entregado en Narila. Con el lingote de oro, pidió al alcaide de la Plaza que levantase una tumba en honor a la que supuestamente se hacía pasar por Morayma.

La noticia de que Morayma había muerto, llegó días después a oídos de los Soberanos. Enseguida, la Reina Isabel, mandó que preparasen un carruaje para ir hasta Andarax. Dos de los sacerdotes recién llegados a Granada días antes, acompañaron a la Reina para ofrecer un nuevo funeral a Morayma.

Llegados a la aún mezquita de Andarax, la Reina presidió una misa y ordenó a los dos sacerdotes que se quedaran allí hasta que aquello fuese una iglesia. Luego, guiada por el alcaide, visitó la tumba donde habían enterrado a la supuesta Morayma. Durante unos minutos el silencio en Andarax se volvió mudo, a pesar de la gente que iba llegando para ver a la Reina. Tras rezar sobre la tumba, la Reina fue al carruaje y sacó un ramo de rosas blancas que ella misma había cortado aquella mañana en uno de los jardines del Palacio de la Alhambra. Volvió a la tumba, puso las flores y continuó rezando varias oraciones.

La gente de Andarax, impresionados todos ellos por aquel gesto de la Reina, quisieron reverenciarse ante ella. Uno por uno fue pasando ante la Reina con una emoción tan grande que incluso se dejaron ver algunas lágrimas.

Desde aquel momento, la Reina Isabel comenzó a sentirse más arropada por los Granadinos.

Boabdil y su familia, se habían trasladado a la casa que los Abencerrajes les cedieron. Tanto se habían alborotado los conversos y los nuevos cristianos en adquirir y ceder sus propiedades, que nadie vivía donde siempre. Eso facilitó las cosas e hizo creer a todos los vecinos que Boabdil y su familia eran los verdaderos Abencerrajes.

Tras varios meses viviendo en casa de los Abencerrajes, Boabdil y su familia se trasladaron cerca de la casa, La Horra. Donde, haciéndose pasar por los Abencerrajes que se habían marchado a Fez, se compraron un pequeño Palacete. Al cual apodaron como «Palacete de los Encantes». Desde dicho Palacete se podía ver la hermosa Alhambra y sus jardines.

La casa de La Horra, que había pertenecido a Aixa y en la que había crecido Narila ya era propiedad de los Reyes Católicos. La Reina Isabel la cedió para ser habilitada por monjas Isabelinas, convirtiéndose pues en un convento.

Sor Luisa, madre superiora de la orden de las Isabelinas, encontró detrás de un armario de la casa, una caja con cartas escritas en árabe. La curiosidad la invadía por dentro, al no saber árabe para poder leerlas y las guardó. Por suerte para ella meses más tarde entró, como novicia al convento, una musulmana conversa. Sor Luisa ordenó a la novicia que informara del contenido de las cartas. Enseguida se supo que las cartas habían sido mandadas a la Sultana Aixa por un enamorado misterioso que firmaba con el símbolo de una estrella.

Sor Luisa mandó destruir las cartas de inmediato, lejos del convento. Así que al día siguiente un grupo de novicias salió del convento para desprenderse bien lejos de aquellas cartas de amor que no les convenía escuchar a ninguna. Después de caminar hasta el nacimiento del Dauro, la novicia Teresa se disponía a tirar las cartas al agua. Las demás novicias lo impidieron con sus súplicas para que no lo hiciera. No antes de leer qué ponía en ellas. Así que todas acordaron regresar al convento con las cartas bien escondidas y pedir a la novicia conversa que se las leyese antes de tirarlas al agua. Cada noche, cuando la madre superiora se dormía, las novicias se reunían en una de las estancias para que la novicia conversa les leyese aquellas cartas que solo un enamorado puede escribir. Después de la lectura de las cartas, todas volvían a sus camas para rezar. Sin quererlo, todas ellas fueron enamorándose del personaje de las cartas que firmaba con una estrella.

Todo cambió una mañana fría de enero. Sor Luisa se enteró de las lecturas nocturnas que mantenían las novicias con las cartas. Se había enterado por el cura, el cual había sido informado a su vez en el confesionario, por las novicias cuando estas iban a confesarse. Así que Sor Luisa ordenó que llevaran todas las cartas al patio. Allí las quemó todas delante de las novicias. Luego pidió a las novicias que fregaran con jabón el patio para limpiar los malos pensamientos.

Al cabo de unos meses, Aixa, que nunca superó la muerte de su hijo Aben,

encontró en el convento de las Isabelinas la esperanza de seguir viviendo en la que había sido su casa. Así que decidió acabar allí sus días. Entró en la orden un cuatro de junio, haciéndose pasar por miembro de la estirpe de los Abencerrajes conversos.

Los enseres que había en cada estancia, habían sido quemado por orden de la congregación Isabelina, mientras que las plantas del patio de la casa se habían conservado tal y como estaban en tiempos anteriores a la Reconquista. Aixa preguntó a la novicia conversa que si sabía algo sobre una caja con cartas escritas en árabe. La novicia se quedó boquiabierta y comprendió que ante ella estaba la amada a quien se le escribían aquellas palabras de amor. La novicia también sabía que aquella casa era la de La Horra. La casa en que había vivido una de las Sultanas de Muley Aben Hacen. Así que sin que nadie la viese, la joven novicia se reverenció ante Aixa. Esta le pidió que no dijera nada. Y así, ambas guardaron el secreto hasta el resto de sus días.

Los años pasaron y los tres hijos de Boabdil y Morayma se hicieron mayores. Ahmed, el hijo mayor, dotado para la medicina, se convirtió en uno de los mejores médicos de Granada. Ahmed era muy especial, conocía la religión musulmana y la cristiana, la cual aprendió durante los años que convivió junto a los Reyes Católicos. Se había impregnado de ambas culturas, y eso lo enriquecía como persona respetuosa ante los bruscos cambios que vivía Granada después de la Reconquista de los cristianos. Pasando como un converso, Ahmed se dedicó a la medicina en Murcia, donde se fue a vivir con su esposa cristiana doña Juana Téllez Menéndez.

El hijo mediano, Yusuf, dotado para la escritura, se convirtió en escribiente de los nobles granadinos. Dedicó gran parte de su vida a traducir al castellano gran parte de los escritos encontrados en las bibliotecas que los musulmanes conversos tenían. En un viaje a Portugal conoció a una distinguida portuguesa con la que se casó, y fijó su residencia en uno de los Palacetes cercanos a la Alhambra.

Y Narila, a la que ocultaron Boabdil y Morayma por miedo a que se la arrebatasen los Soberanos en tiempo de la Reconquista, se convirtió en una hermosa joven.

Los años habían pasado tan deprisa, que Boabdil no podía creer que su pequeña fuese una mujer. A Narila se la había educado con los mejores profesores conversos de Granada. Estaba dotada para aprender fácilmente idiomas. Más de cinco idiomas llegó a aprender sin dificultad. Otra de las cosas que le apasionaba era la astrología. Por lo que Boabdil preparó los mejores aparatos de astrología de la época para que su hija disfrutara. Durante un tiempo, Narila llegó a plantearse entrar en la orden religiosa de las Isabelinas, con su abuela. Pero justo poco antes de tomar tan importante decisión conoció a un apuesto caballero cristiano. Dicho caballero, llamado Don Juan Mendoza, pertenecía a una familia de nobles cristianos. Incluso, para sorpresa de Boabdil y Morayma, era ahijado de la Reina Isabel.

90

El joven Don Juan Mendoza visitaba a Narila dos veces a la semana. Paseaban por el Albaicín, acompañados siempre de la doncella de Morayma. Dicha doncella les seguía unos cinco pasos por detrás. La doncella, conversa, sentía una gran envidia hacia la joven Narila. Por lo que intentó hacer daño a Narila mediante brujería. Hacía poco que había escuchado a otras doncellas de los nobles conversos, que si se arrancaban siete cabellos a la persona odiada, y se quemaban en un lugar sagrado, la persona a la que habías arrancado los siete cabellos moriría en menos de siete días. La doncella aprovechó que peinaba a diario la larga melena de Narila, para hacerse con los siete cabellos que necesitaba. Los guardó muy bien hasta que llegó su tarde de descanso. Por costumbre se solía reunir con las demás doncellas conversas de Granada, en la Plaza Mayor. Luego paseaban un rato mientras compartían sus historias y anécdotas de la semana. Pero aquella tarde, la doncella cogió los siete cabellos y salió apresurada del Palacete de los Encantes, sin ir hacia la Plaza Mayor. Esa tarde la doncella se dirigió hasta una de las mezquitas que los Reyes Católicos habían convertido en iglesia. No había nadie en la iglesia. Aún no había comenzado la misa de las seis de la tarde. La doncella sacó del bolsillo los siete cabellos de Narila y los puso en uno de los cirios encendidos del altar. Luego se sentó en uno de los bancos y comenzó a rezar en árabe la primera oración que le había enseñado su madre.

A los pocos minutos entró el cura en la iglesia para dar la misa de las seis. Cuando llegó a los primeros bancos, donde la doncella se había sentado, el sacerdote la vio tendida en el banco. Estaba muerta. Tenía los ojos abiertos, con la mirada puesta en el crucifijo que habían colgado meses antes en el centro del altar. Nadie supo de aquel hechizo nunca. Pero los misterios son tantos que el ser humano a veces enloquece o muere por querer saber más que Dios.

91

Pasados unos meses de la relación formal que mantenía Narila con el noble joven Don Juan Mendoza, ambos fueron invitados por los Reyes Católicos para celebrar el cumpleaños de la Reina Isabel en el Palacio de la Alhambra. Para tan especial ocasión, Morayma mandó hacer un traje para su hija Narila. Era un traje de seda color celeste. La joven estaba radiante. Su larga melena negra fue entrelazada con pequeñas flores frescas. Su fina tez se espolvoreó con polvos de topacio, los cuales daban un color dorado al rostro. Sus hermosos ojos negros se maquillaron con varios tonos azules y los labios se perfilaron de carmesí.

Eran las siete de la tarde cuando los Reyes Católicos recibían a sus invitados. Narila pisaba por segunda vez el Palacio de la Alhambra. Habían pasado veinte años. Las confortables alfombras impregnadas de incienso, traídas desde Fez y que acomodaron años atrás a quienes gozaron en ellas, ya no lucían en las lujosas estancias moriscas. El Palacio había quedado desnudo sin los hilos que un día entrecruzaron decenas de jóvenes mujeres en la ciudad de Fez. Sobre las hermosas alfombras habían descansado Sultanes y Sultanas, invitados y sirvientes, amigos y enemigos… En ellas habían quedado guardados los secretos más íntimos de los últimos Sultanes de Granada.

Presentada como la futura esposa del caballero cristiano Don Juan Mendoza, la joven Narila se inclinó ante los Soberanos de Castilla. Nadie sospechaba que veinte años atrás el primer llanto de la joven Narila rompió el silencio de una madrugada, allí mismo, en el Palacio de la Alhambra.

—¡Qué buen gusto has tenido, querido Don Juan, al elegir a esta bella joven como futura esposa! —dijo la Reina Isabel a su ahijado Don Juan Mendoza, al mismo tiempo que Narila se sonrojaba.

—Gracias majestad —contestó Don Juan.

—¿Eres conversa, verdad? —preguntó la Reina a Narila.

—Sí majestad —respondió Narila.

—¿De qué familia? —preguntó la Reina con interés.

—De la familia de los Abencerrajes —respondió Narila, mientras sus piernas temblaban de miedo por si descubrían quién era realmente.

—Disfrutad de la fiesta —dijo la Reina, al mismo tiempo que indicaba con un elegante gesto que pasaran con los otros invitados.

—¡Qué Dios la bendiga! —dijo Narila e hizo una reverencia. Luego se retiró con su futuro esposo, Don Juan Mendoza, hasta el salón donde esperaban los demás invitados.

92

Pasadas tres semanas desde la fiesta de cumpleaños de la Reina Isabel, esta enfermó gravemente de neumonía. La fiebre era muy alta y los médicos del Palacio dudaban de su recuperación. Tras más de diez días de ininterrumpida fiebre y su débil estado, pidió a su confesor que le diese la extremaunción.

Narila, enterada de la enfermedad de la Reina por su futuro esposo, Don Juan Mendoza, cogió a escondidas de su padre Boabdil la curable e inagotable fuente de riqueza que era el «Lucel», el cual había permanecido en posesión de Boabdil desde que este se convirtiera en Sultán. El «Lucel» había viajado con él hacia Almería y Narila, y ahora estaba guardado en el Palacete de los Encantes.

Bien temprano, Narila pidió a su futuro esposo que la acompañase para ver a la Reina. Una vez en el Palacio de la Alhambra, el confesor y los médicos desaconsejaron a la joven Narila que entrase en la estancia de la Reina. Pues la enfermedad se le podría contagiar.

Narila insistió tanto en verla, que no pudieron decir que no y la dejaron pasar. La Reina Isabel, acompañada por una de sus doncellas, estaba pálida y débil. Apenas podía hablar y sobre su rostro habían salido unas manchas grises.

—Majestad, soy Narila, la futura esposa de su ahijado Don Juan Mendoza —dijo Narila, mientras hacía una reverencia.

—¡Acércate, bella joven! —pidió la Reina con dificultad para hablar.

Una vez al lado de la Reina, Narila le pidió que si podían quedarse las dos un momento solas. Atendiendo a su petición la Reina pidió a la doncella que saliera de la habitación. Ya a solas, Narila sacó de una bolsa de tela blanca que llevaba, el codiciado y buscado «Lucel». Lo abrió y echó en su interior un poco de agua, del vaso que había en una de las mesas de la estancia.

—Majestad, beba un poco de agua, —dijo Narila.

—¿Qué es, joven? —preguntó la Reina con voz débil y algo aturdida.

—Es agua, Majestad. ¡Por favor beba! —volvió a pedir Narila a la Reina.

—¡Ayúdame a incorporarme! —le pidió la Reina.

Una vez incorporada en la cama, Narila acercó el «Lucel» para que la Reina bebiese en él. Habiendo dado unos sorbos, la Reina se dejó caer de nuevo en la cama.

—Se curará Majestad, se curará. Ahora descanse —dijo Narila en voz baja.

Cuando Narila disponía a retirarse, la Reina le rozó la mano.

—¿Es el «Lucel», verdad? —preguntó la Reina.

—Sí Majestad, es el «Lucel» —contestó Narila.

—¡Llévatelo, y que nadie te vea con él! Se quien eres desde que te vi por primera vez. Tienes los mismos ojos y los mismos gestos que tu hermano Ahmad, al que crié como a mi propio hijo. El «Lucel» estará en buenas manos. ¡Qué Dios te bendiga!

Narila volvió al Palacete de los Encantes y dejó colocado el «Lucel» en el sitio

que debía de estar. Cuando se dispuso a salir de la habitación donde lo dejó, su padre Boabdil la estaba esperando.

—¿Dónde has ido con el «Lucel»? —preguntó Boabdil algo enfadado.

—¡Tenía que curarla! —respondió Narila.

—¿A quién tenías que curar? —preguntó.

—A la Reina —contestó Narila.

Al escuchar aquello Boabdil se sentó en uno de los bancos que había cerca.

—El «Lucel» ha traído esta guerra entre moros y cristianos. ¡Ahora no sé qué va a pasar!

—La Reina guardará el secreto, me lo ha dicho, —contestó Narila.

—¡Qué inocente eres! Hace unos años yo era igual que tú. Por aquella inocencia me arrebataron durante años a quien más quería, y luego me humillaron y desterraron. ¡Qué Alá nos ayude! —dijo Boabdil, cansado de tanta discordia.

Narila se acercó hasta su padre y le pidió perdón mientras lo abrazaba.

—¡Perdóname padre, si te he hecho revivir todo el sufrimiento que llevas a tu espaldas, perdóname! —dijo Narila.

Al día siguiente en el Palacio de la Alhambra la servidumbre comenzaba a poner flores en las estancias del Palacio. La noticia de que la Reina estaba curada se hacía eco por toda Granada. La Reina estaba más sana que nunca y emocionada de haber visto el «Lucel». Secreto que siempre guardó en su corazón. Pues nunca volvió a mencionar el «Lucel», ni tan siquiera a su confesor.

93

Años más tarde, Boabdil moría en el Palacete de «Los Encantes». Días antes había entregado el «Lucel» a su hija Narila, junto a una carta. En la carta pedía que lo enterrasen en el jardín del Palacete y que grabaran sobre su tumba, uno de sus poemas.

¡Iré donde Alá me guíe
con su esbeltez en mi pensamiento,
mas nunca quise tan de veras
su fragancia y sus almenas
hasta desposeerme de mi aliento!
Tierra con olor a vida
agua con olor a verde,
jazmines afincados
en las laderas de su río
asoman para verme.
¡Iré donde Alá me guíe
sin olvidar su joven llanto
al poseerla sin dulzura
quien presumió quererla tanto!
Lloró mi amada Alhambra
sintiendo en una fría noche
como me acechaba la muerte.
¡Iré donde Alá me guíe
con su esbeltez en mi pensamiento,
mas nunca quise tan de veras
su fragancia y sus almenas
hasta desposeerme de mi aliento!
¡Iré donde Alá me guíe
sin olvidar su joven llanto
al poseerla sin dulzura
quien presumió quererla tanto!

BOABDIL

94

La tragedia en el Palacete de los Encantes se repetía semanas más tarde de la muerte de Boabdil. Morayma moría. La tristeza y el amor hacia su esposo hizo que las ganas de vivir desaparecieran de este mundo. Por expreso deseo, fue enterrada junto a su esposo en el jardín del Palacete de los Encantes. Las tumbas, cubiertas de flores, parecían una sola. Como si estuviesen abrazados al reencontrarse en otra vida. Su amor era eterno.

Tras el entierro, Narila triste y apenada en su sexto mes de embarazo, pidió a sus hermanos, Ahmed y Yusuf y también a su ya esposo, don Juan Mendoza, que la dejasen sola durante un rato. Una vez se fueron todos, Narila cerró la puerta del Palacete y se fue al jardín, junto a las tumbas de sus padres. El silencio se hizo eco del silencio. Hasta los pájaros que cantaban a menudo en el jardín, compartían la tristeza con Narila. La joven lloró sin parar hasta que sus ojos no pudieron más. Luego fue a la habitación donde su padre pasaba horas y horas, y a la que no dejaba entrar a nadie. Allí, Narila encontró los libros que siglos atrás habían pertenecido a Al–Faqih y Al–Hamar. Los mismos libros que Alfonso X vio y tocó. Los mismos libros que el sacerdote Beroso salvó en el incendio de la biblioteca de Alejandría. Emanaban de ellos una energía especial, casi divina. Narila abrió uno de los libros, al mismo tiempo que parecía sentirse observada por alguien que había amado aquellos mismos libros y apreciaba cuanto ponía en ellos.

Entre los libros encontró unas cartas, escritas y firmadas por el mismísimo Al–Hamar. En ellas había escrito todo lo que el anciano del Sacro Monte le había dicho siglos atrás:

Yo Al–Hamar, elegido Sultán de Granada, escribo lo siguiente para que quede como testimonio de lo que he vivido durante mi Reinado. En los libros de Beroso se explica el significado de la vida… Pero mis ojos han visto y han tocado los verdaderos mandamientos, exentos de ser encasillados en alguna religión. Mis manos han tocado la mesa de Salomón, llena de magia… Pero fue el Bastón de los misioneros del mundo el que me transportó a dimensiones del Universo que el ser humano desconoce. Durante unos minutos pude ver y sentir experiencias que jamás olvidaré.

Dejo escritas a continuación las palabras del anciano que me hizo entrega del «Lucel».

Para que los descendientes de Boabdil estén preparados el día en que la cueva se abra. Entonces el conocimiento más profundo que esconde la vida será desvelado al ser humano. Será un gran día.

Al–Hamar

Las palabras que el Santón me confió quedan escritas aquí, hasta el día en que se funda la abertura que sella la cueva:

«Cuando llegue el momento, la décimo cuarta generación descendiente de Narila, la hija de Boabdil y último Sultán de Granada, podrán abrir la cueva donde esperan su lectura los verdaderos mandamientos. El universo dotará al hombre de honradez, y el elegido se apoyará en el bastón que un día tomaron entre sus manos hombres como Mahoma, Jesucristo o Moisés. El elegido sabrá guiar a quien desee seguirle. Nunca faltará sustento para el que se arrime a la mesa de Salomón, siempre que sus manos estén limpias de sangre. El mundo estará preparado para entender y aplicar el mensaje de los verdaderos Mandamientos».

Palabras textuales del anciano del Sacro Monte

Tras leer aquellas cartas Narila comenzó a entender por qué su padre le había confiado el «Lucel» y todos los documentos que ahora tenía entre sus manos. Se sentía con la responsabilidad de hacer aquello para lo que había sido predestinada antes de nacer.

Puso sus manos sobre su vientre y se quedó allí en silencio un buen rato, pensando en lo que ahora debía de hacer.

La llave abrirá lo que la inocencia de la mano permita
(Al-Hamar)